

Kepa Bilbao Ariztimuño

Capitalismo

Crítica de la ideología capitalista
del «libre» mercado.
El futuro del capitalismo

Capitalismo

Capitalismo

Crítica de la ideología capitalista
del «libre» mercado.

El futuro del capitalismo

Kepa Bilbao Ariztimuño

Portada: Equipo editorial.
Pintura de la portada: Daniel Lizeaga.

© Para esta edición, TALASA Ediciones S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reproducción y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante cualquier alquiler o préstamo públicos.

TALASA EDICIONES, S. L.
c/ San Felipe Neri, 4.
28013 MADRID
Telf.: 915 593 082.
Fax: 915 470 209.
Fax: 915 426 199.
Correo electrónico:
talasa@talasaediciones.com
www.talasaediciones.com

ISBN: 978-84-96266-4-21
Depósito Legal: M-5499-2013.
Impreso por Efca, S.A.

El mercado de las ideas no es más perfecto que el mercado de los productos, del capital y de la mano de obra. Las mejores ideas no siempre prevalecen, al menos a corto plazo (Stiglitz, Caída libre, p. 454)

El capitalismo lleva en su seno las semillas del deterioro recurrente (J. K. Galbraith en Breve historia de la euforia financiera, p. 20)

Estos colapsos periódicos de hacer dinero son un buen acicate para pensar en mejores formas de vida (Robert y Edward Skidelsky, ¿Cuánto es suficiente?, p.18)

- Prólogo** (Javier Álvarez Dorronsoro), 9.
- 1.- Triunfo y fracaso del capitalismo, 15**
 - 2.- Consideraciones generales y distintas dimensiones de la crítica, 20**
 - 3.- ¿Cómo empezó esta historia? De la *mano visible* del poder militar a la *mano invisible* del mercado. El paradigma liberal del mercado, 28**
 - A. Smith y *La riqueza de las naciones*, 30
 - Ideas principales del libro, 30
 - El «problema de Smith», 39
 - 4.- El liberalismo económico, 45**
 - 5.- El paradigma keynesiano y el Estado de bienestar, 55**
 - 6.- El neoliberalismo poskeynesiano, 65**
 - El capitalismo del desastre, 73
 - 7.- España, paisaje en medio de la tormenta, 75**
 - Paro y desigualdad social, 79
 - Desahucios y pensiones, 88
 - Instituciones públicas y partidos políticos en caída libre, 94
 - 8.- Crisis del pensamiento económico dominante, 100**
 - Zorros y erizos, 106
 - 9.- El futuro del capitalismo, 111**
 - Anticapitalismo y decrecimiento, 121

-Globalización, 127

-El trilema político de Rodrik: globalización/soberanía nacional/democracia, 133

-A modo de conclusión abierta, 142

Anexo: Sobre economía y justicia (en respuesta a J. M. Ruiz Soroa), 147

Javier Álvarez Dorronsoro

El libro que Kepa Bilbao nos ofrece es un buen texto de historia del pensamiento económico guiado por el propósito de ofrecer una *crítica de la ideología capitalista de libre mercado*. A través de sus páginas nos acercamos al pensamiento de grandes economistas como Adam Smith, Joseph Schumpeter, John Maynard Keynes o Karl Marx, al tiempo que estos análisis y otras referencias del pensamiento económico proyectan luz sobre las ideas que han impregnado la mentalidad económica en las décadas anteriores a la crisis y sobre las políticas con las que los Gobiernos la han afrontado.

Kepa Bilbao tiene al acierto de optar por un tratamiento histórico del capitalismo y a la vez enfatizar sus dimensiones social, política e ideológica, así como su capacidad de adaptación a diversos contextos. Ello le permite describir con más perspectiva las transformaciones que ha sufrido a lo largo del último siglo y, en función de esa plasticidad del sistema, reivindicar la utilidad de la crítica.

En realidad, la justificación de la necesidad de una crítica ideológica del capitalismo no es un asunto trivial. La ineficacia de la crítica ha sido argumentada desde diversas posiciones. Por parte de los defensores del capitalismo, mediante la idea de que el capitalismo escapa a cualquier escrutinio moral: no tiene moralidad, es un conjunto de leyes invariantes, la moralidad es en todo caso objeto de sus administradores. Y también desde la posición opuesta: el funcionamiento del

capitalismo es inmutable, por tanto no vale la pena criticarlo. Ambos enfoques están destinados a invalidar cualquier intento crítico. Sin embargo, el capitalismo segrega ideología, como deseos insaciables o afán de lucro, y este hecho adquiere categoría de evidencia empírica. Bien lo sabían tanto los moralistas del despertar del capitalismo, que comenzaron por criticar estos efectos nocivos, como los que más tarde terminaron justificándolos –tal como nos recuerda Kepa Bilbao tomando como referencia el magnífico relato que de ello hace Albert Hirschman en su obra *Pasiones e intereses*– con el argumento de que la codicia humana atemperaba otras pasiones más peligrosas. En determinados contextos sociales y políticos estas ideas que destila el capitalismo han campado a sus anchas, en otros se les ha puesto límites institucionales e ideológicos. De ahí el interés de la crítica.

Uno de los temas destacados de la obra de Bilbao es la crítica del mercado *autorregulador* y los efectos de la «mano invisible». Bien justificada está la extensión con la que Bilbao nos introduce al pensamiento del inventor de este artificio, Adam Smith, y nos recuerda la doble dimensión de este postulado: su ficción como hecho empírico y su utilidad como argumento ideológico. Karl Polanyi, a través de su conocida y apreciada obra *La Gran transformación*, nos advirtió de las nefastas consecuencias que este principio tuvo en las primeras décadas del siglo pasado. Polanyi creía firmemente que el mundo había escarmentado tras haberse dejado llevar por la idea de que el mercado libre se autorregula a sí mismo. Los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial parecieron darle la razón, en la medida en que la regulación –y en especial, la del capital financiero– fue una de las señas de identidad de la política económica de Gobiernos socialdemócratas, liberales y conservadores. Pero a partir de los años ochenta, para los que deberíamos acuñar el término de *Contrarrevolución económica*, todo cambió. No se trataba sólo de un giro en la política económica, el marco cultural en el que éste se realizó mostró profundas alteraciones en pocos años.

En los años setenta el pensamiento *posmoderno* destacaba lo efímero, la diversidad, la diferencia y el localismo como respuesta al quebranto sufrido por la ideología del *progreso* y las creencias utópicas. Sin embargo, a finales de los ochenta, en un clima favorecido por el declive del comunismo y la *revolución informática*, renació la teoría de la *modernización* y el *progreso* con algunos ingredientes distintos a los de épocas anteriores: no había alternativas sociales heroicas que proponer al capitalismo, pero se vaticinaba la universalidad del modo de producción, la convergencia cultural y moral de la humanidad y la igualación del nivel de vida de todos los países. Podríamos caracterizar esta visión con un término: *ideología de la globalización*. Como gran novedad, en esta proyección del futuro, el mercado jugaba un papel decisivo. El teórico social Jeffrey Alexander en su obra *Sociología cultural* comentaba cómo diferentes grupos de intelectuales contemporáneos reflataron la narrativa emancipatoria del mercado, caracterizando el pasado como «sociedad anti-mercado» y el presente y el futuro como «transición al mercado», y convirtiendo la liberación en algo que dependía de la privatización, los contratos, la desigualdad monetaria y la competitividad. Tony Judt, por su parte, en su texto *Algo va mal* puso de relieve uno de los elementos fundamentales de este cambio de época: «Si tuviéramos que identificar una sola consecuencia general de la transformación intelectual que caracterizó el último tercio del siglo XX, probablemente sería el culto al sector privado y, en particular, el culto a la privatización». La apología de la eficacia del sector privado frente al público recorrió todo el espectro político, de derecha a izquierda, y allanó el camino de la ola de privatización que hoy nos invade. De aquellos polvos, estos lodos.

En las décadas siguientes el capitalismo incorporó elementos de esas dos subculturas que habían coincidido en los años ochenta. El horizonte de convergencia propio de la modernidad y rehabilitado con el *nuevo modernismo* quedaba para el largo plazo, el mercado se encargaría de ello con el añadido de que la receta era la misma para todos los países fuera cual

fuera su momento de desarrollo: la economía neoliberal. Por otra parte, elementos como la avidez por la diferenciación, la desigualdad, la realización personal inmediata, el «todo a corto plazo», más en consonancia con las ideas que recogió el pensamiento posmoderno, resultaban funcionales para los nuevos modelos de consumo, producción y redistribución. Términos como *flexibilidad* y *adaptación* (que enmascaraban con frecuencia la *precariedad* en el trabajo) tomaron vida propia, cargados de una valoración positiva, independientemente de cualquier contexto. Como remate, la *ideología del progreso* –bajo nuevas formas– proporcionaba el recurso de tildar de *reaccionario* o *regresivo* a quien mostrara su rechazo a la globalización o a los procesos de transformación de la economía en curso.

En la economía convencional –tema al que Kepa Bilbao dedica especial atención– tuvo lugar la rehabilitación de la teoría del *mercado autorregulador* y de su creador –no el Adam Smith de *La teoría de los sentimientos morales* sino el inventor de la *mano invisible*– acompañada de otras como la *teoría de las expectativas racionales* o de los *mercados eficientes*, que, al tiempo que subrayaban la inutilidad de la regulación pública de la economía, profetizaban una suavización de los ciclos económicos e incluso hasta la desaparición misma de las crisis.

Tras describir estas rupturas en la mentalidad económica, Kepa Bilbao entra de lleno en la crisis y en las políticas anticrisis. Su descripción deja entrever sobradamente cómo en el forcejeo entre las políticas de *austeridad* y las políticas de *inversión pública* subyacen debates que estaban en las controversias teóricas de economistas del pasado. Este *revival* de ideas económicas en la actualidad refuerza el interés de la disciplina de la historia en general y de la historia del pensamiento económico en particular, disciplina a la que desgraciadamente se otorga la misma atención que a las obras de museo sin apreciarla como herramienta creativa que explica el presente y proyecta el futuro. Desprenderse del marco histórico de los procesos económicos que nos han llevado a

la catástrofe conduce con frecuencia a deslizamientos hacia explicaciones fáciles de la crisis como atribuir ésta a que los ciudadanos han gastado más de lo que ingresaban, a la falta de modernización de las Administraciones públicas y de los servicios sociales o a la rigidez de los mercados de trabajo, certificando así que no se ha entendido nada de lo que nos ha ocurrido.

Kepa Bilbao no cierra el libro sin preguntarse por el futuro del capitalismo. Tras repasar los fundamentos de las dudas con las que algunos teóricos como Schumpeter o Keynes abordaron el destino de la economía de mercado, trae a colación los juicios que economistas críticos con la exuberancia neoliberal hacen de las tendencias actuales del sistema. Comentarios de gran interés de las obras de Jeffrey Sachs, Walden Bello, Joseph Stiglitz, Paul Krugman y Dani Rodrik, entre otros, ilustran este capítulo. Y si bien Kepa Bilbao a lo largo del libro ha concedido una importancia sobresaliente a la incidencia del pensamiento económico en la deriva del capitalismo —éste era al fin y al cabo uno de los objetivos del texto— no se olvida de recordarnos en el epígrafe «a modo de conclusión» la trascendencia que las fuerzas sociales y políticas tienen en este futuro.

En definitiva, la obra de Kepa Bilbao proporciona un gran angular para examinar la crisis y las tendencias actuales del capitalismo. Constituye una eficaz herramienta de reflexión y de ningún modo nos deja indiferentes ante los tiempos de oscuridad y zozobra que estamos viviendo.

1.- Triunfo y fracaso del capitalismo

La economía de mercado capitalista, el capitalismo, ha quedado como la única opción viable de organización económica. Se ha convertido en el dueño del planeta, ha copado el mercado mundial y, de esta forma, se ha hecho, en una buena medida, responsable directo o indirecto de mucho de todo lo bueno y lo malo que en él hay. Ya no tiene competidor alternativo con el que compararse y lavarse la cara, un mal modelo alternativo como lo fue el socialismo de Estado, el que fuera conocido como el sistema soviético, que era utilizado para sacar pecho por los partidarios de la economía liberal de mercado al mismo tiempo que servía como tapón para que las mejores críticas a la economía capitalista no fueran escuchadas. Ahora bien, el fracaso de uno no significa el triunfo del otro. En los dos últimos siglos, el sistema capitalista ha tenido mucho éxito en lo concerniente a la invención, la afirmación individual, la producción en masa y la distribución comercial de todo tipo de bienes y servicios, pero son demasiados los fallos del sistema, los daños y las víctimas que ha causado y causa como para caer en falsos triunfalismos o actitudes autocomplacientes y no sopesar, como mínimo, su esencial ambivalencia. Su base moral es tan insegura como lo era en sus orígenes. La globalización económica ha creado ganadores y también perdedores. El éxito y el fracaso van, con demasiada frecuencia, muy unidos.

El capitalismo ya no tiene un antagonista mundial, la competición se juega en casa, entre las distintas variedades, familias, países o regiones capitalistas. Si atendemos a las previsiones de la Organización para la Cooperación y el

Desarrollo Económico (OCDE), China adelantará en apenas cuatro años a Estados Unidos como la primera potencia mundial. Además, en su imparable ascensión, la economía china logrará situarse por delante del conjunto de la eurozona ya en 2012. Le seguirá la India de la que prevé que también logrará a medio plazo superar a EE UU y, junto con Indonesia, también a China. El Producto Interior Bruto (PIB) de China fue en 2011 un 17% del total mundial, porcentaje equivalente al de la eurozona pero todavía inferior al 23% de Estados Unidos. No obstante, el PIB chino pasará a suponer el 28% en 2030, cuando los de los otros dos bloques habrán quedado reducidos al 12% y al 18% respectivamente, indica la OCDE.

Esta evolución económica está trastocando equilibrios de poder político más o menos estables dentro del sistema internacional. La geopolítica está alejándose de un mundo dominado por Europa y EE UU. Nos dirigimos hacia un mundo capitalista con muchas potencias regionales, pero sin un dirigente mundial, y se acerca una nueva era de inestabilidad económica debida tanto a los límites físicos del crecimiento como a la agitación financiera. Estamos pasando de un mundo unipolar, encabezado principalmente por EE UU, a otro multipolar, en el que EE UU, Europa, países emergentes como Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica y potencias menores como Turquía tienen una influencia regional. Esta pugna intensifica la codicia por aumentar las ganancias de los grupos económicos y financieros más poderosos, por hacerse con el dominio de más mercados o abrir nuevos. Las distintas regiones –incluidos los países– quieren obtener beneficios unas a expensas de otras, compitiendo duramente para defender su lugar y jugar un papel en la economía y la política futuras. La feroz competencia global entre las potencias económicas regionales no excluye que se de una colaboración entre ellas pero tampoco escenarios de fuertes enfrentamientos, algunos violentos.

La complejidad combinada con la incertidumbre es un rasgo fundamental de la escena global contemporánea. Crece el escepticismo y cada vez resulta más dudoso que, tal como

está organizada y orientada la economía, dominada por la codicia, la competencia y el crecimiento ciego, sin fin y sentido, puedan encauzarse, cuando menos de un forma mínimamente satisfactoria, no solo los problemas globales financieros que hoy ocupan el centro de atención, sino otros tan urgentes como el subdesarrollo, la pobreza, las crecientes desigualdades de riqueza y de renta, los déficits democráticos, el agotamiento de muchos recursos naturales, el encarecimiento de los alimentos, la escasez del agua, las guerras, la destrucción del medio ambiente y el paro.

El capitalismo se ha beneficiado del debilitamiento de la crítica en las dos últimas décadas y de una mala crítica. Toda crítica, la mejor y la peor, era rápidamente descalificada por los legitimadores del capitalismo. Bajo este ángulo estamos ya en un nuevo período. Una nueva voluntad crítica se abre paso estimulada por las políticas liberales y la mundialización capitalista. La crítica ha encontrado una voz más fuerte con la crisis actual, con la dirección y el ritmo que está tomando la globalización económica.

Esta complejidad de nuestro mundo, muy interconectado y superpoblado, diverso y plural, en donde los cambios económicos, sociales, culturales y técnicos se suceden de forma acelerada, no pone las cosas fáciles a la buena crítica y a las soluciones constructivas.

El concepto de capitalismo ha sido objeto de intensos debates y existen discrepancias sobre su significado, origen y evolución histórica. En cualquier caso, el desacuerdo no es tan radical como puede parecer a primera vista. Se trata más bien de que cada autor o corriente ideológica hace énfasis en aspectos constitutivos diferentes de lo que tanto en el ámbito científico como coloquial llamamos capitalismo. El término, muy posterior a capital y capitalista, de los que se deriva, comenzó a utilizarse a mediados del siglo XIX para indicar, a menudo con un sentido de crítica social, el sistema contemporáneo de producción económica. Por otra parte, la evolución del capitalismo posterior a la Primera Guerra Mundial (mayor intervencionismo estatal, economías mixtas, nuevas formas

de gestión, globalización de la economía, etc.) ha llevado a introducir importantes matices y diferenciaciones en una conceptualización que parte principalmente de las características del siglo XIX europeo. Por mi parte, quiero precisar que cuando hablo de capitalismo me refiero a un conjunto de prácticas económicas que aparecen imbricadas dentro de un mundo social que tiene poco que ver con la economía. La economía contiene elementos extraeconómicos que no son generados espontáneamente por lo que entendemos como dinámica propiamente capitalista, sino que proceden de fuera de ella, de las instituciones políticas, para acabar integrándose, mejor o peor, en un todo.

No podemos perder de vista que las economías de mercado y todas las economías funcionan en un marco institucionalizado: político, jurídico, ideológico, cultural e incluso moral. Hay muchos marcos distintos, y cada uno de ellos tiene consecuencias para la distribución de la riqueza, así como para el crecimiento, para la eficiencia, el cuidado del medio ambiente y la estabilidad. No todos funcionan de la misma manera ni producen los mismos resultados en cuanto a bienestar social.

El capitalismo es un sistema social con una gran capacidad de adaptación que muta y evoluciona en respuesta a un entorno cambiante. Es un sistema de interrelaciones muy denso y muy complejo en el que todos estamos involucrados, aunque en modo muy desigual y con muchas contradicciones. Un sistema que tiene la codicia como principio rector del desarrollo económico. Un sistema con una visión del progreso reducida exclusivamente a la rentabilidad y productividad económicas. La historia del capitalismo está marcada por una interacción constantemente cambiante entre el progreso tecnológico y los ciclos financieros, en un proceso permanente de autodestrucción y recreación. Su mayor fortaleza radica en su capacidad para abordar sus propias contradicciones internas y relanzar su dinámica a partir de ellas, así que la cuestión de su fin o de su superación no es un tema para profecías baratas.

Estos dos factores, la falta de una alternativa y su capacidad de regenerarse, ha hecho que se instale en la sociedad, por una

parte, un fuerte fatalismo, un cierto determinismo económico que se puede resumir con la frase *el capitalismo siempre se abre paso adelante* y, por otra, la esperanza escatológica de una implosión del capitalismo siguiendo, por analogía, el ejemplo del comunismo soviético, una esperanza bastante extendida y que ha llegado a formar parte de una de las ideas del manifiesto de Democracia Real Ya del movimiento 15-M: «El obsoleto y antinatural modelo económico vigente bloquea la maquinaria social en una espiral que se consume a sí misma enriqueciendo a unos pocos y sumiendo en la pobreza y la escasez al resto. Hasta el colapso» (del manifiesto «Democracia real ya», mayo 2011).

2.- Consideraciones generales y distintas dimensiones de la crítica

El capitalismo es un **fenómeno histórico**. Es un sistema evolutivo que ha pasado por distintas fases, esto es, no es lo mismo el capitalismo semiesclavista primitivo que el capitalismo de los países desarrollados del día de hoy. Descrito de una forma sumaria, se puede decir que la primera fase se desarrolló durante las grandes transformaciones de la llamada Revolución Industrial hasta la Gran Depresión de 1930. El texto sagrado fue *La riqueza de las naciones* de Adam Smith y la visión dominante postulaba la separación de economía y política. El capitalismo, a lo largo de este período, estuvo gobernado por una visión estrecha de las instituciones públicas necesarias para mantenerlo y la intervención de los Estados en la economía fue muy restringida hasta que se produjo la primera gran crisis. La segunda etapa nace de la gran depresión de los años 1930, la aceptación de las teorías keynesianas y el surgimiento del llamado Estado de bienestar. Tras la Segunda Guerra Mundial se desarrollará un capitalismo social con una participación cada vez mayor de la política y el Gobierno, tanto a nivel de regulación como a nivel de prestaciones sociales. Este modelo conocido como de *economía mixta* permitió un período sin precedentes de estabilidad y prosperidad en las economías avanzadas que duró hasta mediados de 1970, cuando tendría lugar la segunda gran crisis. La crisis del petróleo, el estancamiento de la producción con un elevado índice de la inflación (estanflación), entre otros factores, dio paso a una tercera fase en la que se aceleraron las desregulaciones de los mercados, las privatizaciones y la

reducción del papel del Estado en los asuntos económicos. El modelo keynesiano/socialdemócrata fue sustituido por el modelo friedmaniano, con Margaret Thatcher y Reagan como máximos impulsores políticos del «libre» mercado. Se entró así en una nueva fase de (neo)liberalismo económico, en un nuevo modelo de capitalismo que se caracterizó por la hegemonía de los mercados financieros globales y por el mantra «los mercados tienen siempre la razón, los Gobiernos siempre están equivocados». Treinta años más tarde, en los años 2007-2009, estalló la reciente tercera gran crisis del sistema, sobre todo en su parte desarrollada, espoleada por las enormes burbujas inmobiliarias y financieras, quedando el modelo, de nuevo, profundamente cuestionado¹.



¹ Ver el cuadro adjunto en donde se esquematizan las características de la segunda y tercera fase. El cuadro lo he tomado prestado a Javier Álvarez Dorransoro de unas notas que me pasó de una conferencia que tenía como título *Sobre la crítica al capitalismo*. Además estoy en deuda con Javier por tener la amabilidad de leer el libro y poder contar con sus valiosos comentarios y sugerencias.

Como se puede apreciar en esta apretada síntesis histórica, el capitalismo es un sistema que ha ido cambiando a lo largo de la historia, mostrando una enorme plasticidad y adaptabilidad, clave de su durabilidad. Por otra parte, el capitalismo no funciona de la misma manera en la Rusia actual, en Túnez, China, los Estados Unidos o en Europa. No es lo mismo el capitalismo mafioso de Rusia que el capitalismo más regulado de la Unión Europea. Adopta diversos modelos de acumulación y desarrollo dependiendo de sus relaciones sociales y políticas, de la cultura en la que se halla imbricado (modelo europeo-renano/angloamericano). La crítica al capitalismo ha de ser una crítica adaptada a la forma que adopta este en un momento determinado de su historia, y en un país o área concreta, de otra manera se cae en generalizaciones muy poco útiles.

No existe un único modelo de desarrollo económico, las economías capitalistas se pueden situar en un continuo entre dos tipos ideales extremos, el conocido como modelo angloamericano o de las Economías de Mercado Liberal (EML) y el modelo renano-nipón o de las Economías de Mercado Coordinado (EMC), teniendo las primeras niveles de desigualdad de renta superiores y menores niveles de protección del empleo que las segundas. Entre las EML se encontraría EE UU, Gran Bretaña, Canadá, Nueva Zelanda e Irlanda, y entre las EMC, Alemania, Japón, Suiza, Países Bajos, Bélgica, Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia y Austria. Francia, Italia, España, Portugal, Grecia y Turquía se encontrarían entre estos dos tipos extremos en *posiciones ambiguas*. A estos dos modelos habría que añadir el caso chino como un caso especial, el cual podría producir una forma completamente nueva de capitalismo de Estado en el que el control de la economía vaya muchísimo más lejos que la mera *coordinación*.

Las diferentes *variedades* de capitalismo aquí descritas han sido relativamente exitosas en momentos y circunstancias diferentes. Por lo demás, estos dos modelos no han dejado, desde hace treinta años, de aproximarse en provecho del

modelo angloamericano. ¿La tendencia actual hacia la liberalización de las principales economías del mundo anuncia la convergencia final hacia un tipo de mercado-liberal-anglo-estadounidense? ¿Podemos hablar no de «capitalismos» sino de un solo modelo triunfador? Y si así fuera, ¿se debe a su superior eficiencia económica en el largo plazo? Aunque resulta imposible responder con certeza a la anterior pregunta, cualquiera que sea el resultado de la confrontación entre los dos sistemas, éste no seguirá sólo una lógica económica pura de la eficiencia, como supone la economía neoliberal, hoy atravesada por una profunda crisis, resultado de sus propios excesos. Por otra parte, tampoco podemos decir que hayamos agotado toda la diversidad institucional que podría sustentar una economía eficiente, equitativa y ambientalmente responsable.

Posee una **dimensión ideológica** o, dicho de otra forma, las prácticas económicas van acompañadas de un mundo de ideas nada desdeñable, derivadas del propio capitalismo y que influyen a su vez en su desarrollo. Quienes tienen el poder (y la riqueza) lo utilizan para reforzar sus posiciones económicas y políticas o, como mínimo, para mantenerlas, pero también intentan condicionar la forma de pensar, hacer aceptables las diferencias de ingresos que de otra manera resultarían odiosas. En ello juegan un papel central, en muchas ocasiones, los medios de comunicación, cuando no ejercen el «poder compensatorio» del que hablaba Galbraith.

Abarca un **conjunto de teorías** y principios, teorías económicas que fundamentan las prácticas capitalistas: carácter autorregulador de los mercados, modelos predictivos, la *teoría de los mercados eficientes*, la *teoría de las expectativas racionales*, la *teoría del goteo* o de la *filtración descendente* (la peculiar idea de que enriquecer a los de arriba redundará en beneficio de todos, incluido los pobres), la *teoría de los ciclos económicos reales* o los modelos de *evaluación de riesgo*; que, a su vez, destilan **creencias**. En la base de estas se encuentra una antropología reductora del ser humano: el *homo economicus*, un ser egoísta que actúa movido únicamente

por su propio interés, un agente calculador y maximizador de su propio beneficio que por la lógica de la *mano invisible* consigue el beneficio social. No hay espacio para la empatía, el interés por lo público y el altruismo; **conceptos** como los de racionalidad, competitividad, flexibilidad, productividad, que juegan un papel muy definido; **culturas** como la del enriquecimiento rápido y sin esfuerzo –la vieja ideología calvinista, basada en la ética del esfuerzo y la responsabilidad individual, ha dado paso a una nueva ideología en la que el *nuevo héroe* del capitalismo es un personaje amoral, desacomplejado, libre de cualquier tipo de cortapisas, que lo quiere todo y ahora, que busca maximizar el valor de la acción, y su rentabilidad inmediata–; y **subculturas** como las del *virus especulativo*, la del *capital impaciente*, la *cultura del riesgo* y del *consumismo*. Hoy, todas ellas, atravesadas por una profundo desprestigio y cuestionadas.

Max Weber ya nos había apuntado que el espíritu del capitalismo es el control de la conducta efectiva de los sujetos sociales. El principio cultural de insaciabilidad –la voracidad como forma de estar en el mundo, que guía a las empresas de capital riesgo, dispuestas a sacar todo el jugo posible de una empresa sin reparo en agotarla para siempre, es también el principio cultural del consumismo en el que la pulsión por comprar no se detiene nunca: el deseo de un nuevo producto impide el goce del producto recién conseguido, en un espiral de frustraciones sin fin– ; **legitimaciones**, para justificar lo que hacen los capitalistas y financieros (acciones que en otro caso se considerarían injustas) y el apoyo que de forma privilegiada les brinda el Estado.

También el dinero tiene necesidad de las ideas. Sobre todo cuando se obtiene en grandes cantidades y en un plazo corto. Necesita justificaciones. ¿Por qué las actividades comerciales, bancarias y otras igualmente lucrativas se hicieron honorables en algún momento de la edad moderna, después de haber sido condenadas o despreciadas, como avidez, usura, ánimo de lucro y avaricia durante los siglos pasados? Sentimientos que databan no solo de la Edad Media, sino de tiempos bíblicos

y de las Sagradas Escrituras. ¿Cuál fue el proceso mental que hizo posible que pudieran convertirse en actos honrosos y digamos fundamentales de la sociedad moderna?. En contraste con el pensamiento marxista y la escuela weberiana, los derroteros de la noción de interés le permiten a Albert O. Hirschman encontrar argumentos convincentes para entender cómo fue construyéndose el «espíritu» del capitalismo, esto es, cómo la codicia, la avaricia y el deseo de lucro dejaron de ser condenados para pasar a ser consideradas pasiones convenientes y positivas, debido a las ventajas sociopolíticas que esperaban de ellas. Según Hirschman, los fundadores del liberalismo en el siglo XVII entendieron la codicia como una pasión útil que podía suministrar la fuerza necesaria tanto para mantener la voluntad de ganar como para neutralizar otras más dañinas o perjudiciales². Hasta en palabras del mismo Keynes «...ciertas inclinaciones humanas peligrosas pueden orientarse por cauces comparativamente inofensivos con la existencia de oportunidades para hacer dinero y tener riqueza privada, que, de no ser posible satisfacerse de este modo, pueden encontrar un desahogo en la crueldad, en temeraria ambición de poder y autoridad y otras formas de engrandecimiento personal. Es preferible que un hombre tiranice su saldo en el banco que a sus conciudadanos...»³.

La codicia y el egoísmo desenfrenados nunca podrán proporcionar al capitalismo una legitimación ética, por lo que el

² Albert O. Hirschman, en su conocido libro *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Península, Barcelona, 1999, elabora un viaje por el mundo de las ideas del siglo XVII y XVIII para analizar cómo los conceptos de pasión e interés personal de los seres humanos fueron progresivamente mutando desde una posición extrema de condena y represión a una acepción cargada de elementos positivos en los que el interés personal se transforma en el sustrato fundamental para el pleno desarrollo no ya del individuo sino de la sociedad misma. Para la realización de este viaje Hirschman toma retazos de la obra de grandes filósofos como Maquiavelo, Mandeville, Hobbes, Vico o Montesquieu, hasta llegar a A. Smith, en donde interés individual y colectivo van íntimamente unidos. Adam Smith borró y abandonó la distinción entre los intereses y las pasiones al defender la persecución sin trabas de la ganancia privada.

³ John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés dinero*, p. 329, Fondo de Cultura Económica. México, 1976.

sistema seguirá suscitando críticas. A su vez, esto estimula continuamente la formulación de nuevas justificaciones ideológicas, es decir, de un *nuevo espíritu del capitalismo* que ensalce los «beneficios colectivos definidos en términos del bien común» que se supone el capitalismo puede ofrecer⁴; **sumisión a las leyes de la economía**, la Economía (como disciplina teórica) ha asumido el protagonismo en la legitimación ideológica del poder económico, a partir de la pretensión de que la ciencia económica detenta la clave del bienestar universal. Las ideas de los economistas han tenido una enorme influencia en la conformación de nuestra manera de entender el mundo, así como en dar forma al lenguaje que utilizamos. Esta sumisión a la ciencia económica ha dado lugar a una representación del mundo en la que se separan los aspectos económicos del tejido social constituyéndose así la economía como un ámbito autónomo, independiente

⁴ Luc Boltanski y Éve Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, pp. 33-71, Akal, Madrid, primera reimpression, 2010. El título hace referencia al clásico estudio de Weber sobre la ética protestante. Sin embargo, Boltanski y Chiapello defienden que históricamente han existido tres «espíritus del capitalismo» sucesivos. El primero se conformó durante el siglo XIX. Su figura clave fue la del empresario burgués emprendedor, un capitán de la industria con una capacidad absoluta para asumir el riesgo, la especulación y la innovación, y compensarlas mediante la determinación de acumular, la frugalidad personal y la adhesión puritana a la familia. No obstante, en el período de entreguerras, este modelo se consideró pasado de moda. En la época fordista del «capitalismo organizado», la organización sustituye al emprendedor individual. Entre 1930 y 1960 emergió una nueva figura: el director heroico de la gran corporación centralizada y burocrática (un dirigente asalariado) y la seguridad proviene de la racionalidad y la planificación. El bien común se relaciona con el progreso social y una mayor justicia social. La propiedad del capital y el control sobre la empresa se disocian. A su vez, este espíritu capitalista entró en crisis. Con el fin de movilizar las energías humanas necesarias para asegurar su supervivencia y expansión, el sistema precisó en adelante de un tercer «espíritu». A partir de 1990 el nuevo capitalismo flexible y globalizado requiere un nuevo espíritu para adherir a las personas al sistema, estando en gran parte amenazadas por la exclusión social y la incertidumbre generalizada. En el centro del nuevo espíritu están los gestores, los directivos y mandos intermedios, de un capitalismo de conexión flexible que socava los fundamentos del espíritu fordista. Éste es el objeto que Boltanski y Chiapello se proponen indagar en este voluminoso libro mediante un análisis comparativo de los textos de gestión producidos entre la década de 1960 y la de 1990.

de la ideología y de la moral, que obedece a leyes positivas⁵. Como dijo Keynes en una ocasión «las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto»⁶.

⁵ Este tema de la separación (autonomización) de las diversas esferas de la actividad humana (económica, política, científica, ética, etc.) lo discuto en un artículo titulado *Sobre economía y justicia (en respuesta a J. M. Ruiz Soroa)*. www.kepabilbao.com. Ver anexo.

⁶ J. M. Keynes, *op. cit.*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

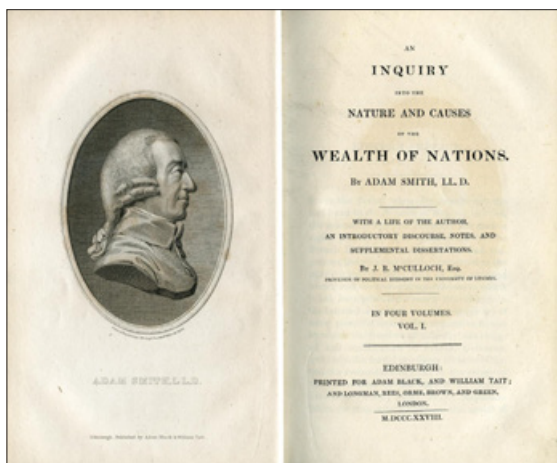
3.- ¿Cómo empezó esta historia?

De la *mano visible* del poder militar
a la *mano invisible* del mercado.

El paradigma liberal del mercado

Hubo un tiempo en que la riqueza de las naciones era muy fácil de explicar y no se requerían amplias ni complejas explicaciones para deducir que esta dependía de la *mano visible* del poder militar; pero a finales del siglo XVII, y especialmente a mediados del XVIII, la explicación del poder económico como consecuencia del poder militar no era suficiente e incluso en algunos casos no se correspondía con la realidad como el florecimiento por el comercio de países pequeños y con escasos recursos como Holanda. Algunos países europeos estaban entrando en una nueva fase de desarrollo económico basada en el comercio. La creación de riqueza no dependía ya sólo de las estrategias ideadas por gobernantes poderosos, ello requería de una explicación diferente a la dada hasta entonces.

Fue este vacío el que vino a llenar la obra de un escocés llamado Adam Smith (1723-1790) con su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* publicada en 1776 (el mismo año de la Declaración de Independencia de Estados Unidos). Fue el primer examen exhaustivo del incipiente sistema capitalista de mercado y de la nueva disciplina llamada Economía Política. Todas las ideas mercantilistas y fisiocráticas quedaban superadas por una mirada más am-



plia y realista, aunque, como sucede siempre, influida por las mismas ideas que corrige⁷. Su obra, que corresponde a una época de revolución comercial, no acierta a perfilar aún la era de la industria.

Predominaban la pequeña industria manufacturera, el taller del artesano y comenzaba la Revolución Industrial. Marx llamará a Adam Smith *el economista que resume todo el período manufacturero*⁸.

⁷ La escuela fisiocrática, desarrollada en Francia en la segunda mitad del siglo XVIII, surge como una crítica hacia el alto grado de protección de las economías nacionales por parte del Estado propuesta por el mercantilismo. Rechazaron el concepto mercantilista de riqueza, entendido como la acumulación de metales preciosos y subrayaron la dependencia de la persona con respecto a la naturaleza. Para los fisiócratas la naturaleza imponía sus límites al trabajo, y sólo el respeto a aquélla podía garantizar la reproducción ilimitada de la actividad económica. El líder intelectual de la fisiocracia fue François Quesnay (1694-1774), que en 1758 publicó una obra titulada *Tableau économique (Cuadro económico)*, que tuvo gran aceptación en el ambiente de la época y fue muy elogiada por Marx. Otros fisiócratas destacados fueron Turgot (1727-1781), Mirabeau (1715-1789), Dupont (1739-1817), Cantillon (1680-1734), Baudeau (1730- 1792), Le Trosne (1728-1780), Gournay (1712-1759).

⁸ Karl Marx, *El Capital* (tomo I), p.744, Venceremos, La Habana, 1965. Marx (1818-1883) fue un lector sistemático de A. Smith, David Ricardo, James Mill y sus antecesores. A la crítica de la economía que llamó doctrina clásica le dedicó *El Capital* (1867) que, como dice su subtítulo, es una *Crítica de la Economía Política*. Es una obra incompleta y fragmentaria. El primer volumen fue el único en aparecer en vida del autor, y los volúmenes posteriores los compiló Engels tras su fallecimiento, basándose en notas y borradores encontrados en su estudio. Este hecho tiene su importancia porque muchos comunistas llegaron a tratar el libro como una obra acabada, como una Biblia, manteniendo que todo lo dicho por Marx era cierto.

A. Smith y *La riqueza de las naciones*

*Ideas principales del libro*⁹:

1. Frente a la noción mercantilista de riqueza, consistente en la acumulación de metales preciosos (oro y plata), consideró el trabajo como la principal fuente de riqueza. Para Smith, el dinero (oro y plata) no constituye riqueza alguna, sólo es el medio por el cual se facilita la circulación de los productos. Definió el producto anual de la tierra y el trabajo de una sociedad como *la verdadera riqueza*.

2. La división del trabajo: entendida como especialización de tareas para la reducción de costos de producción. Es una de las ideas más originales y de más alcance de su obra. Esta división permite una gran eficiencia a la economía.

3. A diferencia de los fisiócratas, que representaban la sociedad como una pirámide que descansaba sobre los agricultores, únicos creadores de riqueza, A. Smith concibe la sociedad de forma homogénea, todos trabajando, en su puesto, todos beneficiando a todos por la creación de muchos bienes, en una sociedad armónica y laboriosa.

4. Hay trabajos productivos y no productivos. No es que sean inútiles estos últimos sino que no aumentan la renta. Productivos: agricultores, manufactureros o industriales. No productivos (que no aumentan la renta): oficiales o ministros de Justicia y Guerra, Ejército, jurisperitos, médicos, literatos y bufones, jugueteros, músicos, bailarines, operistas... Para Smith, el trabajo *productivo* es el que añade valor al objeto al que se incorpora y resulta en una mercancía, fundamentalmente tangible y almacenable, con algún valor de mercado.

5. Adam Smith considera que hay tres clases sociales fundamentales: 1º La clase de los terratenientes que vive de la renta; 2º la que vive de los salarios, y 3º la clase capitalista que vive de los beneficios. Adam Smith identifica a su manera la conciencia y los intereses de estas tres clases sociales. Considera a los rentistas, a los terratenientes, una clase indolente: «Es la única de las tres clases, que percibe su renta

⁹ Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial.

sin que le cueste trabajo ni desvelos» (L.I-11). El obrero crea valor sin ningún coste para el capitalista: «Aunque el patrono adelante los salarios a los trabajadores, en realidad éstos no le cuestan nada, ya que el valor de tales salarios se repone junto con el beneficio en el mayor valor del objeto trabajado» (L.II-3). «Los salarios corrientes del trabajo dependen del contrato establecido entre dos partes cuyos intereses no son, en modo alguno, idénticos. Los trabajadores desean obtener lo máximo posible, los patronos dar lo mínimo. Los primeros se unen para elevarlos, los segundos para rebajarlos. No es difícil, sin embargo, prever cuál de las partes vencerá en la disputa y forzará a la otra a aceptar sus condiciones. Los patronos, al ser menos en número, pueden unirse fácilmente; y además la ley lo autoriza, o al menos no lo prohíbe, mientras que prohíbe las uniones de los trabajadores» (L.I-8). En cuanto a los patronos, a los que viven de los beneficios, dice: «Dentro de esta clase, los comerciantes y fabricantes son las dos categorías de personas que habitualmente emplean los mayores capitales, y que con su riqueza atraen la mayor parte de la consideración de los poderes públicos hacia sí. Como durante toda su vida están ocupados en hacer planes y proyectos, frecuentemente tienen mayor agudeza y talento que la mayor parte de los terratenientes. [...] **Los intereses de los comerciantes que trafican en ciertos ramos del comercio o de las manufacturas siempre son distintos de los generales, y muchas veces totalmente opuestos**¹⁰. El interés del comerciante consiste siempre en ampliar el mercado y reducir la competencia. La ampliación del mercado suele coincidir con el interés público, pero la reducción de la competencia siempre está en contra de dicho interés, y sólo sirve para que los comerciantes, al elevar los beneficios por encima de su nivel natural, impongan, en beneficio propio, una contribución absurda sobre el resto de los ciudadanos. Cualquier propuesta de una nueva ley o reglamentación del comercio que provenga de esta clase deberá analizarse siempre con gran precaución, y nunca deberá adoptarse sino después de un largo y cuidadoso

¹⁰ Todas las negritas son mías.

examen, efectuado no sólo con la atención más escrupulosa **sino con total desconfianza**, pues viene de una clase de gente cuyos intereses no suelen coincidir exactamente con los de la comunidad y que tienden a defraudarla y a oprimirla, como ha demostrado la experiencia en muchas ocasiones»(L.I-11)

6. Una actitud ambivalente del capital, que es visto como el gran responsable de la prosperidad o del malestar material de un país. Para A. Smith, «ninguna sociedad puede ser próspera y feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y miserables»(L.I-8)

7. Humanismo. Son frecuentes los pasajes en el libro en los que presenta el interés del capital y la renta de la tierra, tal como se practican, como expoliaciones abusivas de las que es víctima el trabajador. Conocedor de la obra de Rousseau, reconoció los efectos deshumanizadores de la sociedad comercial: la subordinación de los muchos respecto a los pocos, la odiosa desigualdad, incluso los efectos embrutecedores de la división del trabajo, pero pensó que era el precio que había que pagar por ese nuevo bien común que era la riqueza de la nación que haría la felicidad de todos. Se compadecía del estado del carácter de los obreros industriales, uncidos al yugo de la rutina. Su descripción de los efectos de la división del trabajo anticipa al Marx de la *alienación* del trabajador: «Un hombre que pasa toda su vida para completar unas pocas operaciones simples cuyos efectos son siempre los mismos, o casi, no tiene tiempo para desarrollar su inteligencia ni ejercer su imaginación para buscar los medios para resolver aquellas dificultades que nunca se terminan de localizar; pierde pues naturalmente el hábito de desplegar o de ejercer sus facultades y se vuelve, en general, tan estúpido e ignorante como se pueda convertir una criatura humana; el aletargamiento de sus facultades morales lo hace incapaz de apreciar ninguna conversación razonable ni de tomar parte en ellas, hasta le impide sentir alguna pasión noble, generosa o tierna y, en consecuencia, formar algún juicio mínimamente justo sobre la mayoría de los deberes más ordinarios de su vida privada»(L.V-1)

Paradójicamente, Smith sembró grandes problemas para el futuro al introducir la queja sociológica moderna acerca de la especialización en el trabajo. Así, mientras que en el Libro I de *La Riqueza* alaba la división del trabajo por expandir la atención e inteligencia de la población, en el Libro V se la condena por llevar a la degeneración intelectual y moral, a la pérdida de sus «virtudes intelectuales, sociales y marciales». Adam Smith percibe no solo las ventajas, sino también los aspectos negativos de la nueva cultura económica, así como sus relaciones conflictivas con la moral¹¹.

8. El interés propio, motor principal de la economía. Establecida la división del trabajo como base de una buena economía, busca *el principio que motiva la división del trabajo*. Lo encontrará en la propensión natural de los hombres a *negociar, cambiar o permutar una cosa por otra*, y esto, en última instancia, debido al interés personal. Aquí hay que traer a colación la famosa frase de la benevolencia del carnicero: «No habremos de esperar nuestra comida de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero, sino de la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas»(L.I-2). Más adelante, en el Libro IV (cap. II) dice: (...) «Pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios». Queda, así, constituida la sociedad de competencia, que se basa en el egoísmo. Cada cual persiguiendo su propio interés hará

¹¹ Esta conciencia, dice el sociólogo Richard Sennet, la desarrolló especialmente al considerar la organización rutinaria del tiempo en el nuevo sistema económico. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, pp.35-39, Barcelona, 2000. El autor estudia los cambios en la concepción del trabajo desde el capitalismo que conoció A. Smith (trabajo rutinario a cambio de un puesto estable) hasta el de nuestros días (trabajo flexible, movable, inseguro) en relación a la formación del *carácter* de los trabajadores. Sostiene que la creciente inseguridad experimentada por estos en el nuevo mercado laboral flexible, a pesar de propiciar una economía más dinámica, puede afectarnos profundamente, al erosionar las nociones de permanencia, confianza en los otros, integridad y compromiso, que hacían que hasta el trabajo más rutinario fuera un elemento organizador fundamental en la vida de los individuos y, por consiguiente, en su inserción en la comunidad.

lo necesario para construir una sociedad en la que el interés de todos quede satisfecho. De esta forma la codicia quedaba liberada de sus agravios a condición de que sirviera al bien social y fue progresivamente marginada a favor del neutro «interés personal». El bien común sería el resultado de la búsqueda por parte de los individuos de su interés personal en los mercados. Ahora bien, una cosa es considerar la importancia que tiene la motivación de la búsqueda del interés propio, de incentivos materiales, y otra deducir que ello acabará redundando en beneficio de todos. Si cambiamos de escenario histórico y nos trasladamos a la crisis actual, ¿sería posible mantener este argumento? ¿No sería más cierto afirmar que la persecución de los *insaciables* deseos por parte de algunos lleva al desastre colectivo? Pensemos en lo desastrosa que ha sido para el resto de la sociedad la búsqueda de *su propio interés* por parte de los banqueros en la actual crisis, o de qué modo las fábricas clandestinas que explotan a sus trabajadores socavan las condiciones laborales de los demás. Los individuos que actúan en interés propio pueden crear problemas al resto de la sociedad y, en consecuencia, puede ser necesario restringir su libertad de elección. Los banqueros persiguen su propio interés, que no tiene por qué encajar con los intereses generales de la sociedad, incluso por no encajar no lo tienen que hacer ni con el interés de sus accionistas o deudores; y, sin duda, no son los mismos intereses que los de los propietarios que han perdido sus viviendas, los trabajadores que se han quedado sin empleo, los jubilados que han visto cómo sus fondos de pensiones se evaporaban, o los contribuyentes que han pagado miles de millones de dólares o euros en rescates bancarios. Este interés personal del que nos habla Adam Smith es un movimiento espontáneo del hombre, un impulso natural. El proceso que sigue es muy sencillo: el interés personal lleva a los contratos ventajosos, éstos a la división del trabajo, éste a la prosperidad común, y así se forma una economía universal, un cierto *orden natural*, económico, en el que el interés personal y el común están de acuerdo. Si la división del trabajo produce riqueza, esto

quiere decir que el crecimiento del capital y la acumulación de capitales es un fenómeno espontáneo y natural de la sociedad. En estrecha relación con el aumento del capital, y como un impulso también de la Naturaleza misma, establece la teoría de la adaptación de la oferta a la demanda.

9. La adaptación de la oferta a la demanda. El mercado no sólo inducía a los individuos a consumir y a producir de tal forma que sus actividades se acomodaran racionalmente a la demanda, sino que, simultáneamente, también promovía el *interés público* del incremento de la riqueza nacional. Y lo hacía mediante una *mano invisible* que de alguna forma conduce al individuo a contribuir a un fin, el bien colectivo, *que no forma parte de su intención* y espontáneamente crea un orden. En su libro *Teoría de los sentimientos morales*¹² aparecerá la conocida metáfora en la que identifica al mercado con una mano invisible que produce efectos sorprendentes en la distribución de la riqueza: «Los ricos (...) a pesar de su natural egoísmo y avaricia, aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, dividen con los pobres el fruto de todas sus propiedades. Una **mano invisible** los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie» (Parte IV-1). La mano invisible del mercado tiene la virtud de transformar el egoísmo individual en prosperidad pública. Adam Smith venía así a proporcionar una ética muy peculiar a la economía y en realidad abrió las puertas al *utilitarismo*. Hay que admitir que el mercado de la competencia imperfecta —el único existente en el mundo real— no es el reino de la providencial **mano invisible** benefactora sino, al contrario, el de manos bien visibles e interesadas, buscando el máximo beneficio privado a costa de quien sea y de lo que sea.

¹² Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial.

10. En su República económica, en la que cada uno ha de producir según lo que su propio y santo interés le dicte y le impulse, podrá muy bien suceder que los productores produzcan más o menos de lo necesario, con los consiguientes trastornos económicos y sociales. La búsqueda de una solución a este problema que históricamente producirá tantas y tan graves crisis económicas le llevará a trabajar dos nociones claves: la de valor de uso y la de valor de cambio. Se interesará por el valor de cambio. Verdadero galimatías. En este, como en otros temas, A. Smith titubea, en ocasiones se atiene al coste de producción como causa del valor de cambio, otras sólo al trabajo, otras al trabajo y al capital, sin atender a la renta de la tierra, etc. Resumiendo: el valor de cambio depende de la ley de la oferta y la demanda. Lo que se cambia en el mercado es no tanto el objeto cuanto el coste de producción que encierra. Este coste sería el precio natural. Si oferta y demanda se equilibran, el precio real coincide con el precio natural. La competencia y el interés personal se encargan de lograr este equilibrio ideal (tema discutido y corregido por David Ricardo y Marx posteriormente, hasta la *revolución marginalista* de los años 1870). Aparece ya aquí el poder de lo económico en la configuración de la sociedad y la fuerza de trabajo humano como una mercancía que se compra y se vende en el mercado. Marx entenderá también que en la sociedad la persona está dominada por las fuerzas ciegas de la economía; que la fuerza de trabajo, la más alta actividad humana, está reducida a una mercancía y, problema, profecía, que la misión revolucionaria del proletariado y el comunismo es precisamente liberar a los hombres de este tipo de economía fatal que les condiciona, les oprime y les aliena. Marx, el crítico más destacado de Smith, coincidía con él en que la división del trabajo, la competencia y el comercio habían producido una expansión del bienestar humano hasta entonces sin precedentes, pero creía que Smith había comprendido mal la naturaleza de la *mano invisible* y sus consecuencias finales. Para Marx el sistema capitalista se explicaba no sólo por la división del trabajo y el intercambio mercantil determinados tecnológicamente, sino, más bien, por

la desigualdad inherente de poder en las relaciones de propiedad capitalistas. Además, la eficiencia del mercado quedaba finalmente anulada por tendencias contradictorias que eran, en última instancia, destructivas. Para Marx la búsqueda individual del propio beneficio, lejos de conducir a la racionalidad colectiva o al bien público, conduce a crisis periódicas, y, a la postre, a un derrumbe del capitalismo, o a su sustitución por el socialismo por medio de la lucha de clases.

11. Adam Smith es partidario de que el Estado no interfiera en la búsqueda del interés del hombre económico. En esta época, el Estado de tipo feudal, representante de los intereses de la realeza, de los terratenientes y de la iglesia, se caracterizaba por obstaculizar o limitar el «cauce natural» o la «espontaneidad» de las actividades económicas, por medio de regulaciones, prohibiciones e impuestos. Eran Gobiernos «improductivos» que representaban a sectores sociales improductivos, que no aportaban a la riqueza nacional por medio del trabajo, sino que consumían y dilapidaban las finanzas públicas en perjuicio de los trabajadores «productivos», de los artesanos, de fabricantes, de obreros manufactureros y de los comerciantes. Smith no esconde la mala opinión que tiene de soberanos y príncipes. Son costosos, propicios a la vanidad, frívolos e improductivos. A pesar de ello, Smith no ignoró el papel del Estado. ¿Qué función le reserva en el complejo económico de un país? Debe quedar reducido a proteger a la sociedad de la violencia e invasión de otros países, hacer reinar el orden, respetar la justicia y proteger la propiedad. Esto no le impide reconocer la necesidad de que el Gobierno deba actuar en ciertas ocasiones en materia económica, como por ejemplo, acometiendo ciertas obras que «a ningún grupo de individuos interesaría erigir pues sus beneficios no compensarían los gastos»(L.V-1), como son la construcción de carreteras, puentes y canales. Así mismo, ante el embrutecimiento de los trabajadores por su especialización en el trabajo, otorga al Estado el papel de dar al pueblo «la instrucción en los principios comunes de la Religión, leer, escribir y contar».

La idea de mercado de Smith no se reducía a una modalidad técnica de regulación de la actividad económica mediante un sistema de precios libremente establecidos, sino que estaba unida a la idea de sociedad. El mercado era la forma de autoorganización de esa sociedad civil emergente que trataba de emanciparse del poder político tradicional improductivo y despótico. La clave de A. Smith, para Bottomore, consistió en ver la *probabilidad* del aislamiento de la sociedad civil con respecto a la esfera política (el Estado), su *capacidad* de autorregulación si no se interfiere en ella, su *potencial* para alcanzar un Estado de máximo beneficio para todos los participantes libres de perseguir sus propios intereses, y, por consiguiente, la *deseabilidad filosófica* de producir semejante Estado de los negocios, en la cual la sociedad civil pueda volverse independiente del Estado¹³. ¿Visión utópica de la economía? Este es el diagnóstico que nos inclinamos a formular hoy en día, dice Rosanvallon, pues juzgamos ingenuas las virtudes de un amable comercio y de una economía pacífica opuestas a los vicios de una mala política. Pero esto significa olvidar que las gentes del siglo XVIII vivían en una sociedad precapitalista y que estaban sometidas a regímenes despóticos. El mercado era todavía una idea nueva, de la que apenas tenían experiencia¹⁴.

12. Defiende el comercio internacional libre y sin apenas trabas para alcanzar y dinamizar el proceso de crecimiento económico, y este comercio estaría basado en el principio de la ventaja absoluta (la que tiene aquel país que es capaz de producir un bien utilizando menos factores productivos que otros, es decir, con un coste de producción menor). Asimismo cree en la movilidad internacional de factores productivos. Posteriormente, David Ricardo y John Stuart Mill ampliaron las ideas de Adam Smith para mostrar que el comercio sin restricciones es bueno para todos los países que participan

¹³ Tom Bottomore (director), L. Harris, Kiernan, R. Miliband, *Diccionario del pensamiento marxista*, p. 252, Tecnos, Madrid, 1984.

¹⁴ Pierre Rosanvallon, *La sociedad de los iguales*, pp. 284-285, RBA Política y sociedad, Barcelona, 2012.

de él. Las creencias favorables al libre comercio se fueron abriendo paso a lo largo de todo el siglo XIX, considerado por los historiadores económicos como la primera fase de la globalización. A ello contribuyeron, además de un sistema de creencias convergente (el proporcionado por los autores citados, el liberalismo económico), los avances tecnológicos que revolucionaron los medios de transporte y comunicación, la adopción generalizada del patrón oro y las políticas imperialistas. Siendo muy exitosa la expansión comercial que se dio a lo largo del siglo, esta no triunfó en todas partes y donde lo hizo fue de forma desigual. Si bien Gran Bretaña mantuvo políticas comerciales abiertas, los EE UU pusieron aranceles muy altos a lo largo del siglo y las principales potencias de la Europa continental practicaron el libre comercio solamente durante un breve período, las décadas de 1860 y 1870. Por otra parte, las políticas imperialistas practicadas por las principales metrópolis a punta de cañón no permiten hablar de «libre comercio» en el auténtico sentido del término, este apenas se dio.

El «problema de Smith»

Cuando Adam Smith publicó su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* se le leía —y se le sigue leyendo— como el apóstol del nuevo capitalismo, básicamente por la declaración que hace al principio del libro a favor de la libertad del mercado, por su posición crítica de la intervención gubernamental, de sus reglamentaciones, y por ser el autor de la más celebre metáfora económica, según la cual el mercado libre actúa como una *mano invisible* que de alguna forma conduce al individuo a contribuir a un fin, el bien colectivo, *que no forma parte de su intención* y espontáneamente crea un orden¹⁵. De esta forma, estableció el punto de referencia para la teoría económica liberal posterior.

¹⁵ La obra tuvo un éxito inmediato: la primera edición se agotó en seis meses, y durante la vida de Smith se publicaron cinco ediciones (1776, 1778, 1784, 1786, 1789) de aproximadamente cinco mil ejemplares. En tres décadas se había traducido a por lo menos seis idiomas extranjeros: danés (1779-80), tres versiones

Sin embargo, Adam Smith es algo más que un apóstol de la libertad económica, es un moralista de la solidaridad consciente del lado oscuro del mercado. En la *Riqueza de las naciones* hallamos abundantes ejemplos de la distancia que Smith tomaba con respecto a la codicia que, sin embargo, nunca dejó de considerar como el principio del desarrollo económico. Su insatisfacción ante esta evidencia son los comentarios llenos de mordacidad que salen de su pluma para señalar los propios efectos de ese principio, su vacío moral, la carencia de inquietudes humanitarias que atribuye al accionista, al inversor capitalista, el gélido personaje que sólo se mueve por estímulos egoístas. En el Libro V (cap.1) de la obra, encontramos un comentario que refleja el ciclo del negocio mercantil y el disgusto no contenido que provoca en el autor: «Con frecuencia un hombre de gran fortuna, o incluso de recursos modestos, se halla dispuesto a comprar una acción de mil libras en la Compañía de las Indias por la mera influencia que le proporciona el voto en la junta general de accionistas. Este le permite, si no saquear, sí nombrar a los saqueadores de la India... Siempre que disfrute de esta influencia durante algunos años, aprovechándola en beneficio de sus amigos, se preocupa poco por el dividendo o el valor del capital en que se apoya su voto. Apenas se preocupa de la prosperidad de ese gran imperio en cuyo gobierno participa. Jamás ha habido soberanos, ni por la naturaleza de las cosas puede haberlos, tan indiferentes a la felicidad o miseria de sus súbditos, al desarrollo o la ruina de sus dominios, a la gloria o la desgracia de su administración, como los accionistas de una compañía mercantil, y ello por circunstancias morales insuperables»¹⁶.

francesas (1781, 1790, 1802), alemán (1776-78), italiano (1780), español (1794) y ruso (1802-06).

¹⁶ Resulta curioso que, a diferencia de A. Smith y de muchos defensores del libre mercado de la misma época, contrarios a las sociedades anónimas, fuera Marx, el principal crítico del capitalismo, uno de los primeros en entender su importancia en su desarrollo al permitir movilizar las grandes sumas de capital necesarias para la industria pesada y la industria química, que entonces despuntaban, porque reducían el riesgo para cada inversor. Obviamente, los motivos de Marx en la defensa de este nuevo capitalismo eran otros que los de sus adversarios

Smith identificaba el crecimiento de los mercados y la división del trabajo con el progreso material de la sociedad, pero no con el progreso moral. En realidad es un profesor de Filosofía Moral que en 1759 publicó su libro *Teoría de los sentimientos morales* (en el que expone su teoría ética basada en la *simpatía*, la capacidad de identificarse con los sentimientos ajenos) y posteriormente, en 1776, el libro considerado fundacional de la economía moderna *La riqueza de las naciones*. La aparente o real contradicción entre un modelo de *hombre económico* en *La Riqueza de las naciones* y un modelo de *hombre social y moral* en la *Teoría de los sentimientos morales* daría lugar al denominado *problema de Smith*. En el origen de la controversia se encuentra la creencia de que *La riqueza de las naciones* ofrece una visión incompleta, en la que el ser humano parece guiarse exclusivamente por el interés propio, mientras que en la *Teoría de los sentimientos morales* hay una visión más completa de la estructura motivacional del comportamiento humano¹⁷.

Con ocasión del bicentenario de la *Riqueza de las naciones* se abrió un amplio debate sobre sus aportaciones al pensamiento económico. A pesar de la división de opiniones, para J. Conill quedó claro que la nueva economía de Smith también fue una *Economía Política* anclada y entrelazada con una ética de carácter moderno. Y añade: «Tal vez el hecho de que la investigación económica surgiera en el seno de la filosofía moral hizo posible que Smith se percatara desde un

del libre mercado. Marx vio la sociedad anónima como una *fase de transición* al socialismo en la medida que separaba la propiedad de la gestión y, al hacerlo, posibilitaba la eliminación de los capitalistas (que no gestionan la empresa) sin poner en peligro el progreso material alcanzado por el capitalismo. Aunque esa transición no se haya dado, Marx demostró una gran clarividencia al predecir que la generalización de esas sociedades acelerarían la acumulación de capital y la innovación tecnológica, esto es, elevarían a un nuevo plano las fuerzas productivas del capitalismo.

¹⁷ Esta contradicción no fue objeto de debate en vida de Smith, sino que salió a la luz un siglo más tarde. La primera alusión histórica al «problema» surgió entre pensadores alemanes de orientación socialista, críticos del librecambismo dominante que afirmaban que en la obra de Smith existía una interpretación de la naturaleza humana doble y contradictoria. Esta explicación persistió hasta bien entrado el siglo XX.

comienzo de que un sistema de organización económica no es nunca una actividad abstracta, separada de la sociedad, sino que la actividad económica es parte de la sociedad y no se entiende si no es desde una teoría de la sociedad. De modo que la actividad económica está entremezclada con una serie de elementos morales de la sociedad»; y, de hecho, Smith escribió sobre las «dos vertientes del sistema de la actividad económica: la organizativa (técnica) y la moral»¹⁸.

Amartya Sen, el economista indio premio Nobel en 1998, en una reinterpretación ética del fundador de la economía moderna, es tal vez en la actualidad quien más ha reivindicado al Smith más filosófico y moral, el que se mueve por «interés en el otro». A. Sen parte de la evidencia y reconoce que Smith fundamenta la racionalidad egoísta como propia de *una parte* de la actividad económica: «Smith tenía razón en señalar que la *motivación* para realizar intercambios mutuamente beneficiosos no necesita, desde luego, nada más que lo que Smith llama *egoísmo* y es importante señalarlo, ya que los intercambios son fundamentales en el análisis económico»¹⁹.

Sin embargo, «otras partes de los escritos de Smith sobre la economía y la sociedad que tratan de las situaciones de miseria, la necesidad de comprensión y el papel de las consideraciones éticas en el comportamiento humano, especialmente la utilización de normas de comportamiento, se han pasado de moda en economía (...) De hecho, en la economía moderna, es precisamente la reducción de la amplia visión smithiana de los seres humanos lo que puede considerarse como una de las mayores deficiencias de la teoría económica contemporánea»²⁰. En la interpretación de Sen hay una resistencia a admitir la trascendencia que tuvo el pensamiento de

¹⁸ Jesús Conill, *Horizontes de economía ética*, p.95, Tecnos, Madrid, 2004. El autor reflexiona en este ensayo sobre la matriz ética de la que surge la economía, tanto en sus orígenes antiguos (Aristóteles) como modernos (Adam Smith), hasta llegar a la situación actual postética o postmoral (no ética o amoral) de la economía, para tratar de dilucidar si hay indicios de un cambio significativo en favor de un nuevo horizonte ético de la economía en el contexto contemporáneo como propone Amartya Sen.

¹⁹ A. Sen, *Desarrollo y libertad*, p. 325, Planeta, Barcelona, 2000.

²⁰ A. Sen, *Sobre ética y economía*, pp. 39 y 40, Alianza, Madrid, 1989.

Smith sobre la mano invisible en la moralidad y en la idea del mercado autorregulador. Trascendencia no solo económica sino también moral. Esta resistencia parece, sobre todo, motivada por sus disputas con los liberales que se apoyan en Smith para justificar un desentendimiento total de la desigualdad y la pobreza, temas a los que Sen presta especial atención. Visto desde este ángulo sí estaría justificado argumentar que Smith no era insensible a estos problemas; ahora bien, ir más allá como lo hace Sen resulta discutible.

En opinión de Hirschman, en la primera obra, en la *Teoría de los sentimientos morales*, «parece que Smith aborda un amplio espectro de sentimientos y pasiones humanos, pero también se persuade de que, en lo que atañe a «el gran número de la humanidad», los principales afanes humanos concluyen en la motivación del hombre para mejorar su bienestar material. Y, lógicamente, emprendió en *La riqueza de las naciones* el examen pormenorizado de las condiciones bajo las cuales puede alcanzarse este objetivo en que la actividad humana tiende a convergir (...) Smith pudo concentrarse en el comportamiento económico de una manera perfectamente coherente con su interés previo en otras dimensiones importantes de la personalidad humana»²¹. Como dice Hirschman, en la *Teoría de los sentimientos morales* Smith considera un abanico más amplio de pasiones o sentimientos en el ser humano, pero, más allá de ello, entiende que lo que le guía primordialmente es perseguir su bienestar material, sobre todo, habría que añadir, cuando se mueve en la esfera de la economía. En *La riqueza de las naciones*, Smith deja bastante de lado los comportamientos humanos y las consideraciones morales en la actividad económica. Parece que la «simpatía» tiene poco que hacer en este terreno cuando en realidad la persecución del interés personal contribuye mejor que nada al bien colectivo. Hay un intento de dejar en suspenso la moralidad cuando se actúa en el mercado. Algo bastante compatible con la idea de moralidad de los teóricos liberales y afines que consideran que la moralidad es cosa a tener en

²¹ Albert O. Hirschman, *op. cit.*, p.129, Península, Barcelona, 1999.

cuenta en otros ámbitos: familiares, lazos de amistad, ayuda a los muy necesitados, etc., pero que es cosa perjudicial cuando se entremezcla con la actividad económica.

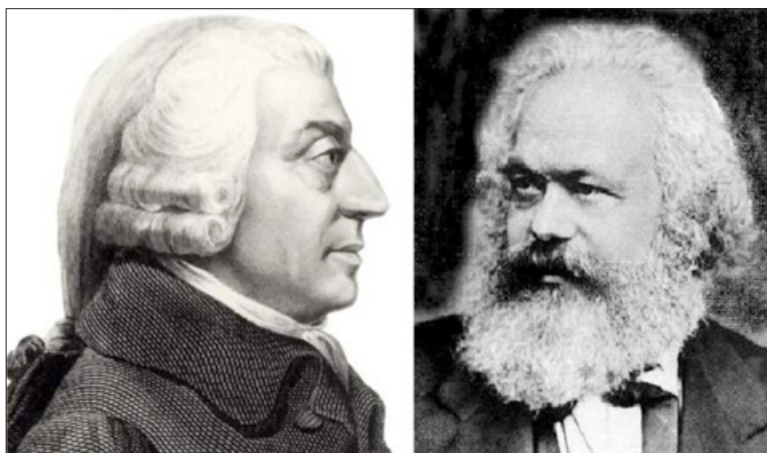
4.- El liberalismo económico

La Revolución Industrial, que tuvo lugar en Inglaterra y en el sur de Escocia durante el último tercio del siglo XVIII, desplazó a los artesanos y a las masas campesinas hacia las fábricas y las ciudades industriales. La figura dominante de esta gran transformación económica ya no fue el mercader, cuya vocación era la compra y venta de mercancías, sino el industrial, orientado hacia su producción. Es en este contexto en el que surgirán los dos pensadores más célebres de la historia de la Economía Política, en palabras de Galbraith, Adam Smith y, tres cuartos de siglo más tarde, Karl Marx. El primero, dice, fue el profeta de sus realizaciones y el autor de sus reglas orientadoras; el segundo fue el crítico del poder que ese proceso otorgó a los dueños de lo que habría de denominarse *medios de producción* y, al mismo tiempo, el crítico de la pobreza y la opresión que el proceso conllevó a los trabajadores²². Por otra parte, para el recientemente fallecido historiador Eric Hobsbawm, fue en Gran Bretaña más que en ningún otro país donde «el liberalismo económico (fue) aceptado con tan pocos reparos», después de la revolución industrial, para enseguida convertirse en «el emporio del mundo», monopolizador virtual de la industria, de la exportación de productos manufacturados y de la explotación colonial²³.

Aunque si bien es verdad que Adam Smith fue un pensador más complejo que el que nos ha presentado la ideología capitalista, no por ello es menos cierto que desarrolló un planteamiento filosófico-moral con el cual sentó las bases para la

²² John Kenneth Galbraith, *Historia de la economía*, p.78, Ariel, Madrid, 2012.

²³ Eric Hobsbawm, *En torno de la revolución industrial*, p.93, Siglo XXI, 1974.



Adam Smith (1723-1790) y Karl Marx (1818-1883)

difusión de un modelo de pensamiento político-económico, el liberalismo económico, y un sistema social que años más tarde se llegaría a conocer en todo el mundo como el capitalismo. *La riqueza de las naciones* se convertirá, haciendo un paralelismo con su mayor crítico, en el Manifiesto del Capitalismo. Y como le sucedería al autor de *El Capital* y del *Manifiesto Comunista* con sus epígonos, Adam Smith sufrirá una simplificación y vulgarización por parte de los suyos. Como dice Hobsbawm: «El A. Smith de hoy en día no es el A. Smith de 1776, salvo para un puñado de estudiosos especializados. Lo mismo ocurre inevitablemente con Marx»²⁴.

A. Smith proporcionará no sólo la doctrina legitimadora del nuevo poder que se desarrollaba en Inglaterra y se expandiría con los éxitos de la revolución industrial y los mercados, sino abundante munición a los fundamentalistas del mercado que sostienen la creencia de que los automatismos del mercado conducen a un equilibrio con pleno empleo, a la utilización más eficiente de los factores de producción abriendo así el paso a otro postulado: al de que cualquier intervención exterior en él es nociva. Sin embargo, todos sabemos, incluidos los seguidores de esta doctrina, que los postulados descritos

²⁴ Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, p. 351, Crítica, Barcelona, 2011.

no se aplican ni tan siquiera por los partidos favorables al liberalismo económico cuando ocupan el poder, tampoco por las organizaciones económicas. Basta recordar cómo al calor de esta crisis el mundo empresarial y financiero ha reclamado la intervención, el rescate y la ayuda del Gobierno hasta el punto de realizar nacionalizaciones de la banca. Muchas veces en la historia ha habido rescates financieros, pero nunca tan amplios como el que se produjo en el 2008 en Estados Unidos y se está produciendo ahora en Europa²⁵. Los banqueros habían hecho unas apuestas que, sin ayuda de los Gobiernos, los habrían arruinado a ellos y a la economía en su conjunto. Esta vez los mayores críticos de la intervención del Gobierno en la economía no han abierto la boca. Esta contradicción entre lo que se piensa y se dice y lo que se hace en determinados momentos ya lo puso en evidencia Karl Polanyi en *La gran transformación* (1944) cuando afirmaba que el liberalismo económico no se podía confundir con el *laissez-faire*²⁶, sino que podía ser intervencionista cuando las circunstancias lo demandasen: «Los representantes de la economía liberal pueden, pues, sin incoherencia por su parte, pedir al Estado que utilice la fuerza de la ley e incluso reclamar el uso de la

²⁵ Según la Dirección General de la Competencia de la Comisión Europea, organismo encargado de autorizar las ayudas de Estado a los bancos: desde octubre de 2008, cuando comienza la Gran Recesión tras la quiebra de Lehman Brothers, hasta finales del año 2011, el total de ayudas autorizadas a la banca asciende a más del 12% del PIB europeo, dividido en dos grandes partidas: recapitalizaciones y compra de activos tóxicos (320.000 millones de euros y 1,1 billones respectivamente), aproximadamente un 3% del PIB europeo; y garantías, avales y liquidez por valor del 9% restante. Además, hasta hace poco los bancos también podían depositar el dinero prestado por el BCE en el propio BCE y recibir intereses por esos depósitos, lo que significa otra transferencia (semiculta) de los contribuyentes a los bancos. Si el crédito continúa escaso es sencillamente porque los bancos tenían otras inversiones (como comprar deuda pública) mucho más rentables que la de ofrecer crédito a familias y empresas.

²⁶ La frase «laissez faire, laissez passer» es una expresión francesa que significa «dejad hacer, dejar pasar» refiriéndose a una completa libertad en la economía: libre mercado, libre manufactura, bajos o nulos impuestos, libre mercado laboral y mínima intervención de los Gobiernos. Fue usada por primera vez por Jean-Claude Marie Vicent de Gournay, fisiócrata del siglo XVIII, contra el intervencionismo del Gobierno.

violencia, de la guerra civil, para instaurar las condiciones previas a un mercado autorregulador»²⁷.

El liberalismo económico como teoría es falsa, pero como ideología política funciona. Nunca ha habido un mercado puramente *smithiano*. Ni un Estado absolutamente liberal. La razón de que la mano invisible del mercado parezca muchas veces invisible es que no existe. La teoría económica moderna más solvente ha explicado por qué esta tradición adscrita a Adam Smith está equivocada. Sus partidarios acentúan la eficacia de la coordinación e integración descentralizadas del mercado en los sistemas económicos capitalistas y sostienen la idea de que el mercado competitivo genera una integración eficiente y, en última instancia, armoniosa de los sectores especializados de la economía. Identifican el capitalismo con el «libre» mercado, cuando el mercado libre no existe y sólo es una parte de un sistema económico más amplio, el cual contiene otros elementos extraeconómicos que acaban integrándose en un todo con él y sin los cuales no podría existir.

Todos los mercados tienen reglas y límites que acotan la libertad de elección. Los grandes mercados típicos del capitalismo son instituciones sociales que requieren procedimientos complejos y reglas sustantivas. Incluso en el período

²⁷ Karl Polanyi, *La gran transformación*, p. 217, La Piqueta, Madrid, 1989. Es una de las críticas más importantes al liberalismo económico hecha hace más de medio siglo, antes de que los economistas modernos explicaran las limitaciones de los mercados autorregulados. Polanyi no es contrario al mercado, en general, sino a un tipo de mercado dominador de la vida social, que excluye la intervención de los principios de redistribución y de reciprocidad. Son los años del keynesianismo. El liberalismo económico y la «mentalidad de mercado» vivían entonces sus horas bajas. En 1944, además de *La gran transformación*, aparecen otras dos obras de sendos autores de pensamiento liberal radical: *El camino de servidumbre* de Hayek y *Omnipotencia gubernamental* de Mises, en defensa de la economía liberal de mercado. Sus autores las publican conscientes de escribir en un contexto ideológico, político y científico adverso, de retroceso de las ideas liberales, del individualismo, del *laissez-faire*, de la propiedad privada y auge de las ideas socialistas, en favor de la propiedad colectiva, el proteccionismo comercial y la intervención del Estado. Tendrán que esperar a los años setenta y ochenta para ver florecer sus doctrinas. Pero tras la caída del comunismo, la liberalización económica y sobre todo la crisis del 2007, la crítica de Polanyi de la autorregulación del mercado volvió a suscitar interés, reeditándose su obra central, la última en castellano en 2011 de FCE, con prólogo de Stiglitz.

precapitalista, los mercados tenían reglas y convenciones que regían los intercambios económicos. Esas regulaciones eran impuestas por la autoridad privada de los gremios y asociaciones de comerciantes. Los mercados autorregulados eran pequeños y estaban limitados por los márgenes de sus economías precapitalistas. El economista Ha-Joon Chang cuenta cómo de niño le fascinaban los maestros del kung-fu que desafiaban las leyes de la gravedad en las películas de Hong Kong y cómo sufrió una amarga decepción al enterarse de que en realidad estaban colgados de cuerdas de piano. Con el mercado libre —dice— pasa lo mismo, nuestra aceptación de algunas reglas es tan absoluta que no las vemos. Un examen más atento revela que los mercados se sustentan en reglas, muchas reglas²⁸. Hoy en día, por ejemplo, ni el más ardiente defensor del libre mercado defendería el trabajo infantil dentro del paquete de liberalización del mercado, pero hasta finales del siglo XIX muchas personas respetables veían su regularización impulsada por los reformadores sociales como algo contrario a los principios del libre mercado.

Viniendo a la actualidad, cuando hace décadas se implantaron las primeras legislaciones ambientales, sobre las emisiones de los coches y las fábricas, por ejemplo, hubo fuerte oposición porque vulneraban nuestra libertad de elección. El libre comercio de esclavos fue uno de los factores principales que llevó a los norteamericanos a una guerra civil. El Gobierno británico emprendió la guerra del opio contra China para obtener su libre comercio.

Los mercados están condicionados por las leyes, las reglamentaciones y las instituciones. Estas regulaciones y leyes son motivo de pugna y enfrentamientos ideológicos. La reglamentación sobre el empleo en las economías desarrolladas determina quién puede trabajar, el salario mínimo, el máximo de horas de trabajo, las condiciones de trabajo, las condiciones en las que el empresario puede despedir a un trabajador, la libertad de formar sindicatos para la defensa de sus intereses

²⁸ Ha-Joon Chang, *23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo*, pp.27-28, Debate, Barcelona, 2012.

y la negociación de las reglas de los convenios colectivos sobre salarios y beneficios. Para los liberales del «libre» mercado estas reglamentaciones son una interferencia negativa que perjudica la productividad. Uno puede estar dispuesto a trabajar más horas de lo acordado en dichas regulaciones por debajo del salario mínimo, en condiciones inseguras, y a permitir al empleador que le despidiera cuando quiera, ¿por qué tendría el Estado que interferir y evitar que acepte esas condiciones? Si la gente, argumentan, no puede hacer lo que le resulta más rentable porque interviene el Gobierno, pierde alicientes para invertir e innovar. El mercado se regula solo, dicen, y para su funcionamiento sobran las normas. Hay que tener «libertad de elegir», como tituló Milton Friedman, el gurú del libre mercado, su famoso libro. Siguiendo esta filosofía el capitalismo no hubiera durado mucho, basta con pensar adónde nos hubieran llevado los mercados desregulados como el financiero de no interferir los Gobiernos en esta crisis. Prescindir del mito de que los mercados son libres, que se bastan por sí solos y que son generalmente eficientes, es el primer paso para la comprensión del capitalismo.

Los mercados son el *locus* del conflicto y la lucha entre grupos económicos e intereses desiguales. Aquí, los precios no expresan simplemente un equilibrio eficiente entre la oferta y la demanda determinado espontáneamente por miríadas de individuos no relacionados que buscan maximizar su utilidad. Por el contrario, los precios representan el resultado de una lucha por el poder económico entre distintos intereses de grupos definidos por su posición en el sistema capitalista. Además, las grandes concentraciones de poder económico limitan de forma significativa la competencia, aunque no la eliminan del todo. Los mercados competitivos producen, por su propia naturaleza, ganadores y perdedores, y los primeros logran monopolizar progresivamente su posición ventajosa y manipular el mercado. El dominio de los sectores productivo y financiero por parte de poderosos monopolios y oligopolios hace que se requiera de forma permanente la intervención del Estado para mantener un nivel aceptable de competencia. La

búsqueda del interés propio mediante la competencia entre los agentes económicos produce una amplia serie de consecuencias negativas no intencionadas. A los Estados se les requiere que intervengan para regular y controlar los efectos autodestructivos de los mercados, atendiendo a las necesidades del bienestar, diseñando planes para evitar el agotamiento y la degradación del medio ambiente y, lo que es más importante aún, para que rescaten el sistema financiero cuando los impagos y las quiebras bancarias amenazan con el colapso²⁹.

Los mercados no se crean solos, no se regulan solos, no se estabilizan solos, ni se legitiman solos. Por lo general, los mercados no son eficientes y no solo no se autorregulan, sino que en realidad acumulan distorsiones autodestructivas y tienden a acumular la riqueza en manos de unos pocos más que a promover la competencia. Esta idea tan sencilla, pese a su importancia, no ha sido tomada verdaderamente en serio por quienes creen que los mercados son siempre eficientes y justos. Además de otra consideración que a estas alturas debería resultar obvia: los mercados requieren necesariamente instituciones ajenas para poder funcionar. Necesitan reglas que determinen la propiedad, tribunales que hagan cumplir los contratos, regulaciones comerciales para proteger a los compradores y a los vendedores, policía que actúe en caso de engaño e incumplimiento de las leyes, redes de comunicación y transportes, reglas de salud, seguridad, trabajo y medio ambiente que garanticen el cumplimiento de las normas públicas, protección social ante los riesgos del mercado, un sistema monetario, un prestamista de última instancia, una autoridad o Estado que garantice el orden y la propiedad e impuestos para financiar todas estas funciones.

El mercado sin ley, sin Estado, no es mercado, sino zoco. El Estado no se hace a un lado y deja que los mercados actúen y se regulen por su cuenta. El sistema de mercado de nuestros días no es el *laissez-faire*, ni tampoco un sistema de mercado ligado a un Estado mínimo. La acción del Estado interfiere en los mecanismos del mercado no solo fijando las reglas de

²⁹ Geoffrey Ingham, *Capitalismo*, pp. 115 y 142, Alianza Editorial, Madrid, 2010.

juego, sino mediante el gasto y los ingresos. Hoy, como dice Charles Lindblom, el sistema de mercado es un sistema dirigido, fuertemente cargado con lo que los partidarios del libre mercado de la vieja escuela describen despectivamente como «interferencias». El Estado es el comprador más importante. De todos los agentes es el que tiene la lista de la compra más larga, incluyendo en ella al Ejército, las obras públicas y los servicios de policía y de los funcionarios. También es un oferente a gran escala aunque muchos servicios no los venda [educación, sanidad] sino que los «proporciona», de modo que en vez de dejar que las fuerzas de la oferta y la demanda fijen los precios, a menudo lo hace él mismo, manteniendo por ejemplo los precios de los productos agrarios altos para ayudar a los campesinos o, por el contrario, bajando esos mismos precios para combatir el malestar social entre los pobres de las ciudades. De una forma u otra, el Estado subvenciona la mayoría de las industrias. Recoge ingentes fondos para repartirlos a través de los programas de bienestar social. Y, finalmente, es un poderoso y activo agente en la oferta de dinero y crédito a través del control que ejerce sobre el sistema bancario y su propia política fiscal. Algunas de estas actividades estatales son necesarias para que un sistema de mercado florezca, otras son menos valiosas, y las hay que son un entero derroche. Hay algunas que no son otra cosa que rapiñas de los caudales públicos³⁰. De ahí que ante la pregunta ¿más o menos Estado?, la respuesta no puede ser otra que más para unas cosas y menos para otras.

El Estado siempre actúa. El alcance de su intervención en la economía es objeto de controversia desde A. Smith y el que sea mayor o menor caracteriza las opciones políticas y las distintas variedades de capitalismo. La pregunta relevante no es si actúa o no, sino cómo actúa y en qué sentido orienta sus actuaciones. Si lo hace en la búsqueda del interés general o para satisfacer las demandas de un sector minoritario de la población que persigue en exclusiva el beneficio propio. De

³⁰ Charles E. Lindblom, *El sistema de mercado*, pp. 20-21, Alianza, Madrid, 2002.

hecho, cada vez está más claro que hoy en día la amenaza que pesa sobre el capitalismo no emana de la presencia del Estado, sino de su ausencia o de su mal funcionamiento. Por otro lado, en un mundo cada vez más globalizado la capacidad de los Estados para actuar sobre los mercados no es la misma. Como lo estamos viendo hoy en día, Grecia, Portugal o España no tienen la misma capacidad de actuación que Alemania, ni Alemania la misma que China o Estado Unidos.

Muchas perspectivas académicas e ideológicas diferentes coinciden en que una dominación fuerte de los mercados o del Estado perjudica el funcionamiento de la economía y, finalmente, puede obstaculizar su dinamismo. La realidad contrastada hasta el presente, que en los próximos capítulos desarrollaré, nos dice que la libre iniciativa o autonomía del dinamismo económico espontáneo, en el que juega un papel importante la voluntad de mejorar la propia posición de la que hablaba Smith, es un componente esencial de toda economía fructífera y resulta beneficiosa en la medida que guarde un cierto equilibrio con otro componente como es la intervención reguladora, redistribuidora, controladora de las relaciones laborales, garante de seguridad, ejercida por los poderes públicos o el Estado. Si el primer componente se ve asfixiado por el segundo, se resentirá el bienestar. Si el segundo adelgaza demasiado, aumentarán las desigualdades y las injusticias, el desorden y la inseguridad, y sufrirá la cohesión social. Encontrar el equilibrio entre estos dos componentes no siempre es fácil. Una de las razones del éxito de los países escandinavos es que no se han visto frenados por prejuicios ideológicos, como el que pretende que los mercados siempre son eficientes o los Gobiernos siempre ineficientes. Suecia, por ejemplo, tiene una de las rentas per cápita más altas del mundo, y en los indicadores más globales del bienestar —que además de la renta per cápita, incluyen educación y salud— supera en mucho a Estados Unidos. Y esto no ha sido el resultado de unos procesos naturales orientados por el mercado sino debido al impulso decidido del Gobierno.

De todas formas, la complejidad de este equilibrio entre mercados y Estado a nivel nacional se aprecia con más claridad si lo contemplamos a nivel global, en donde se ha producido un desequilibrio fundamental entre el alcance nacional de las reglas y las regulaciones de los Estados y la naturaleza global de los mercados, de las transacciones económicas y financieras, lo que convierte a los Estados nacionales en incompetentes ante la gestión de las crisis globales. Esto ha planteado problemas a la democracia, cuyas deficiencias se acrecientan al traspasar las fronteras nacionales. Sobre esto volveré en el último capítulo.

5.- El paradigma keynesiano y el Estado de bienestar

La sociedad moderna nació con la liberalización de las fuerzas del mercado y con el desarrollo acelerado de la industria fabril. Frente a la teoría económica liberal clásica, defendida por Turgot y Say, A. Smith y Ricardo, que atribuía al libre juego del mercado –de la oferta y la demanda– la capacidad de fundar un poderosos equilibrio, se levantaría la teoría socialista o comunista, igualitaria y cooperativa. Los textos de Babeuf (1760-1797), Saint-Simon (1760-1825), Owen (1771-1858), Fourier (1772-1837), Considerant (1808-1893), Cabet (1788-1856), Louis Blanc (1811-1882), Pierre Proudhon (1809-1865), Ferdinand Lasalle (1825-1864), Weitling (1808-1871), Bakunin (1814-1876) y otros muchos, contendrán la primera crítica radical al capitalismo ascendente, siendo la enmienda a la totalidad del sistema capitalista de Karl Marx (1818-1883) la crítica mas consistente de todas ellas y la que mayor influencia intelectual y política alcanzó, conquistando la hegemonía en la izquierda no solo occidental sino mundial, hasta mediados del siglo XX en que empezó a declinar.

La desigual distribución de la renta y del poder, y la incapacidad de la teoría clásica de asimilar las crisis económicas eran los defectos más significativos que llevaron a propiciar los dos ataques más importantes que sufriría el sistema liberal clásico. Uno proveniente de fuera del sistema, del socialismo, el anarquismo y el comunismo, con figuras relevantes como las citadas anteriormente, pero, en particular, de Karl Marx, y, el otro, desde el interior del sistema, por John Maynard

Keynes (1883-1946). Pero dejemos a un lado a Marx, la corriente socialista y comunista, de la que me ocupé en un anterior trabajo³¹, y centrémonos en la liberal económica, objeto de nuestro análisis.

El paradigma fundamentalista del mercado ejerció una notable influencia en las políticas económicas hasta la Gran Crisis del año 1929, donde sufrirá una quiebra, haciendo posible durante algún tiempo que los sistemas económicos comunistas parecieran una alternativa viable. Iniciada en Estados Unidos, la crisis se expandió por todo el mundo capitalista principalmente, como dice J. Álvarez Dorronsoro, por sus efectos económicos. La contracción del mercado estadounidense puso freno a las exportaciones de las grandes potencias europeas y la deflación que siguió a la crisis en EE UU irradió a otros países que a duras penas trataban de mantener la competitividad de su producción. No hay que olvidar que las alteraciones de la producción industrial de EE UU tenían entonces una singular trascendencia al suponer el 45% de la producción industrial mundial, mientras que hoy el PIB estadounidense alcanza apenas el 20% del PIB mundial. Por otra parte, las instituciones financieras también desempeñaron su papel: repatriaron las inversiones que habían realizado en Europa para compensar la escasez de dinero³².

La Gran Depresión fue, sin duda, la más dura crisis a la que se enfrentó el capitalismo desde sus inicios en el siglo XVIII. Sin embargo, y a pesar de las predicciones de Marx, los países capitalistas no se vieron envueltos en grandes revoluciones. La confrontación social entre los trabajadores y el capital fue menos aguda de lo que había previsto Marx. El papel jugado por los socialdemócratas, los sindicatos —que moderaron sus impulsos revolucionarios iniciales— y la acción de los Estados de bienestar, que empezaron a intervenir en sus economías, mitigaron las aristas y las injusticias que crea el

³¹ Kepa Bilbao, *La modernidad en la encrucijada. La crisis del pensamiento utópico en el siglo XX: el marxismo de Marx*, Gakoia-Tercera prensa, Donostia, 1997.

³² Javier Álvarez Dorronsoro, «Crisis económica. Fracasos y responsabilidades», *Página Abierta*, 202, mayo-junio 2009.

capitalismo. Marx pudo observar los signos de esta evolución en Inglaterra y fue clarividente situando en Alemania el punto de partida del socialismo. El comunismo solo se concebía en una sociedad de la abundancia, pero el curso de los acontecimientos quiso que los primeros países de experimentación socialista fuesen países pobres, de predominio campesino, bajo desarrollo industrial, escaso proletariado e índices altos de analfabetismo. Al superar el desafío que representó esta crisis, el sistema capitalista mostró una enorme capacidad de adaptación y de supervivencia. El Estado de bienestar surgió y se presentó como la alternativa al capitalismo liberal del siglo XIX y al comunismo soviético.

Por aquel entonces reinaban en el mundo económico académico las teorías de los denominados clásicos, expresión que Karl Marx usó para referirse a las ideas de economistas como Adam Smith y David Ricardo; a los que Keynes sumará los nombres de los conocidos como neoclásicos: John S. Mill, Francis Edgeworth, Alfred Marshall y Arthur Pigou. Ante la abrumadora realidad de la crisis de 1929 dichas teorías caerán en descrédito.

Una de las características más significativas del sistema neoclásico es la ausencia de una teoría sobre la crisis y el desempleo, y no puede haber remedio a estos problemas si están excluidos de la teoría. Marx fue uno de los primeros en ob-



Crisis de 1929

servar que la tendencia hacia crisis cíclicas es una ley inherente al capitalismo. Posteriormente Keynes se percataría de esta insuficiencia

de la tradición clásica, considerándola, al igual que Marx, como parte constitutiva del sistema. El hundimiento de la economía fue la prueba irrefutable de que las recetas basadas en la concepción neoclásica del mercado eran inservibles. La creencia económica ortodoxa de que el mecanismo de autorregulación del mercado finalmente lograría el pleno empleo estaba firmemente arraigada en el Tesoro Británico y en el Banco de Inglaterra. Otro tanto ocurría en Estados Unidos y en el resto de los países capitalistas desarrollados. John Maynard Keynes se propuso la tarea intelectual de desmontar de manera fundamentada esta creencia económica y proponer remedios que fueran coherentes con el liberalismo económico y político. Así nació un paradigma diferente que dominó la escena político-económica desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta principios de los 70, período que algunos llaman «la edad de oro del capitalismo», pues la economía global experimentó un crecimiento sin precedentes en la historia.

Antes de la Primera Guerra Mundial Keynes era un joven catedrático de Cambridge estrechamente relacionado con el Grupo del barrio Bloomsbury de Londres. El grupo carecía de normas y no estaba unificado por ninguna ideología social, rechazando de plano muchos de los aspectos de la era victoriana que les tocó vivir desde posturas liberales y humanistas en los terrenos de la religión, el pensamiento, la economía, el feminismo o la sexualidad. Entre sus integrantes, además de Keynes, estaban la escritora Virginia Woolf y su marido Leonard Sidney Woolf; los pintores Duncan Grant, Dora Carrington y Vanessa Bell; los filósofos Bertrand Russell, Ludwig Wittgenstein y George Edward Moore (las ideas de este último tuvieron una gran influencia en Keynes).

Como Adam Smith, como John Stuart Mill, como Marx, Keynes era ante todo un filósofo que había acabado interesándose por la economía. Como economista, Keynes siempre se consideró a sí mismo un seguidor de la tradición decimonónica del razonamiento económico. En 1924, Keynes, liberal igual que su padre, sus maestros y miembro del partido

liberal, rompe lanzas en contra del liberalismo decimonónico en un artículo periodístico: «Creo en el Estado; abandono el *laissez-faire*, no con entusiasmo, no porque desprecie esa vieja doctrina, sino porque, queramos o no, las condiciones para que tenga éxito han desaparecido»³³. «Lo que Keynes quería hacer –dice Tony Judt– era salvar a la Inglaterra liberal de las consecuencias de su propia ideología económica»³⁴. Aunque en realidad Keynes había dado a conocer su diagnóstico y sus soluciones bastante antes de la aparición de su obra magna, la *Teoría general de la ocupación, el dinero y el interés*, publicada en 1936 –acontecimiento en la historia de la economía política comparable en importancia con la aparición de *La riqueza de las naciones* en 1776 y con la primera edición de *El Capital* en 1867–, vendría a ser como fue la *La riqueza* de Smith, la Biblia que iluminaría una «nueva economía» y sentaría las bases de la política económica de los principales países capitalistas. En la *Teoría general* critica la teoría clásica, la que va desde Adam Smith hasta sus contemporáneos, la misma que él defendió «durante muchos años con convicción». En el primer capítulo del libro I parte de que los supuestos de la teoría clásica «no son los de la sociedad económica en que hoy vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales»³⁵. En el último capítulo, recalca la idea de «los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos»³⁶. Es evidente que Keynes estuvo preocupado por estos problemas en la medida que representaban en su momento la expresión de un sistema económico incapaz de salir de la depresión y de un conjunto de ideas teóricas que no contribuían al mejoramiento sino, al contrario, profundizaban la crisis. A diferencia de los economistas clásicos y sus

³³ R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 401, FCE, México, 1958.

³⁴ Tony Judt, *Pensar el siglo XX*, p. 330, Taurus, Madrid, 2012. Ver también pp. 321-330.

³⁵ John Maynard Keynes, *op. cit.*, p. 15, FCE, México, 1976.

³⁶ J. M. Keynes, *ibidem*, p. 328.



herederos neoclásicos, estaba convencido de que las condiciones de inestabilidad, incertidumbre, y la consiguiente inseguridad social y política, eran la norma en lugar de la excepción en las economías capitalistas. La intervención, de una forma u otra, era la condición necesaria para el bienestar económico y, en ocasiones, para la propia supervivencia de los mercados.

Keynes se interesó por el consumo; para que la economía no se estancase defendió que había que operar sobre la demanda. Se situó en las antípodas de uno de los pilares del pensamiento clásico, la *ley de Say* de 1803, que sostenía que la oferta crea la demanda³⁷. Postuló una acción gubernamental encaminada a regular el mercado y al logro del pleno empleo, lo que llevaba a abordar las situaciones críticas con grandes inversiones estatales capaces de reactivar la economía, con la esperanza de poder amortizar la deuda en el subsiguiente período expansivo.

La originalidad de Keynes, su aportación teórica frente a los economistas clásicos que creían que la economía tendía, naturalmente, por el libre juego de las leyes del mercado, a un equilibrio óptimo, era la afirmación de «que la difícil búsqueda de ese equilibrio ha de ser tarea de los poderes públicos, que tienen la obligación de intervenir. De esta forma,

³⁷ Jean-Baptiste Say (1767-1832) fue quien introdujo las ideas de Adam Smith en Francia. «Creo no exagerar –dice Galbraith– si digo que hasta mediados de los años treinta había que creer en la ley de los mercados [se refiere a la ley de Say] para obtener el doctorado en Economía en Harvard. Después de esa fecha, eso era suficiente para suspender (...) Pues fue precisamente la ley de Say lo que Keynes demolió y con ella la ilusión de que pudiese existir un sistema económico capaz de autoenderezarse (...) Keynes aportó así a la teoría neoclásica del mercado su última alteración». (*Introducción a la economía*, Crítica, 2012, Barcelona, pp. 33-34).

Keynes fundamenta teóricamente la legitimación de la acción del Estado, que, lejos de perturbar las leyes naturales, las hace actuar mejor. Keynes renueva el liberalismo. El papel del Estado no consiste en apoderarse de la iniciativa económica, sino en proveer a la iniciativa privada de los medios para que pueda ejercerse con la mayor eficacia posible»³⁸. La visión de Keynes contribuyó a abrir una brecha en el panorama de la política económica: a un lado quedaba el capitalismo clásico, y, al otro, un capitalismo con una más acusada intervención estatal.

Tras vencer las resistencias conservadoras de la ortodoxia liberal, el paradigma keynesiano fue penetrando en el mundo académico y en las políticas económicas de los países, pero fue sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial (1939-45) cuando se extendió como una nueva ortodoxia, determinando las políticas económicas del mundo occidental durante más de tres décadas. Con Franklin D. Roosevelt se producirían importantes desviaciones de la ortodoxia clásica y se iniciaría la nueva etapa económica en Estados Unidos conocida como el *new deal*. Los partidos conservadores y liberales se sumaron a esta política capaz de servir de barrera a la agitación socialista



ta y de devolver la estabilidad al sistema capitalista después de los sobresaltos del periodo de entreguerras; e incluso los socialdemócratas la aceptaron con entusiasmo, en la medida en que justificaba un mayor gasto

³⁸ Delfaud, Gerard; Guillaume, Lessourd, *Nueva Historia económica Mundial. Siglos XIX y XX*, pp. 509-512, Vicens Vives, Barcelona, 1980.

social, esto es, la intervención del Estado en la economía y el crecimiento del sector público.

La socialdemocracia, dice Eugenio del Río: «Cuando asumió responsabilidades de Gobierno topó con dos dificultades de diferente naturaleza para poner en práctica una política económica socialista. La primera es que, con frecuencia, hubo de compartir esas responsabilidades con partidos no socialistas, lo que sin duda limitaba sus posibilidades (...) el otro escollo: no tenía claro en qué podía consistir una política económica alternativa»³⁹. Si nos trasladamos a la actualidad podemos comprobar que las dificultades señaladas por Eugenio del Río a las que tuvo que enfrentarse la izquierda en el período de consenso socialdemócrata en las sociedades europeas (1940-1970) no solo siguen presentes, sino que con el creciente predominio neoliberal, unido a la fragmentación social de las clases trabajadoras y la pérdida de peso de la clase obrera, a partir de la década de los 80 del siglo pasado, se han acrecentado, sumándose otras nuevas derivadas de su política de conciliación y acomodación con el neoliberalismo, hasta el punto de encontrarse en una posición crítica, a la defensiva, tratando de minimizar las pérdidas de muchos de los logros sociales alcanzados. Su utopía no mira al futuro, es una utopía negativa, es la reconquista de la situación pasada. «Venimos de dos décadas perdidas –dice Judt– entre el amoralismo egoísta de Thatcher y Reagan y la autosuficiencia atlántica de Clinton y Blair. Y nada garantiza que no sigamos así»⁴⁰.

³⁹ Eugenio del Río, *La izquierda. Trayectoria en Europa occidental*, pp. 159-160, Talasa, Madrid, 1999. Las ideas y el papel de la izquierda, socialdemócratas y comunistas, en los distintos Gobiernos de Europa occidental en el período de entreguerras y después de la Segunda Guerra Mundial (1945) hasta mediados los años 70 es analizada por Del Río (pp. 157-204). También A. Przeworski, *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza, Madrid, 1988.

⁴⁰ Tony Judt, considerado uno de los historiadores más lúcidos y que mejor ha contado la Europa de posguerra, en *Algo va mal* (Taurus, 2011), su obra póstuma, analiza la construcción histórica de los Estados de bienestar en su doble vertiente anglosajona (de herencia keynesiana y laborista) y europea continental (de herencia socialdemócrata) y, tras un interesante trabajo de síntesis de los malestares contemporáneos y sus raíces, formula su apuesta por la socialdemocracia: «La socialdemocracia no representa un futuro ideal; ni siquiera representa un pasado ideal. Pero es la mejor de las opciones que tenemos hoy» (p. 210).

Las relaciones entre el capitalismo de mercado y el Estado no han dejado de debatirse desde el momento en que el poder económico privado, alimentado y protegido por los Estados en desarrollo, se hizo lo suficientemente fuerte como para demandar más libertad para obtener beneficios. Aunque el mercado y el Estado son dos «lógicas del poder» y del espacio, cuya organización y funcionamiento son diferentes, lo que hace que muchas veces choquen, ello no impide que sean mutuamente dependientes. El tamaño y el alcance del papel del Estado en las economías capitalistas han variado a lo largo de estos tres últimos siglos en función de las circunstancias históricas, de su posición internacional y el equilibrio del poder económico y político de las distintas clases e intereses. Su papel de agente socioeconómico activo fue incrementándose en paralelo al desarrollo de la industrialización en el mundo. El Estado no se mantuvo pasivo tal como requerían la doctrina clásica y el *laissez faire*.

En Europa Occidental, a medida que las sociedades se democratizaban y los movimientos socialistas, incluidos los sindicales, se movilizaban contra los abusos del capitalismo, el Estado empezó a desempeñar un papel cada vez mayor para proporcionar ayuda al bienestar y la protección social. No olvidemos que tanto el sufragio universal como la ampliación de los derechos políticos y sociales a los trabajadores fueron resultado de la intensa actividad de los socialistas durante el siglo XIX. El antiestatismo primitivo de origen anarquista, la aspiración marxista a una transformación revolucionaria del poder político, así como la instauración de un semiestado hasta su total supresión, fue perdiendo fuerza en el movimiento obrero y en la izquierda. Por el contrario, el propósito de influir en el Estado y de servirse de él para defender los intereses de las clases trabajadoras fue ganando terreno. Al *Estado liberal y excluyente* de la primera etapa del desarrollo capitalista le sucedió en el siglo XX el *Estado incluyente y protector*, que atendió demandas importantes del movimiento obrero o de la izquierda social. Esto conllevó una mayor estabilidad de la economía capitalista y una mayor legitimidad

del Estado⁴¹. Si el gasto público en la renta nacional subió de una media inferior al 10% al final del siglo XIX, hasta más del 20% antes de la segunda Guerra Mundial, con la posterior construcción de los complejos Estados de bienestar social alcanzó una media de más del 40% de los ingresos nacionales. Este modelo que se ha llamado por algunos de «economía mixta» estableció un nuevo equilibrio entre Estados y mercados, dio lugar a un período sin precedentes de cohesión social, estabilidad y prosperidad en las economías avanzadas que duró hasta mediados de la década de 1970. A partir de entonces, se inicia un retroceso relativo del Estado de bienestar, situación que se prolonga hasta nuestros días.

La singularidad de los Estados de bienestar, más allá del keynesianismo, no era la necesidad de la intervención del Estado, sino que éste, en su intervención económica, debería combinar de forma explícita la eficiencia económica con la equidad social. La preocupación y el impulso en la práctica por combinar crecimiento y redistribución vino fundamentalmente de la mano de los Gobiernos socialistas o socialdemócratas. Introdujeron un firme compromiso igualitario en una «economía mixta» de sectores público y privado. El bienestar social se convirtió en cuestión de Estado, lo cual significó que algunos servicios fundamentales se retiraron del mercado para ofrecerlos en igualdad de condiciones a todos los ciudadanos. Los Gobiernos trataron de dirigir la economía incentivando la cooperación entre el Estado y las organizaciones sindicales y empresariales.

⁴¹ Un desarrollo de estos temas, tanto de la evolución de las ideas sobre el Estado en la izquierda occidental, como una reflexión crítica del papel ambivalente del Estado moderno, democrático o de derecho, en *Poder político y participación popular*, pp. 60-77, Eugenio del Río, Talasa, Madrid, 2003.

6.- El neoliberalismo poskeynesiano

El paradigma keynesiano supuso un reforzamiento de los Estados de bienestar y estuvo en alza hasta la crisis de los años 70 del siglo pasado, en la que sobrevino la llamada crisis del *alza de los precios del petróleo*. La crisis de los costes de producción se unió a un fenómeno nuevo no previsto en la teoría keynesiana; el estancamiento de la producción con un elevado índice de la inflación (estanflación). Estas dificultades, unidas a la desintegración del comunismo soviético a finales de la década de 1980, desacreditaron la gestión macroeconómica keynesiana y provocaron el completo abandono de la planificación estatal socialista. Las ideas keynesianas, centradas en mantener un nivel de empleo elevado a través del control de la economía y del gasto público, junto al interés por los aspectos colectivos, quedaron descartadas. Se produjo un cambio de prioridades, ya no importaba tanto mantener el empleo como controlar la inflación.

El ascenso de Margaret Thatcher y Reagan, fervientes partidarios de la «magia» del mercado, a sus respectivos Gobiernos posibilitó el regreso del paradigma liberal económico, devolviendo la economía a las manos de los hombres de negocios. Los Gobiernos abandonaron toda intención de guiar las fuerzas del mercado hacia resultados sociales deseables, limitándose a garantizar y vigilar que las reglas del mercado se aplicaran con toda la pureza posible. La riqueza de las naciones crecería más rápido liberando a la codicia de las limitaciones que le imponía el Estado de bienestar. Las industrias estatales se privatizaron y fue liberado el sector financiero. No por casualidad los premios Nobel de economía en 1974



Milton Friedman

y en 1976 correspondieron a Hayek y Friedman coincidiendo con el auge del thatcherismo y del reaganismo en Inglaterra y EE UU respectivamente.

Las ideas de Von Hayek (1899-1992) y Milton

Friedman (1912-2006) invadieron los centros académicos y dominaron los medios de difusión como *The Wall Street Journal*, *The Financial Times* y *The Economist*, sustituyendo al pensamiento keynesiano. El patrón neoliberal, que defendía las ideas de libertad individual y del libre funcionamiento de las fuerzas del mercado, se extendió ideológica e intelectualmente como modelo dominante. Cualquier otro tipo de pensamiento fue señalado como anticuado, inoperante y retrógrado.

A partir de ahí, el análisis smithiano de la eficacia del mercado experimentó un notable renacimiento, se aceleraron las desregulaciones de los mercados, las privatizaciones y la reducción del papel del Estado en los asuntos económicos, y pocas voces, incluso en la izquierda política, pusieron en cuestión la supuesta eficacia de este nuevo rumbo. China se apartó de la planificación centralizada y permitió que florecieran los mercados, primero, a finales de los años 1970, de los productos agrícolas, en los 80 de los productos industriales, en los 90 se implicaron en el comercio exterior y después en el sector financiero. América Latina redujo de forma drástica sus barreras comerciales y privatizó sus empresas estatales. Cuando cayó el muro de Berlín, en 1990, no había ninguna duda de qué dirección tomarían las antiguas economías controladas: la del libre mercado. Como ocurrió en Gran Bretaña, estos cambios fueron acompañados de una mayor explotación de la mano de obra a través de la intensificación del trabajo, la reducción salarial y el debilitamiento de los sindicatos.

Milton Friedman estaba claramente embarcado en un proyecto político y se colocó *de parte*. En 1964 fue consejero

económico del candidato republicano a la presidencia, Barry Goldwater. Cumplió la misma función con Richard Nixon en 1968 y con Ronald Reagan en 1980. Friedman será recordado sobre todo como la eminencia gris detrás del cambio espectacular en las políticas económicas emprendidas después de 1980. En su entusiasmo por promover el poder de los mercados, trazó una línea muy clara entre el mercado y el Estado. En efecto, presentó al Gobierno como el enemigo del mercado. Tras el golpe de Estado del general Augusto Pinochet contra el Gobierno de Salvador Allende en 1973, Friedman llegó a ser asesor económico de Pinochet, apoyando la represión y aconsejando la toma de medidas antisociales extremas. En 1977, Milton Friedman publicó una obra titulada *Contra Galbraith* con el material de las conferencias pronunciadas en Gran Bretaña⁴². En una de éstas proponía a Gran Bretaña, para salir de sus males, un tratamiento de choque inspirado en parte en el que se había puesto en marcha en Chile.

Por su parte, von Hayek indicaba igualmente su preferencia por los métodos dictatoriales sanguinarios del general Pinochet: «Un dictador puede gobernar de manera liberal, así como es posible que una democracia gobierne sin el menor liberalismo. Mi preferencia personal es una dictadura liberal y no un Gobierno democrático donde todo liberalismo esté ausente», respondió a un periodista chileno en 1981⁴³. Tras diez años de aplicación de estas recetas económicas Chile sufrió una recesión que hizo caer el PIB en un 15% entre 1982 y 1983, en un momento en que la tasa de desempleo alcanzaba el 30%, diez veces más que con Allende. Además, si Chile conoció en los años noventa cierto éxito económico fue por romper netamente con las recetas de los *Chicago Boys*. La corriente neoliberal convirtió a la Universidad de Chicago –institución donde Friedman hizo toda su carrera universitaria y Von Hayek enseñó desde 1950 hasta 1961– en uno de sus bastiones, hasta el punto de que más tarde se

⁴² Milton Friedman, *Friedman contra Galbraith*, Unión Editorial, 1982.

⁴³ En Eric Toussaint, 2009, CADTM, Serie: *Una mirada al retrovisor para comprender el presente*, 6ª parte, edición electrónica.

hablará de la Escuela de Chicago y de los Chicago Boys de Friedman. Los miembros de esta Escuela –basada en el modelo neoclásico–, como creían que el funcionamiento libre del mercado es suficiente para asegurar la distribución óptima de los recursos y el pleno empleo de las capacidades de producción, sostenían que no había que preocuparse por las fluctuaciones económicas, como la actual recesión; se trataba simplemente de un ajuste eficiente de la economía a los choques (como los cambios tecnológicos) que venían de fuera. Este enfoque tuvo importantes consecuencias políticas, pues decretó que el papel del Gobierno debía ser mínimo. Esta visión del modelo neoclásico que se contradice con la realidad no impide que sea difundida sistemáticamente y aceptada como una evidencia.

Si Ronald Reagan se inspiró en Friedman, Margaret Thatcher reivindicaba la influencia de Von Hayek: «No fue sino a mediados de los setenta, cuando las obras de Von Hayek figuraron en primer lugar entre las lecturas que me diera Keith Joseph [consejero económico de Margaret Thatcher, que participó en reuniones de la Sociedad de Mont-Pèlerin], que comprendí realmente las ideas que planteaba. Fue entonces cuando consideré sus argumentos desde el punto de vista del tipo de Estado que queríamos los conservadores (un Gobierno limitado bajo el reino de la ley), más que desde el punto de vista del tipo de Estado a evitar (un Estado socialista, donde los burócratas gobiernan sin freno)»⁴⁴.

La línea de pensamiento emergente en esta etapa estableció una objeción de fondo a la propia idea de igualdad. Las políticas redistributivas se consideran una dilapidación y una distracción de los objetivos generales de eficiencia y crecimiento económico. Las corrientes del nuevo liberalismo asumieron una profunda deslegitimación intelectual de las políticas redistributivas. Los thatcheristas sostenían que la

⁴⁴ Margaret Thatcher, *El camino hacia el poder*, Aguilar, Madrid, 1995, citado por Charles-André Udry en «Los orígenes del neoliberalismo: F. von Hayek: el apóstol del neoliberalismo», Desde los Cuatro Puntos, n° 1, México, 1997. Ver Nicholas Wapshott, «El contrataque de Hayek» pp. 279-298 en *KEYNES vs HAYEK*, Deusto, 2013.

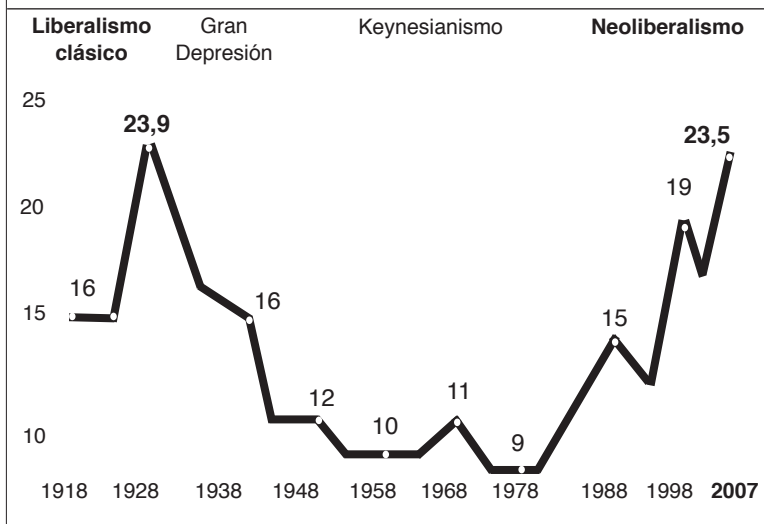
pretensión de ir hacia una sociedad más justa había producido impuestos altos, sindicatos poderosos y un aplastante sector público. Como resultado, decían, los incentivos a las empresas eran débiles, el empresariado no podía reestructurar sus negocios e incrementar la eficiencia; y el sector público impedía la expansión del sector privado. Afirmaban que el lento crecimiento económico era causado por el incremento de la igualdad. En consecuencia, había que limitar al Estado y ampliar el mercado, el sector público debía ser disciplinado y el sector privado debía ser libre, el colectivismo debía ser desalentado a la vez que era necesario premiar la iniciativa individual. Menos impuestos directos, menos poder de los sindicatos, y un nuevo énfasis sobre la iniciativa personal y las empresas, argumentaban los conservadores, podría permitir la construcción de una economía sólida y una sociedad más responsable.

Al proclamar que el Gobierno era el problema, y no la solución a los males económicos de EE UU, Reagan inauguró un nuevo modo de pensar, así como una nueva serie de políticas. Hubo cuatro instrumentos principales en la revolución de Reagan: reducción de impuestos a las rentas más altas, limitación del gasto federal para programas civiles, desregulación generalizada y subcontratación de los principales servicios del Gobierno. La receta de Reagan prometía cambiar la tendencia de los años setenta, pero fracasó en su mayor parte. El crecimiento económico disminuyó, así como el crecimiento del empleo. La desigualdad aumentó, según *The Economist*, el 1% de la población con más ingresos pasó de detentar el 10% de la riqueza al 20% en los últimos treinta años⁴⁵. Todos los beneficios del crecimiento fluyeron hacia la cima. Los ingresos se estancaron. El déficit se amplió. Sólo la inflación mejoró en comparación con los años setenta. La teoría del goteo, la peculiar idea de que enriquecer a los de arriba redundaba en beneficio de todos, incluidos los más pobres,

⁴⁵ La desigualdad económica no había llegado a un nivel tan alto desde la Gran Depresión. Alrededor de 100 millones de americanos viven en la pobreza o en el umbral de la pobreza. Oficina del Censo de EE UU, *Encuesta de Población Actual: Suplemento Económico y Social Anual (ASEC)* 2010.

Desigualdad en Estados Unidos

Porcentaje de la renta nacional que percibe el 1% de los ciudadanos más ricos



Fuente: Universidad de California. *Público.es*, 1/11/2010.

En 1928, el 1% más rico de EE UU atesoraba el 23,94% de la riqueza. Tras el crack del 29, el porcentaje fue reduciéndose como consecuencia de los programas sociales introducidos, que lo dejaron por debajo del 10% en la década de 1970. Pero tras la ruptura con el pacto keynesiano, que en EE UU lideró Ronald Reagan, el 1% más rico volvió a ganar cuota en la riqueza nacional hasta superar de nuevo el 23% en 2007. Al año siguiente, Lehman Brothers se hundió.

no se cumplió. Durante los años ochenta y en adelante, los instrumentos del poder federal se entregaron cada vez más a los intereses creados empresariales para usarse en beneficio privado. Y la economía se volvió fraccionada, inestable y, finalmente, vulnerable a la gran crisis del 2008.

Quince años después de que Reagan llegara al poder, el presidente demócrata Bill Clinton hizo de la cesión del poder al sector empresarial cosa de los dos partidos. Clinton fue el que más poder dio a Wall Street, que consiguió suficiente libertad de acción como para ganar decenas de miles de millones de dólares al año en primas y costó al mundo decenas de billones de dólares de pérdidas financieras en el gran crack

de 2008. Los antecedentes de la Gran Depresión del 29 fueron muy similares a los años que llevaron al crac del 2008: una innovación muy rápida, desigualdades en aumento de renta y riqueza, una cultura de especulación financiera, auges del mercado inmobiliario avivados por el crédito fácil, y finalmente un crac financiero. La sociedad americana, dice Jeffrey Sachs, «se ha vuelto despiadada, y las élites de Wall Street, de la industria petrolífera y de Washington son las más irresponsables de todas. Cuando entendamos esta realidad, podremos empezar a rehacer nuestra economía»⁴⁶. De hecho, los intereses creados han seguido controlándolo todo.

La Administración Obama ha sido un Gobierno de continuidad más que de cambio, ya que los grandes intereses de Wall Street, el mundo del petróleo, la industria farmacéutica, el sector del carbón y los militares han seguido en el centro del poder y de la política de Estados Unidos. Le cabe el mérito, no pequeño, de haber conseguido la reforma sanitaria, algo que ningún presidente, pese a haberlo intentado todos los demócratas desde Roosevelt, había logrado. Muchos de los que han apoyado al presidente Obama, como el premio Nobel Paul Krugman, aunque decepcionados porque no haya proporcionado un liderazgo claro y enérgico, albergan grandes esperanzas de que, pese a que las grandes empresas farmacéuticas y los fabricantes de material médico vayan sin duda a limitar los logros de la complicada puesta a punto de la sanidad estadounidense, entre 30 y 50 millones de personas consigan acceder a la atención sanitaria. Esto garantizará que Estados Unidos –cuya esperanza de vida ocupa el lugar 50 en el concierto de las naciones o su mortalidad infantil el 41– dejará de ser uno de los últimos países ricos sin una cobertura sanitaria cuasi universal, en el que perder el empleo

⁴⁶ Jeffrey Sachs, *El precio de la civilización*, p.16, Gutenberg, Barcelona, 2012. Considerado como uno de los tres economistas más influyentes por *The Economist*, tras su paso por África abandonó sus posiciones neoliberales que sostuvo en la década de los 90 y rechazó el Consenso de Washington. En su último libro diagnostica los males que afligen a EE UU y hace sonar las alarmas ante la incapacidad de sus líderes para afrontar la realidad surgida de la globalización y responder a retos como la pobreza y el deterioro del medio ambiente.

significa a menudo también quedarse sin seguro médico, y en caso de accidente o enfermedad, arruinarse en tratamientos. Muchos años tendrán que pasar para que el conjunto de la población estadounidense pueda disfrutar de una asistencia sanitaria⁴⁷ asequible.

La reforma ha unido a conservadores e irritado al Tea Party, un revoltijo de americanos conservadores blancos de clase media y mediana edad, enfurecidos por lo que consideran una «medida socialista» o un indeseable «intervencionismo bolchevique» en contra de su sacrosanto y falso «libre mercado», los cuales siguen jugando con la premisa de que Obama es un africano infiltrado que ha llegado a la presidencia de manera ilegal. Junto al resto de los *republicanos*, critican a Obama duramente por intentar europeizar Estados Unidos e importar su *socialismo*⁴⁸. Al decir *socialismo*, sus adversarios se refieren muchas veces a los mínimos requisitos de cohesión y decencia que exige cualquier Estado moderno: servicios educativos, sanidad, atención a los jubilados, cierta regulación de la economía, un sentido de que debe buscarse el bien común en la esfera pública. «Pero el Tea Party ya es historia –dice J. Sachs– el tiempo va en su contra. Los pobres, mientras tanto, apechugan, perdiendo la esperanza y el activismo mientras luchan por sobrevivir y llegar a fin de mes. Los jóvenes, por otra parte, están esperando su momento, intentando seguir a flote a pesar del desempleo y los bajos salarios»⁴⁹.

⁴⁷ La Affordable Care Acte (ACA, siglas en inglés, Ley de Seguro Médico Asequible) hace posible que 30 millones de ciudadanos de EE UU tengan a partir de 2014 seguro médico. Los jóvenes que tengan menos de 26 años podrán seguir estando asegurados bajo las pólizas de sus padres –algo que desde la aprobación de la ley en 2010 ya ha ayudado a más de seis millones de jóvenes–. Debido a la ACA, más de cinco millones de ciudadanos mayores de 65 años y con discapacidades han ahorrado una media de 635 dólares en medicamentos con recetas desde 2010 y ahora continuarán haciéndolo –antes de la ley de Obama, los mayores debían de pagar una parte del coste de sus medicinas–.

⁴⁸ Poderosas voces se alzan contra el propósito de que todos los estadounidenses tengan acceso a la tan inadmisibile pretensión de la asistencia sanitaria. «Comunista», «antiamericano», «bolchevique», «un peligro para la nación», así califica cada día a Barack Obama el fanático pero muy escuchado comunicador ultraderechista Glenn Beck, escritor, activista, destacado presentador del reaccionario canal Fox de televisión y una de las más potentes voces del Tea Party Movement.

⁴⁹ Jeffrey Sachs, *op. cit.*, pp.303-304, Gutenberg, Barcelona, 2012.

El capitalismo del desastre

Augus Deaton, economista británico, experto en la medición del bienestar y la pobreza, en una entrevista, reconocía que «no podemos dejar que los banqueros se autorregulen. La desregularización de las instituciones financieras que se llevó a cabo durante la era Clinton fue un gran error. Todos pensamos que era una buena idea. Eso ilustra lo poco que sabemos. Larry Summers, el precursor de la abolición de la Ley Glass-Steagall –que separaba las actividades de la banca comercial y la de inversión⁵⁰–, es uno de los economistas más respetados y uno de los hombres más inteligentes que conozco. Lo hizo porque, como el 99 por ciento de los economistas, pensó que era lo correcto. Pero estábamos equivocados». Así mismo, Deaton afirma «Las crisis están diseñadas para beneficiar a los ricos ya que gracias a ellas les resulta más fácil reescribir las normas»⁵¹. Un ejemplo de esto nos lo cuenta Naomi Klein en su libro *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*⁵².

⁵⁰ El Congreso de Estados Unidos aprobó en 1933 la Glass-Steagall Act, que regulaba el sistema bancario separando la banca de depósito, para administrar depósitos y préstamos relativamente pequeños a negocios y a familias, de la banca de inversión, para operar con grandes y arriesgadas inversiones en nombre de clientes que ganaban su vida invirtiendo en costosas actividades de otras personas e instituciones. «La Ley Glass-Steagall –dice Gabriel Jackson– protegió los ahorros de millones de familias estadounidenses hasta que, bajo la fuerte presión de Wall Street, fue derogada en 1999. Una década más tarde, cuando las enormes bancarrotas de 2007 y 2008 comenzaron a ser investigadas, se pudo saber que muchos bancos, liberados de las reglas de inversión de la Ley Glass-Steagall, habían perdido millones de dólares «invertidos» sin conocimiento de sus propietarios, y en muchos casos perdidos sencillamente en operaciones especulativas multimillonarias. A los bancos se les salvó luego con dinero de los contribuyentes, con el consentimiento del presidente Bush, seguido después por el consentimiento del presidente Obama, convencidos ambos por asesores de Wall Street de que el sistema financiero norteamericano al completo se derrumbaría si no era rescatado por los ahorros de millones de personas que nada tenían que ver con las insensatas especulaciones de la década que precedió a la actual depresión que comenzó en 2007 y que todavía nos acompaña» («Perspectivas de la democracia a largo plazo», 16-08-12, *El País*).

⁵¹ Augus Deaton, *Finanzas.com* (27-5-2012).

⁵² Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, p. 25-26, Paidós, 2007, Madrid.

Milton Friedman, el líder intelectual del capitalismo de libre mercado, afirmaba que las inundaciones y la catástrofe provocadas por el huracán Katrina en 2005 eran una tragedia, pero también «una oportunidad para emprender una reforma radical del sistema educativo»: en lugar de reconstruir y mejorar el sistema de educación pública de Nueva Orleans, entregar cheques escolares a las familias para que estas pudieran dirigirse a escuelas privadas. Para M. Friedman el mismo concepto de sistema de educación pública apesta a socialismo. La Administración de George W. Bush apoyó sus planes y en menos de 19 meses, en contraste con la parálisis con que se repararon los diques, las escuelas públicas de Nueva Orleans fueron sustituidas casi en su totalidad por una red de *escuelas chárter*, escuelas originalmente creadas y construidas por el Estado que pasaron a ser gestionadas por empresas privadas según sus propias reglas. De 123 escuelas públicas, sólo quedaron cuatro. Los maestros y las maestras de la ciudad fueron despedidos. Algunos de los profesores más jóvenes volvieron a trabajar para las *escuelas chárter*, con salarios reducidos. La mayoría no recuperaron sus empleos. Estos ataques organizados contra los servicios públicos, aprovechando crisis provocadas para generar «tales oportunidades de negocio», es lo que Klein denomina *capitalismo del desastre*.

7.- España, paisaje en medio de la tormenta

En España, con un importante endeudamiento, con tasas de paro que superan el 25%, una recesión que se anuncia larga y rebaja gradual de salarios, el PP parece haber seguido los consejos de Friedman de aprovechar la «oportunidad» de la crisis para actuar con rapidez, para imponer los recortes y los cambios legislativos, rápida e irreversiblemente, en el mercado laboral, la sanidad, la enseñanza, en la ley de dependencia, en la ley del aborto, en el Código Penal, la radio-televisión pública..., aunque bien es verdad que en buena medida, aunque no en todos los supuestos enunciados, acelerados por la presión de Europa y los mercados. Rajoy dijo que no tenía intención de subir los impuestos y a la semana siguiente subió el IRPF y el IBI.

Rajoy dijo que no abarataría el coste del despido y aprobó una reforma laboral que lo pone a precio de saldo, al facilitar el despido procedente con 20 días de indemnización por cada año trabajado con un máximo de 12 mensualidades. Rajoy dijo que no bajaría el sueldo de los funcionarios como Zapatero, pero primero aprobó un aumento de jornada que en la práctica suponía una rebaja del 6% por hora trabajada y después suprimió la paga extra de Navidad en lo que implica un recorte del 7% de la retribución en términos anuales y del 14% en lo que queda de año, reduciendo el número de días libres o moscosos. Rajoy dijo que no subiría el IVA como Zapatero, y ha aplicado la mayor subida desde que existe el impuesto (de tres puntos en el tipo general, hasta el 21%, y de dos en el reducido, hasta el 10%). Rajoy dijo que no recortaría las



prestaciones por desempleo y lo ha hecho. Rajoy dijo que no recortaría en sanidad y educación y ha promovido los mayores recortes en ese terreno desde que existe el Estado del bienestar en España. Dijo

que no habría copago, y ya está en vigor. Denigró la idea de una amnistía fiscal y no solo ha aprobado una, sino que cada vez da más facilidades a los defraudadores para beneficiarse de ella. Rajoy censuró, en el debate electoral con Rubalcaba, el rescate de la banca. Ya en el Gobierno, negó el de Bankia y que habría banco malo. Al final, el Gobierno rescatará a todos los bancos y hay banco malo. Dijo que iba a exigir responsabilidades por la gestión negligente. Su programa electoral decía: «Reforzaremos y exigiremos las responsabilidades debidas a aquellos gestores que hayan incurrido en una administración desleal o negligente». Sin embargo, el PP se negó a investigar la gestión de Bankia hasta el final y la querrela fue presentada por otros partidos políticos y asociaciones. En su discurso de investidura, Rajoy dijo que la reestructuración financiera estaría culminada en el primer semestre del 2012, y al empezar el segundo, tras dos reformas fallidas en tiempo récord, el sector financiero está abierto en canal y España ha pedido el rescate a Europa para recapitalizar la banca. Y todo esto en menos de siete meses de Gobierno. Friedman estimaba que una Administración disfruta de seis a nueve meses para poner en marcha cambios legislativos importantes generando un estado de *shock* en la población que facilite el «tratamiento de choque» del programa de ajuste, ya que se tiende a aceptar esos «tratamientos de choque» creyendo en la promesa de que salvarán de mayores desastres.

A partir de 2010 hubo un cambio radical en la política económica impuesto por el Gobierno de Berlín a través de las instituciones económicas y monetarias de la Unión Europea, dando prioridad absoluta al recorte del déficit. Tras un verano en el que arreció la presión de los mercados sobre la deuda

pública de los países periféricos de la UE, a finales de agosto de 2011 con Zapatero de presidente, los dos partidos mayoritarios, el PSOE y el PP, con la oposición del resto, pactaron un cambio en la Constitución que ponía fuera de la ley a John Maynard Keynes, al fijar que no se podían superar ciertas tasas de déficit en ninguna de las Administraciones del Estado, otorgando preeminencia al pago de la deuda pública. Era la respuesta del Gobierno a la famosa carta secreta recibida por Zapatero del Banco Central Europeo en agosto. Se trataba de contentar a la troika europea (la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional) para evitar la intervención. El cambio suponía limitar la capacidad de autogobierno y, con ello, el sostenimiento del Estado de bienestar. Bastó la presión de los mercados, de Alemania y el BCE, para modificar con urgencia y sin consenso un texto considerado hasta entonces intocable.

Al margen de lo criticable que resulta dar rango constitucional a la regulación del déficit público, lo peor fue el método se abrió un camino para cambiar la Constitución que era claramente inconstitucional, esto es, sin recurrir a debates parlamentarios y, sobre todo, sin hacer ninguna consulta. El debate que en Alemania duró tres años –participaron todas las instituciones y organizaciones sociales representativas– aquí se zanjó en unos días. Tres meses después hubo elecciones y la ciudadanía castigó al partido en el Gobierno. El PP consiguió la mayoría absoluta –no se debe olvidar que esa mayoría, respecto al número de ciudadanos con derecho al voto, excede poco del 30%– personalizando la responsabilidad de la crisis en Zapatero y dejando que esta desgastara al PSOE. Rajoy se presentó ante la ciudadanía como la solución, con un programa que luego incumpliría punto por punto. El PP, nada más llegar al Gobierno, sin necesidad alguna y con la oposición del PSOE, se apresuró a fijar en la Ley de Estabilidad Presupuestaria un déficit cero a partir del año 2020 para dejar clara su posición de alumno aventajado de la troika y, junto a los recortes sociales y las contrarreformas anteriormente comentadas, buscando un inmediato mejor trato por parte

de los mercados que se reflejara en una rebaja en la prima de riesgo, cosa que no sucedió, sino todo lo contrario.

La política económica del Gobierno conservador en los primeros meses y la envergadura de la crisis llevaron a encender todas las alarmas hasta en la ONU (Naciones Unidas) que censuró los recortes de Rajoy por su *desproporcionado* castigo a los más desfavorecidos. El informe del Comité de Derechos Económicos, sociales y culturales de la ONU (realizado el 6 de junio de 2012, anterior al mayor ajuste hecho por el Gobierno el 11 de julio) reprochó al Gobierno buena parte de las medidas adoptadas y, en particular, los recortes en sanidad, educación, planes de empleo y pensiones. Mostró su preocupación por las altas tasas de desempleo, el retroceso en la protección de los derechos laborales de los trabajadores y señaló tajante que el salario mínimo interprofesional, congelado desde el 2011, ahora tiene *un valor que no permite un nivel de vida digno*. Y lo mismo con las pensiones, en muchos casos *inferiores al nivel de subsistencia mínimo*. El Gobierno, a pesar de que la ONU lo solicitara expresamente, no hizo público el informe.

El sistema político ha fallado tanto como el económico. La gente confiaba en la democracia, tenía fe en que el sistema político iba a funcionar, que se iban a exigir responsabilidades a quienes habían provocado la crisis y a reparar rápidamente



las averías de la economía. Pero no ha sido así. El sistema político ha fracasado a la hora de evitar el incremento de la desigualdad, de proteger a los más desfavorecidos, de evitar los abusos. En los ciudadanos se ha ido instalando una conciencia, cada vez más creciente, de estar gobernados por la troika, que la tan proclamada voluntad general expresada en las urnas es papel mojado.

A partir del comienzo de la crisis, la mayor parte de los recursos financieros se están utilizando al margen de cualquier función económica. Gran parte del capital disponible se utiliza fuera de las inversiones y de los créditos. El dinero crea más dinero sin pasar por la economía productiva, al margen de la normas, los valores y la ética. Para el sociólogo Alain Touraine, en *Después de la crisis* (Paidós, 2011), esta separación entre lo financiero y lo sociopolítico y económico es «tan fuerte» que provoca que «lo social, como bisagra entre valores y recursos, entre instrumentos y fines, está amenazado, va desapareciendo. Todo el sistema se desequilibra y se viene abajo». Para el sociólogo francés, la actual crisis podría suponer un cambio histórico, una ruptura con el concepto actual de *lo social*. Un tiempo en el que los *actores* sociales, sindicatos y partidos, han dejado de tener capacidad de decisión sobre la evolución de la economía y en el que palabras como «democracia, justicia, ciudadanía... están vacías». Subraya la debilidad del Estado en un mundo en el que los mercados han cobrado una importancia capaz de situar a este en una posición en la que deja de ser una pieza central de la democracia representativa. La ruptura entre el sistema económico y el sistema social no tiene para Touraine más solución que la regulación por parte del Estado, en función de los intereses de los ciudadanos, de los grandes poderes de la economía.

Paro y desigualdad social

El paisaje de la economía española después de un lustro desde que se inició la tormenta financiera y económica en 2008 muestra mayores destrozos que en otras economías de su entorno. Siempre ha habido ricos y pobres en España. Pero



Fuente: INE.

España, según datos del INE, acaba 2012 con la tasa de paro del 26,02%. Casi seis millones de personas no tienen trabajo. Más del 55% de los menores de 25 años se encuentran en paro.

nunca en los últimos años la distancia entre unos y otros fue tan grande. Ni la diferencia de ingresos tan amplia. Casi la mitad de la población, el 44%, vive en precario, un total de 20,6 millones de personas, los cuales viven en hogares con ingresos inferiores a 12.000 euros anuales, según el informe *Adiós a las clases medias*, elaborado por el sindicato de técnicos del Ministerio de Hacienda (Gestha). La elevada tasa de precariedad es diferente en función del lugar de residencia de las personas que se encuentran en esa situación. De este modo, con el 53% y el 51% respectivamente, Extremadura y Andalucía son las comunidades con una mayor precariedad, seguidas de Murcia (47,7%) y Galicia (47,7%). Por su parte, Navarra y el País Vasco registran la menor precariedad del Estado, con el 22,2% y el 24,1%, respectivamente. Según Gestha, esta desigualdad entre rentas bajas y altas se ha ampliado por las sucesivas subidas de impuestos, especialmente en el IVA e

IRPF. A estas se han sumado los recortes aprobados en los últimos dos años y medio, que han impactado especialmente en el poder adquisitivo de las rentas inferiores a los 33.000 euros anuales, que engloban al 85% de los trabajadores. Para contrarrestar esta situación de precariedad, el sindicato de los técnicos de Hacienda propone una serie de iniciativas que permitirían recaudar más de 63.000 millones de euros anuales sin necesidad de ampliar las diferencias salariales y centrando las inspecciones sobre grandes corporaciones y patrimonios, que concentran el 71,7% de la evasión fiscal⁵³. Por ejemplo, crear un «impuesto sobre la riqueza de ámbito estatal», que sustituyera al Impuesto sobre patrimonio, cuyos ingresos van a parar a las arcas autonómicas (de aquellas comunidades que lo han recuperado).

La tasa de paro ha rebasado el listón del 25% de la población activa en el cuarto trimestre de 2012, la más alta conocida en décadas. En el último año ha aumentado el paro en 800.000 personas. Hay pocas distancias por sexo (24,68% la masculina, y 25,41% la femenina), aunque persisten la desigualdad en las tasas de actividad (67,18% la de los hombres y 53,41% la de las mujeres). Las diferencias de la tasa de desempleo son muy pronunciadas por origen nacional: 34,84% para la población extranjera, y 23,32% la de las personas con nacionalidad española. E, igualmente, por edad, ya que los menores de 25 años tienen el 52,34% de paro. A

⁵³ Se dice que el sector público es demasiado grande para ser financiado con los ingresos fiscales procedentes de sus ciudadanos y empresas. Lo que no se dice es que tenemos una corrupción privada o evasión fiscal de las mas altas de Europa. En 2008, antes de la recesión, 18,65 millones de personas declararon por IRPF, pero solo 8.590 (el 0,046%) declararon ingresos superiores a 600.000 euros; 87.300 (el 0,47%) entre 150.000 y 600.000 euros y 677.000 (el 3,63%) entre 60.000 y 150.000 euros. En 2010, los declarantes de más de 600.000 euros cayeron a 5.189 y los de entre 150.000 y 600.000 a 67.744. En 2012, la Comisión Europea ha estimado que la economía *sumergida* en España alcanzaba el 19,2% del PIB y otras estimaciones llegan al 25%. Si añadimos la evasión del IVA todavía muy elevada y la economía *ilícita*, compuesta por actividades delictivas (paraísos fiscales, estafas financieras, blanqueo de capitales, prostitución, narcotráfico, armas, contrabando de niños, mujeres, órganos, etc..) tendremos una muestra del lado oscuro de la economía, la no registrada. Un reciente estudio de Roberto Velasco, *Las cloacas de la economía*, Catarata, 2012, aporta algo de luz sobre el tema.

ello hay que añadir que unos dos millones de jóvenes (hasta 29 años) ni estudian ni trabajan.

España tiene hoy 5,78 millones de desempleados, una de cada cuatro personas en condiciones de trabajar, y no tardará muchos meses en superar los 6 millones. Más de 1,7 millones de hogares españoles tienen a todos sus miembros en paro, y sin una persona activa son 4,47 millones. Los parados de larga duración (más de un año en desempleo) superan los tres millones, casi medio millón más que hace un año. Los jóvenes menores de 25 años son, junto a los parados de larga duración y los mayores, los colectivos más golpeados por la crisis del mercado laboral español, con el consiguiente riesgo, según advierte la propia Organización Internacional del Trabajo (OIT), de provocar una generación perdida en España. Mientras tanto, los jóvenes cualificados toman el camino de la emigración. Desde finales de 2007, los jóvenes en paro se han duplicado, al pasar de los 447.600 a superar los 900.000, lo que ha disparado la tasa de desempleo del 17% al 53%. Frente al resto de Europa, España es, junto con Grecia, el país con más jóvenes desocupados. La OIT prevé que el colectivo no recupere la media de empleo europea hasta el 2016.

Como resultado, España es el país con mayor desigualdad social en la eurozona; se ha convertido, por primera vez, en el país de los Veintisiete con mayor distancia entre las rentas altas y las bajas. Uno de los indicadores de la desigualdad es la relación que hay entre el 20% de la población que más ingresa y el 20% que ingresa menos. Antes de la crisis, los más ricos ingresaban en España 5,3 veces más que los más pobres. En 2011 esa proporción ha crecido hasta 7,5, cuando la media de la Unión Europea es de 5,7. Lejos estamos ya de Alemania, donde la relación es de 4,6.

El aumento de la desigualdad social es un fenómeno global sobre el que la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) encendió las alarmas a finales del 2011: la distancia entre ricos y pobres se encontraba en 2008 (últimos datos analizados) en el nivel más alto de los últimos 30 años debido sobre todo a la cada vez mayor di-

ferencia salarial⁵⁴. No se trata siempre de una consecuencia de las crisis; las desigualdades también crecen en la bonanza debido, según el organismo, a que desde mediados de los 90 las políticas correctoras como los impuestos y los servicios sociales han perdido poder de redistribución de riqueza.

En el caso español, lo preocupante es el desastre que puede llegar en unos años si se cumplen las previsiones hechas por el FMI. Mientras la previsión de crecimiento mundial y de las economías avanzadas en general ha empeorado cuatro décimas en un año, la de la economía española lo ha hecho en 3,1 puntos. Las previsiones que el FMI publicó en octubre de 2012 muestran que la economía española será la segunda con peor evolución de las 185 de todo el mundo el año próximo, con una caída del 1,3% del producto interior bruto (PIB). Tras sufrir un deterioro acelerado en el último año, España solo le gana a la quebrada Grecia. La política de recortes de inversiones y gastos y de fuertes subidas de impuestos lastra con fuerza el crecimiento. Y, para mayor gravedad, tampoco permite cumplir con los objetivos del ajuste, pues el Fondo calcula que el déficit público no bajará del 3% hasta 2017, tres años después de lo previsto. Estas previsiones del FMI, por otro lado, desmienten el escenario macroeconómico dibujado por el ministro de Hacienda, Cristóbal Montoro, y el de Economía, Luis de Guindos, en los Presupuestos para el año próximo, 2013, en el que el pago de intereses de la deuda será la principal partida presupuestaria, más del doble de los de 2012, unos 207.000 millones, confirmándose así las críticas

⁵⁴ Un reciente estudio de Tax Justice Network (TJN) muestra que la capacidad actual de medir la desigualdad en el mundo es realmente escasa. El argumento del estudio es que «si un activo está escondido en una cuenta bancaria *offshore*, en un *offshore trust* o en una compañía, y el propietario o beneficiario último de la retribución o capital no puede ser identificado, entonces este activo y la retribución que produce no se contabilizará en las estadísticas sobre desigualdad. Casi todos los activos escondidos pertenecen a los individuos más ricos del mundo. Por consiguiente, las estadísticas sobre desigualdad, particularmente en la parte más alta de la escala, subestiman la escala del problema». Por ejemplo, las estimaciones sobre la riqueza mundial *offshore* van de los 21 billones de dólares a los 32 billones, es decir, un margen de 11 billones de diferencia (Ivan H. Ayala y A. Mendioroz, *Inconsistencia espacio-temporal: financiarización y democracia*, p. 69, Relaciones Internacionales, núm. 21, octubre de 2012).

que nada más conocerse estos se hicieron de poco realistas, confusos y mal estructurados.

Las previsiones económicas de otoño de la Comisión Europea confirman que el cuadro macroeconómico del Gobierno, con el que ha elaborado los Presupuestos de este año y de 2013, es incoherente y ya no se tiene en pie. El diagnóstico de Bruselas ratifica el fracaso de la política de estabilidad presupuestaria y las predicciones de la Comisión son similares a las de otras instituciones. Las cuentas del Gobierno de Rajoy parten de una previsión de que la economía retroceda un 0,5%, y a partir de ahí se cuadra el objetivo de déficit del 4,5% del PIB. Con una caída del 1,3%, ese objetivo es inalcanzable sin nuevos recortes, y probablemente, como se está viendo, también con ellos. De hecho, el FMI prevé que el déficit público sea del 5,7% del PIB el año próximo, 1,2 puntos más que el objetivo del Gobierno, que tampoco cumplirá este año con el objetivo del 6,3%, según las previsiones del Fondo. Pero, además, el FMI ya no confía en que el paro empiece a reducirse en 2013, como sostiene el Gobierno. Sus economistas empeoran su previsión de desempleo, creen que la tasa de desempleo seguirá aumentando hasta niveles récord.

El informe semestral de los economistas de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) sobre España dibuja un panorama aún más desolador que el del FMI. Su diagnóstico es: «España se encuentra inmersa en una recesión prolongada y la perspectiva de una recuperación inmediata sigue siendo remota». Según sus previsiones, la recesión se intensificará en 2013, y el desempleo aumentará hasta el 26,9% y solo bajará una décima en 2014, superando de largo, por tanto, los seis millones de parados. El país pagará además «el peaje del ajuste fiscal, una demanda más débil por parte de sus socios y las difíciles condiciones financieras». El Gobierno no podrá cumplir sus objetivos de déficit y la deuda no dejará de aumentar, llegando al 97,6% del PIB en 2014. Por si después de un año de duros recortes, subidas de impuestos y reformas económicas al Gobierno le faltaran ideas, el organismo que dirige Gurria (cuya tra-

vectoria está íntimamente vinculada al PRI mexicano, fue Ministro de Finanzas y de Exteriores entre 1994 y 2000) ha recomendado al Gobierno de Rajoy, entre otras medidas, que abarate más el despido, suba más el IVA, vuelva a reformar las pensiones para bajar las prestaciones, suprima la jubilación parcial, acabe con las deducciones en el IRPF por las aportaciones a planes de pensiones y endurezca las condiciones para cobrar el desempleo. Y todo ello, para nada, pues sus propias previsiones son que nos mantendremos en el entorno de los seis millones de parados y que nuestro crecimiento económico será ridículo.

Rajoy dijo hace un año, «Os garantizo que salimos de esta. Os pido una victoria amplia, porque ese sería el mejor mensaje que España puede dar a Europa, a los mercados y a los de la prima de riesgo». Los «mercados», si le han escuchado, no han confiado en su Gobierno. El balance un año después de conseguir esa mayoría no puede ser más penoso. Pero el del 2013 será mucho peor. El Gobierno del PP intenta justificar su política dura de recortes como medio para generar la reactivación económica a corto plazo y crear empleo a medio plazo. La realidad, el FMI y la OCDE se han encargado de desmentirlo. El estancamiento económico y del empleo, es decir, el persistente desempleo, puede durar cinco años más, hasta el año 2017, y los factores de empobrecimiento y desigualdad hacerse más lacerantes.

El horizonte socioeconómico, particularmente en los países periféricos del sur de Europa, es sombrío. Al describir la situación actual, el economista jefe del FMI, Olivier Blanchard, dijo en octubre en rueda de prensa en Tokio que «el centro de atención sigue estando en la zona del euro». «Las lecciones de los últimos años ahora están claras. Los países de la zona del euro pueden verse afectados por fuertes *shocks* negativos específicos de cada país. La fragilidad de los bancos puede amplificar considerablemente el impacto negativo de estos *shocks* y, si la situación indica que las propias entidades soberanas podrían verse en problemas, la

interacción entre estas y los bancos puede agravar aún más las cosas».

El Fondo Monetario Internacional, aunque tarde, no ha tenido más remedio que reconocer lo evidente, que las políticas de austeridad tienen un impacto negativo muy acentuado en el crecimiento económico. Atribuye a los recortes el hecho de que Grecia y España tendrán el próximo año el menor crecimiento económico en el mundo. Esto es algo que se venía criticando tiempo atrás de forma insistente por una parte de los expertos económicos, en coherencia con el mejor conocimiento económico existente sobre los efectos de la austeridad practicada a lo largo del siglo pasado.

Antes de seguir adelante quisiera recordar y advertir al lector que así como en el FMI o en la OCDE trabajan los analistas quizá mejor pagados del mundo institucional, los que disponen de mejores medios de análisis, sin embargo, no sería la primera vez que se equivocaran en sus predicciones⁵⁵. En cualquier caso, cuentan con un gran predicamento y el hecho de que sirvan a los intereses de los países más poderosos y, particularmente de los grandes grupos financieros y empresariales de todo el mundo, ha de llevarnos a sospechar si sus informes no estarán orientados en realidad a crear un clima de opinión, en este caso de miedo, que favorezca la posterior adopción de las políticas ultraliberales que apoyan y ayudan a imponer. La prueba de ello son las medidas que propone la OCDE. Lo curioso de quienes han redactado los informes es que al mismo tiempo que no tienen más remedio que reconocer que las medidas de austeridad van a suponer un recorte muy grande de la capacidad de crear actividad y empleo y que, por tanto, ni van a poder aliviar el problema de la deuda ni van a proporcionar estabilidad o crecimiento en los próximos tiempos, establecen que el Gobierno debe

⁵⁵ Un buen número de funcionarios de la OCDE ganan más que los presidentes del Gobierno a los que asesoran y que pagan esos salarios con las mismas cuotas de los Estados que sostienen a estas organizaciones. Esta tecnocracia se exime de los recortes que recomienda. Va siendo hora que se empiece a hablar y debatir públicamente de todas estas organizaciones internacionales, de su justificación, de su eficacia, de su funcionamiento y de los intereses a los que sirven.

mantener el objetivo de reducir el déficit y que, por tanto, hay que seguir adoptando medidas de consolidación fiscal. ¿En qué quedamos?

En su visita a España el mes de noviembre con motivo del foro *Brasil en la senda del crecimiento*, Dilma Rouseff, antigua guerrillera, torturada y encarcelada durante tres años por la dictadura y hoy presidenta de la República Federativa de Brasil, la segunda potencia de América (tras EE UU) y la sexta del mundo, criticó las políticas que se vienen aplicando en Europa y que no funcionaron cuando se aplicaron en Latinoamérica: «Europa pasa por algo que ya hemos vivido en América Latina. El Fondo Monetario Internacional nos impuso un proceso que llamaron de ajuste, ahora lo dicen austeridad. Había que cortar todos los gastos, los corrientes y los de inversión. Aseguraban que así llegaríamos a un alto grado de eficiencia, los salarios bajarían y se adecuarían los impuestos. Ese modelo llevó a la quiebra de casi toda Latinoamérica en los años ochenta. Las políticas de ajuste por sí mismas no resuelven nada si no hay inversión, estímulos al crecimiento. Y si todo el mundo restringe gastos a la vez, la inversión no llegará. El problema es que en Europa se han aplicado soluciones inadecuadas para la crisis y el resultado es un empobrecimiento de las clases medias. A este paso se producirá una recesión generalizada que amenaza con lastrar al conjunto del globo»⁵⁶.

Pese a la cruda realidad, en contra de toda evidencia histórica y pronósticos, el Gobierno de Rajoy insiste en las mismas fracasadas políticas, atado al dogma de la austeridad, confiando en que el tiempo y alguna mano invisible opere el milagro, sin el menor gesto reparador de una crisis tan desigualitaria, sin empatía alguna con lo que está ocurriendo en la calle. A los que están arriba en la escala social les resulta difícil imaginar cómo es la vida de los de abajo y, cada vez más, de los de en medio. Cuando se les recuerda, bien por

⁵⁶ El foro fue organizado por el periódico *El País* y el diario brasileño *Valor Económico*. Las declaraciones de Dilma Rouseff corresponden a una entrevista realizada por J. L. Cebrian para *El País* el 18-11-2012.

escrito o saliendo a la calle a protestar –¡dos huelgas generales en un año!–, que detrás de los porcentajes o los números que manejan hay personas que sufren, lo único que se les ocurre decir es ¡pues que se se aparten!, que dan mala imagen al exterior y eso no beneficia a la «marca» España⁵⁷, esto es, a sus políticas, intereses, valores, prejuicios y preferencias. Para ellos, los buenos ciudadanos son los que se quedan en casa. Durante años, dice Stiglitz, existió un acuerdo implícito entre la parte alta de la sociedad y el resto: nosotros os proporcionamos empleo y prosperidad y vosotros permitís que nos llevemos nuestras bonificaciones; todos vosotros os lleváis una tajada, aunque nosotros nos llevamos la más grande. Ese acuerdo, que siempre había sido frágil, se ha desmoronado y los ricos se llevan la renta y la riqueza, pero no proporcionan a los demás más que angustia e inseguridad⁵⁸.

Desahucios y pensiones

Desde que comenzó la crisis un millón de familias han sido desahuciadas o han pactado el desalojo de su vivienda con las entidades bancarias, según estima la plataforma hipotecaria de Adicae, la asociación de usuarios de bancos y cajas, al mismo tiempo que estas entidades financieras acumulan decenas de miles de pisos vacíos que no son capaces de vender ni de alquilar.

«Sin embargo, no se trata de frías cifras –como dice un informe de un grupo de magistrados–, cada caso encierra un auténtico drama que lleva casi inexorablemente a la exclusión social de familias que, impotentes tras haber quedado en el

⁵⁷ Se ha puesto de moda hablar de la *marca* España, o la *marca* Barcelona. Como bien dice Rafael Argullol, hablamos del mercado como si fuera un Dios que todo lo puede, también hablamos de los seres humanos como criaturas emanadas de esa instancia todopoderosa: «No vivimos en países y ciudades –dice el filósofo– sino en el interior de marcas registradas que deben ser potenciadas en el mundo entero como cualquier negocio (...) leemos todos los días, sin inmutarnos, que los chinos son 1.200 millones de eventuales consumidores (...) El lenguaje del negocio ha invadido todas las otras esferas, de modo que la propia humanidad en su conjunto es un mero negocio» («La humanidad como negocio», 4-3-12, *El País*)

⁵⁸ Joseph Stiglitz, *op. cit.*, p. 31, Taurus, Madrid, 2012.



paro o sufrir una drástica reducción de sus ingresos, se ven incapaces de satisfacer las cuotas de unos préstamos que concertaron en época de bonanza económica (por tanto,

no con fines especulativos o por pura pretensión suntuaria), simplemente para adquirir una vivienda digna que tras el estallido de la crisis no pueden pagar»⁵⁹. Resulta muy difícil para la mayoría de la ciudadanía comprender y asumir la codicia del sistema bancario español que, pese a haber sido rescatado con dinero de todos (incluidos parados y desahuciados), se muestra implacable con quienes no pueden afrontar su deuda. Todo porque una ley que data de 1909 y privilegia de forma descarada a los bancos les ampara. Una ley que la plataforma «Stop desahucios», con el apoyo de amplios sectores de la sociedad civil, jueces y fiscales, viene exigiendo desde hace un tiempo que se cambie. No se trata de que la gente no pague sus deudas, sino de corregir los abusos que existen hoy día en su cobro⁶⁰. Si el Gobierno rescata bancos por qué no puede rescatar personas o familias. Si el Gobierno ha dictado

⁵⁹ *Propuestas en materia de endeudamiento familiar y consecuencias de la ejecución hipotecaria*; un documento elaborado por un grupo de magistrados del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) a propuesta de dicho Consejo, en el que se denuncian los abusos del sistema de desahucios español y se proponen reformas. Se habla de mala praxis de los bancos, de «comercialización irresponsable, cuando no torticera, de productos financieros complejos» y de la necesidad de flexibilizar una legislación de 1909 que deja en situación de indefensión a los deudores frente a los bancos.

⁶⁰ El problema fundamental radica en un marco jurídico que permite otorgar a los inmuebles dos valores de tasación distintos –de adquisición y de ejecución; este último más bajo, habitualmente–, que ampara un sistema de subastas muchas veces amañado que da por buenos unos intereses de demora que multiplican la deuda original, que dificulta la dación en pago y que, en definitiva, no da margen al deudor de buena fe para sortear el problema que se le ha presentado. De ahí la necesidad de ese cambio normativo por vía de urgencia. Demorarlo durante meses sería una calamidad.

más de veinte decretos legislativos en menos de seis meses, uno que proteja a los deudores hipotecarios podría aprobarse mañana mismo, y no le costaría ni un euro. Desde el 2008 se han ejecutado unos 350.000 desahucios. Las protestas y la indignación han llegado a alcanzar tales dimensiones que, por una parte, la abogada del Tribunal de Justicia Europeo ha llegado a declarar públicamente que la ley española sobre desahucios vulnera la normativa comunitaria, por lo que podría ser considerada ilegal; y, por otra, el Gobierno se ha visto obligado a tratar de acordar con el PSOE, sin éxito, alguna medida de urgencia ante el suicidio de Amaia Egaña en Baracaldo, que se ha tirado al vacío cuando iba a ser desahuciada. En la crisis de 1929 se arrojaban al vacío los banqueros, ahora son los hipotecados los únicos que se tiran por la ventana.

El Gobierno ha acabado redactando un decreto ley inspirado más por la caridad que por la justicia. Ha evitado enfrentarse a los intereses del *lobby* financiero, a pesar de su protagonismo en la gestación del drama, aprobando exactamente las medidas que sugirieron los bancos, una moratoria temporal para casos excepcionales con lo que lo único que hace es aplazar el problema a algunos pocos afectados con el agravante de que al cabo de dos años verán cómo los intereses habrán corrido a favor del banco. Si alguien no puede pagar ahora 120.000 euros, ¿cómo va a pagar 150.000 dentro de dos años? Sin embargo, con una morosidad familiar baja, del 3%, si el Gobierno quisiera, se podrían evitar prácticamente todos los desahucios de primeras viviendas sin riesgo para el sistema. La ley, que tiene un «carácter excepcional y temporal», de ninguna forma modifica la legislación hipotecaria actualmente vigente, que es precisamente lo que se está pidiendo desde los colectivos de afectados y la oposición política. La Plataforma de Afectados ha recordado que sus reivindicaciones pasan por la moratoria total de desahucios de primera vivienda, en la dación retroactiva y en la creación de un parque de alquiler social.

Aunque las medidas aprobadas por el Gobierno son un parche y no han satisfecho a nadie más que a la banca, se puede decir que la actividad de cientos de personas comprometidas con la lucha contra los desahucios ha comenzado a dar sus frutos. Una lucha que no les está saliendo gratis y que ha costado varias vidas. En estos años de movimiento, «Stop Desahucios», que se vio fortalecido principalmente tras la irrupción del 15-M, los activistas han tenido que sufrir criminalización, decenas de multas y detenciones mientras los principales partidos políticos sesteaban. Personas que han hecho valer con su lucha los derechos humanos ante una Administración secuestrada por los intereses de las entidades financieras y que ha conseguido romper la invisibilidad de los perdedores, conquistando la simpatía y apoyo de la mayoría de la población, incluidos amplios sectores de la derecha y del partido en el Gobierno. Veremos en qué queda todo al final, pues la lucha no ha hecho más que comenzar. A la espera de la sentencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea, los partidos tienen ahora la ocasión de apoyar en el Congreso la iniciativa legislativa popular (ILP) que promueven varias organizaciones sociales y políticas para acabar con una situación que irá a más en los próximos meses porque el número de parados aumenta.

En Alemania, por cierto, más de la mitad de las familias tienen su vivienda en alquiler, no en propiedad. Nuestros merkelianos podrían copiar la ley alemana. Claro, que para ello habría que copiar su marco de protección social, que complementa su marco jurídico. En Alemania si no puedes pagar las deudas te declaras insolvente. Lo perderás todo, pero al menos perderás también la deuda, cosa que aquí no sucede. Y si lo pierdes todo, recibirás un subsidio del Estado que incluye el alquiler de una vivienda. El artículo 47 de la Constitución Española se cumple en Alemania: «Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de

acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos».

Pero el drama de los desahucios no es más que uno de los muchos efectos sangrantes que está teniendo la crisis. El Gobierno conservador esperó a que transcurrieran las elecciones en Galicia, Euskadi y Cataluña para despejar la duda sobre la última gran promesa electoral que en materia económica le quedaba por incumplir, las pensiones. Cruzó la última línea roja al saltarse la ley y decidir la no revalorización de las pensiones de acuerdo al Índice de Precios al Consumo. Las inferiores a 1.000 euros subirán el 2013 un 2%, y el resto, un 1% pese a que la inflación roza el 3%. El pensionista medio dejará de cobrar 436 euros al año, 550 euros en Euskadi al ser las pensiones más altas del Estado. Los afectados perderán 1,9 puntos de poder adquisitivo, esto es, en menos de un año de Gobierno conservador, más que en toda la etapa del Gobierno de Zapatero, que, tras experimentar las pensiones mínimas una fuerte subida durante los primeros siete años de casi el 50%, la decisión de congelar las contributivas en 2011 hizo que se comiera toda la ganancia y que el saldo final fuera negativo de 1,2 puntos. La medida, que afecta a más de 8 millones de personas, tiene mayor gravedad cuando una buena parte de los pensionistas se han convertido en el sustento principal de miles de hogares.

Dos meses antes, en una entrevista en televisión, Rajoy afirmaba: «Si algo no tocaré, serán las pensiones, porque es el más indefenso y no tiene una segunda oportunidad», y «por eso, es la única partida del presupuesto que no he tocado ni pienso tocar en los próximos tres años». Los populares se defendieron diciendo que ellos por lo menos subieron un poco las pensiones, aunque ciertamente no conforme con el IPC, pero no las congelaron como lo hizo Zapatero. Pero si en lugar de hacer politiquería se hacen los números, a los pensionistas les hubiera salido más rentable una congelación en 2013 con una paga por los 1,9 puntos de poder adquisitivo perdido en 2012 y la subida compensatoria consolidable por

ese 1,9% que la solución del Gobierno de Rajoy: dejar a los pensionistas sin esa paga, saltarse la revalorización del 1,9% y ofrecer unas subidas para 2013 del 1% o el 2%, que no se sabe de acuerdo con qué IPC se revisarán.

El Gobierno, con esta decisión, además de volver a mentir a la sociedad, aumenta su castigo a quienes más están sufriendo el embate de la crisis, mientras, al mismo tiempo, insiste en beneficiar a los sectores más poderosos. Precisamente el mismo día que el Gobierno decidía no actualizar las pensiones en relación con la carestía de la vida, concluía el plazo de los defraudadores para acogerse a la inmoral amnistía fiscal y se anunciaba por parte del Ministerio de Hacienda la creación de un impuesto estatal a la banca a tipo cero sobre depósitos de clientes para evitar que las comunidades autónomas pudieran aplicar uno propio, como lo venían haciendo Extremadura, Canarias y Andalucía. Este apoyo descarado del Gobierno del PP a los ricos delincuentes defraudadores –de los 2.500 millones que esperaban solo recogieron 1.200– y al sistema financiero con la invención del impuesto cero para que a nadie se le ocurra tocar a la banca, contrasta con el trato que reciben nuestros mayores cuando ven cómo se les rebajan sus pensiones ganadas en una larga vida de duro trabajo o con la decisión del Gobierno del Estado de dejar de pagar a la Seguridad Social las contribuciones de 145.000 personas que cuidan a otros tantos ancianos. Es imposible pedir sacrificios colectivos o pedir esfuerzos al conjunto de la sociedad para encontrar una salida consensuada a la crisis cuando el reparto de aquéllos no está siendo equilibrado, cuando los que más se beneficiaron de los años buenos, de los años del *boom*, no son precisamente quienes más están contribuyendo en las horas bajas de la economía.

Según estudios solventes, los ingresos al Estado derivados de la carga impositiva de lo que la literatura sociológica definiría como clase trabajadora y clases medias, a lo largo del periodo 2006-2011, se han mantenido o han aumentado. Si analizamos qué ha pasado con las rentas derivadas del capital y de sus diferentes componentes, tales como capital

financiero (bancos, compañías de seguros y compañías de alto riesgo, entre otros), capital industrial (grandes corporaciones multinacionales) o capital de servicios (empresas de *marketing* y asesorías, entre otras), vemos que los ingresos al Estado han bajado de una manera muy acentuada, casi espectacular (-68%), pasando de 41.675 millones de euros a 13.383 millones. En otras palabras, el Estado ha dejado de ingresar 28.292 millones de euros. Durante el periodo de la crisis, 2007-2011, las empresas financieras, industriales y de servicios (el capital) declararon 851.933 millones de euros de beneficios, por los cuales tributaron 101.421 millones, es decir, un 11,9%. Si hubieran pagado el 28,5%, que es lo que la Agencia Tributaria considera como el tipo nominal medio, el Estado hubiera ingresado 242.801 millones de euros, es decir, 141.380 millones de euros más, unos 35.000 millones de euros más anuales, que es, por cierto, la cifra de recortes de gasto público que los sucesivos Gobiernos han estado exigiendo a la población. Es más, si las rentas del capital se gravaran como las rentas del trabajo a la mayoría de la clase trabajadora que está en nómina, la cantidad de 35.000 millones ascendería a muchos millones más⁶¹.

Instituciones públicas y partidos políticos en caída libre

Los de arriba han roto los lazos emocionales con las clases medias y trabajadoras, y ya no se ven compartiendo un futuro común. Habría que recordarles que Adam Smith habló de la importancia del «principio de simpatía», de esa capacidad de identificarse con los sentimientos ajenos, de incorporar en el comportamiento económico la felicidad o el bienestar de los demás, el «interés en el otro», algo que los que se tienen por sus más fieles discípulos no han reparado ya que sólo han debido leer las partes que les interesan o les gustan de su obra. Los «otros» les son ajenos. Si las familias pobres que lo están pasando mal aglutinan la simpatía de la mayoría, los de arriba suscitan una indignación creciente.

⁶¹ Viçen Navarro, «El expolio social del que no se habla», *Público.es*, 6-12-12.

Mientras el capitalismo desregulado e irresponsable ha sido un fracaso estrepitoso, su ideología sigue viva. Así lo expresa Pascual-Ramsay cuando afirma: «Es cierto que la UE sigue inexplicablemente colonizada por una política económica neoliberal que la crisis ha desacreditado y que las desastrosas políticas de reducción del déficit, que toda evidencia empírica muestra son suicidas en una recesión de endeudamiento como la que vivimos, nos están llevando a una tercera recaída económica» y añade: «Pero nada de lo que le estamos pidiendo a Europa nos sacaría de nuestro agujero particular. El problema es la falta de dinamismo de nuestra estructura económica y no la falta de estímulo, que, aunque sí evitaría que las cosas fueran a peor, apenas generaría crecimiento⁶²». La economía española no puede responder, por sí sola, a la primera condición para recuperar el crecimiento, que es estabilizar el diferencial de la deuda. La recesión se está agravando y ello aumentará la desconfianza en la deuda, la presión de los mercados y la urgencia de una intervención, sea la del BCE, que es la inmediatamente posible, o la de los fondos de rescate europeo. Como dice Stiglitz: «El déficit no ha provocado la recesión, es la recesión la que ha causado el déficit. Solo si se vuelve a crecer, el déficit bajará, pero las políticas de austeridad que impone el BCE están matando el crecimiento, por lo que el déficit sigue sin mejorar (...) Eso de que los de abajo han de apretarse el cinturón para que la máquina vuelva a empezar es, sencillamente, mentira»⁶³. La encrucijada de España está en que sin crecimiento no hay creación de empleo; sin empleo no hay consumo; sin consumo no hay ingresos; sin ingresos hay más déficit; con más déficit se encarece la financiación. Si a la política económica seguida por el Gobierno conservador de Rajoy (en solitario, a golpe de decreto y abusando de una mayoría absoluta conseguida en unas elecciones con un programa que ha desmentido en

⁶² Ángel Pascual-Ramsay, *España debe salvarse a sí misma*, director of Global Risks en el ESADE Center for Global Economy and Geopolitic, *El País*, 16-07-2012. Coautor del libro *¿Qué nos ha pasado? El fallo de un país*, Galaxia-Gutenberg/Círculo de lectores, 2012.

⁶³ *El Periódico.com*, 18-9-12.

su totalidad nada más llegar al Gobierno), escorada hacia el lado de la reducción del gasto en detrimento de la reactivación económica, añadimos las profundas limitaciones de quienes desde otras instancias de poder mantienen un discurso alternativo (los diversos partidos de la oposición, sindicatos, etc.), sin que se materialice en propuestas concretas, incapaces de articular algo que vaya más allá de la protesta y el rechazo momentáneo, el círculo infernal se cierra. En estas circunstancias, no será difícil que España pase del rescate parcial al total, como está ya sucediendo en su interior con muchas de las comunidades autónomas. Si esto llega a suceder, no saldrá gratis, y todos sabemos quién pagará una vez más la factura: los que se sitúan en el medio de la sociedad y los de abajo.

Mientras tanto, la indignación y las protestas en la calle crecen teñidas de un rechazo institucional y un sentimiento antipolítico creciente y preocupante. En una u otra medida todas las instituciones representativas que encarnan los poderes del Estado han sufrido un generalizado descrédito por parte de la opinión pública. Tanto los partidos políticos, el Gobierno, como el Consejo General del Poder Judicial, el Tribunal Constitucional, la Confederación de Empresarios, los sindicatos o la Monarquía, han sufrido una pérdida de legitimidad que erosiona la totalidad del sistema político institucional. De ser parte de la solución, las instituciones y los políticos son cada vez más vistos como parte sustancial del problema, capturados por intereses propios, de partido y/o especulativos y financieros, alejados del bien común. Los frecuentes casos de corrupción política, las amistades peligrosas entre banqueros y políticos, puesta de manifiesto por episodios de crisis bancarias como el de Bankia o el de los desahucios, han abonado una creciente desconfianza y producido un fuerte desapego de la ciudadanía por la política y las instituciones⁶⁴. Y, sin embargo, lo paradójico es que

⁶⁴ Ver Antón Costas, «Amistades peligrosas», *El País*, 3-6-2012. «La causa principal de lo que nos está pasando –dice Costas– son las relaciones incestuosas que se fueron creando a lo largo de las últimas décadas entre banqueros y políticos. Esas relaciones se han convertido en amistades peligrosas cuyas consecuencias estamos pagando, de formas diversas, todos los ciudadanos». Lo que ha habido

estando en la política el origen del problema sólo puede ser la política la que corrija el rumbo. La política es la respuesta a cómo vivir juntos, a cómo queremos vivir juntos. Pero, para recuperar la credibilidad, la política necesita de autocrítica y atender urgentemente la mayoritaria demanda social de cambios en profundidad del sistema político e institucional para que sea más democrático, transparente, participativo y eficaz. Se necesitan cambios constitucionales importantes. La ruptura entre representantes y representados ha llegado a un punto que ya no basta con la alternancia política. Es urgente crear unos *contrapesos* institucionales que controlen y supervisen las instituciones políticas y a sus miembros para que actúen con mayor honradez. Se necesitan organismos contra la corrupción, independientes y eficaces. Dotar a los votantes y a la ciudadanía de mayores y mejores cauces de participación. Los partidos tienen que democratizarse y pactar una nueva ley electoral que acabe con las listas cerradas, logre una mayor proporcionalidad y ponga fin al bipartidismo. Dicho en dos palabras, para corregir la erosionada legitimidad de la política se necesita una verdadera regeneración democrática, de la que que tanto se habla últimamente, pero que no acaba de iniciarse.

Recientemente los profesores Daron Acemoglu y James A. Robinson han publicado un libro titulado *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, en el que tras más de 15 años de investigación han llegado a la conclusión clara de que lo que más influye en la prosperidad de un país no es el clima, la geografía o la cultura, sino las instituciones públicas. Son los líderes de cada país quienes determinan con sus políticas la prosperidad de su territorio, y así ha ocurrido en todos los períodos de la historia, como fundamentan en su estudio. Para los autores, la solución pasa por transformar las instituciones extractivas (aquellas en las

en estos años es una excesiva cohabitación entre la política y la economía. Lo que se conoce como puerta giratoria. Un continuo trasvase entre el poder político y las grandes corporaciones. De políticos, presidentes, vicepresidentes, ministros, algún *lehendakari*, que han acabado de altos ejecutivos en grandes corporaciones o firmas.

que se benefician unos pocos a costa del sacrificio de los demás y conducen al estancamiento y la pobreza) en inclusivas (aquellas que permiten que prospere toda la población y allanan el camino a dos factores que tienen que ver con el crecimiento: la tecnología y la educación)⁶⁵.

La respuesta a la profunda crisis económica –pero también política, institucional y de valores– no puede ser el apoliticismo, el practicar el *laissez faire, laissez passer*, de tan malas consecuencias en la esfera económica. No basta con indignarnos y exigir responsabilidades, hace falta también que nos hagamos cargo de cuanto esté en nuestras manos, de comprometernos políticamente, de actuar como ciudadanos críticos y constructivos por un cambio que inevitablemente habrá de ser parte de otro más amplio en el ámbito de la Unión Europea. Una Unión que no es tal y que –entre otras cosas– ha desprovisto a sus miembros de soberanía monetaria, sin arbitrar mecanismos ni compensarlos en caso de crisis.

Un ejemplo de que el salto de la protesta a la propuesta



da sus frutos lo tenemos en el movimiento «Stop desahucios», que ha logrado el apoyo de la mayoría de la sociedad forzando a que se impliquen, al final de una larga presión y lucha, los grandes partidos, iniciándose así cambios –aunque aún limitados– en una legislación injusta.

Esta victoria del 15-M prueba que con objetivos concretos y decisión cívica se pueden conseguir cambios sociales. La activista y

⁶⁵ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, pp. 500-509, Deusto, Barcelona, 2012.

portavoz de la Plataforma de Afectados (PAH), Ada Colau, lo expresaba de la siguiente forma: «Se trata de creer en nosotros mismos e, igual que ha sucedido en tantas otras ocasiones a lo largo de la historia, forcemos cambios radicales que hasta ayer parecían imposibles. De lo que estoy más convencida es de que está en nuestras manos».

Una de las grandes mentiras que desde el Gobierno, la prensa, radios, televisiones y economistas que les son afines vienen difundiendo con descarado cinismo, es la de que se está llevando a cabo la única política económica posible, de que no existe alternativa mejor o más equitativa, como si la economía fuera una ciencia exacta, como si los políticos y las políticas económicas que impulsan fueran neutrales o estuvieran en un limbo por encima de los distintos intereses económicos que cruzan toda sociedad, al margen de los distintos valores y preferencias políticas.

España aparece agotada, sin ideas ni rumbo, sin plan de futuro más allá de años de ajustes inacabables. El Gobierno conservador de Rajoy, obsesionado con la política de austeridad, del corto plazo, no ofrece un proyecto común estimulante, ni en el plano económico, ni en el político institucional y territorial. La responsabilidad, en el económico, es seguramente compartida con las autoridades europeas, cuya terquedad y torpeza con la que están gestionando la crisis es manifiesta y pasará a los manuales de la historia económica y financiera.

8.- Crisis del pensamiento económico dominante

En noviembre de 2008, la reina Isabel II, cuando visitó la London School of Economics –cuyo departamento de Económicas es uno de los más prestigiosos del mundo–, les hizo una pregunta obvia «¿Por qué nadie anticipó esta grave crisis?». Meses más tarde se celebró un seminario en Londres para dar una respuesta a su Majestad. Eminentes economistas firmaron una carta que concluía: «El no prever el momento, el alcance y la gravedad de la crisis... ha sido principalmente un fallo de la imaginación colectiva de muchas personas brillantes», y que era «difícil recordar un ejemplo mejor de optimismo combinado de arrogancia» (*Observer*, 26 de julio de 2009). El diagnóstico resultó ser más una disculpa que una explicación del por qué del fallo de la imaginación de los economistas en el poder. De hecho, algunos economistas sí alertaron sobre la crisis, pero como dice uno de ellos, Stiglitz, Nobel de Economía en 2001: «Sus terribles pronósticos eran una verdad incómoda: demasiada gente estaba ganando demasiado dinero como para que se oyeran tales advertencias»⁶⁶. Por otro lado, una vez más se ha comprobado que la ortodoxia económica, aunque reconoce las imperfecciones del sistema de mercado, no está intelectualmente predispuesta a anticipar un desequilibrio extremo y persiste en su lealtad a la *mano invisible* y a la creencia en la capacidad del mercado para autocorregirse en el largo plazo, sigue imbuida de una concepción demasiado estrecha de lo humano, muy poco sensible a las dimensiones sistémicas y sociales de la realidad económica. Las teorías

⁶⁶ Joseph E. Stiglitz, *op. cit.*, p. 66, Santillana, Madrid, 2011.

que defendían la eficacia de los mercados financieros pasaron a ser la doctrina intelectual dominante del momento. Estas teorías se basaban en supuestos inverosímiles sobre el comportamiento de los especuladores y los inversores: en lo racionales y previsores que eran y en todo lo que contribuían al progreso económico. Ofreció la falsa seguridad de un futuro estable y prometedor. Contribuyó así a desarmar a Gobiernos y agentes económicos, y a eliminar todas las cautelas frente a los riesgos y la incertidumbre. Las oleadas de crisis financieras que golpearon a los países que se habían puesto a merced de los mercados de capital internacionales produjeron de hecho graves daños. Entre 1970 y 2008 un análisis contabilizaba 124 crisis bancarias, 208 crisis monetarias y 63 crisis de deuda soberana. Con esta experiencia –a la que habría que añadir la acumulada en más de tres siglos de existencia del sistema capitalista– nada de lo que está sucediendo a partir del 2008 debería sorprendernos. Como dice Stiglitz: «La única sorpresa es que resultara una sorpresa para tanta gente»⁶⁷. Menos para todos los taxistas de Miami que –como contaba un economista americano– podían describir a sus clientes con gran exactitud las características de la burbuja inmobiliaria que se empezó a formar a partir de mediados de los años 2000.

En *Breve historia de la euforia financiera*, J. K. Galbraith analiza las burbujas especulativas y repasa las principales estafas financieras de los últimos siglos, explica cómo en todos los casos se dan unos rasgos comunes que se repiten desde la burbuja de los tulipanes de 1630 en Holanda y que el autor predice seguirán produciéndose en el futuro (el libro fue escrito en 1990). Galbraith, en este lúcido análisis sobre la irracionalidad de los mercados financieros, pide cautela, sentido común y nos alerta para no caer en las trampas de siempre: ambición de ganar dinero rápido, endeudamiento excesivo, especulación desorbitada, euforia, ceguera, pinchazo y pánico. Galbraith murió en 2006, a las puertas del inicio de la actual crisis. No pudo ver el acierto de sus predicciones y el fracaso de sus lecciones que se podrían resumir en su afirmación: la

⁶⁷ J. Stiglitz, *ibíd.*, pp. 39-40, Santillana, Madrid, 2011.

memoria sobre los desastres financieros y sus causas no dura más de una generación, tras la cual se vuelven a cometer los mismos errores. Para el viejo profesor, «el capitalismo lleva en su seno las semillas del deterioro recurrente»⁶⁸.

Siempre que el capital ha podido moverse con libertad por todo el mundo, ha producido lo que el Nobel Charles Kindleberger, especialista en Historia económica, ha llamado «manías, pánicos y cracs». Esta crisis es la sucesión de muchas estafas, la estafa de la difusión de hipotecas basura, la estafa del papel que jugaron las agencias de calificación al decir que esas hipotecas eran buenas, la de los bancos centrales y las agencias de supervisión que miraron para otro lado, la de que ayudar a los bancos iba a servir para que aumentara el crédito, han sido una estafa todas las reformas financieras que se han hecho, así como que se haya querido convertir la deuda privada que han creado los bancos en deuda pública. Todo ha sido una estafa continuada. Es difícil entender por qué no se sacan las conclusiones lógicas de una historia saturada de burbujas especulativas y estafas financieras con consecuencias desastrosas. Puede que haya habido una falta de memoria financiera, una ceguera ante el desastre, también, por supuesto, una codicia ilimitada, efectos de contagio y un fracaso de la regulación; pero todo esto no habría sido posible si no hubiera estado sustentado en una ideología y en un pensamiento económico faltos de realismo, hoy ampliamente cuestionados.

Las teorías económicas forman escuelas con sus seguidores, epígonos, críticos, exegetas; la matriz teórica, que a su vez es producto de muchos trabajos e ideas anteriores, crea y desarrolla corrientes que van a dar nombre a otras escuelas. Así fue con la economía clásica de Adam Smith, a la que le sucedió el ricardianismo, los socialistas ricardianos y los neoclásicos (John S. Mill, Marshall, Walras...) como los principales exponentes y críticos. Con la economía marxista, inspirada en la obra de Karl Marx, a la que le sucedió

⁶⁸ J. K. Galbraith en *Breve historia de la euforia financiera*, p. 20, Ariel, Barcelona, 2011.

el leninismo, el luxemburguismo, R. Hilferding, P. Sraffa, M. Dobb, O. Lange, P. Sweezy, P. Baran, C. Bettelheim, E. Mandel, Gunder Frank, I. Wallerstein, entre otros. Lo mismo sucedió con Keynes y su *Teoría general*, que dio origen a los keynesianos ortodoxos, a los poskeynesianos, a los neokeynesianos, a la síntesis neoclásica, a la nueva economía keynesiana. Por último, la escuela monetarista liberal, más conocida como la Escuela de Chicago, que a partir de la década de 1950 se identificó con Milton Friedman y que, junto con la escuela austriaca de Mises y Hayek, nacida en los años veinte, con sus coincidencias y diferencias con la anterior, ha ocupado el centro del pensamiento económico en las últimas décadas. Su fe en el libre mercado, cuenta Stiglitz de Friedman, se basaba más en una convicción ideológica que en el análisis económico: «Recuerdo mis largas discusiones con él sobre las consecuencias de la información imperfecta o sobre los mercados de riesgo imperfecto; mis propios trabajos y los de numerosos colegas habían demostrado que, en esas condiciones, normalmente los mercados no funcionaban bien. Friedman no era capaz o no quería comprender esos resultados. No podía refutarlos (...) Friedman creía que la economía, por sí sola, permanecería en el pleno empleo, o próxima a él. Cualquier desviación se corregiría rápidamente, siempre y cuando el Gobierno no metiera la pata. A juicio de Friedman, la Gran Depresión no fue un fracaso del mercado, sino un fracaso del gobierno»⁶⁹.

La doctrina dominante en la política y en la llamada *ciencia económica* durante estos 30 últimos años ha sido la predicada por los fundamentalistas del mercado, la de los neoliberales. Un nuevo dogmatismo económico conservador, una doctrina fundada en la admiración acrítica por los mercados sin restricciones, el desprecio del sector público y la ilusión falsa del crecimiento infinito. Es este sistema de creencias el que nos ha llevado a la crisis financiera de 2008, dejando en evidencia la falsedad e impostura de paradigmas y principios que hasta la fecha se tenían por inmutables. En el centro de la

⁶⁹ Joseph Stiglitz, *op. cit.*, pp. 322-323, Taurus, Madrid, 2012.

crisis que atraviesa el pensamiento teórico económico están las hipótesis del comportamiento económico, desarrolladas por los economistas neoclásicos y llevadas al extremo hace treinta años por la Escuela de Chicago, de las *expectativas racionales*, la *teoría del ciclo económico real*, la teoría de la *eficiencia de los mercados* o los modelos de evaluación de riesgo, cuyos inventores han ganado premios Nobel. Estas teorías parten de la falsa creencia de que si los agentes económicos supuestamente poseen información perfecta sobre todas las contingencias posibles, nunca podrían suceder crisis del sistema, excepto como resultado de accidentes y sorpresas más allá del alcance de la teoría económica. Su carácter predictivo ha resultado ser una falacia porque no se ajustaban al funcionamiento real de la economía y de los agentes económicos. La idea básica es que, en ausencia de restricciones, las fuerzas del mercado tienden a ajustarse de modo eficiente hacia el equilibrio. Con ello se trataba de demostrar la inutilidad de la interferencia de los Gobiernos en los procesos del mercado, e incluso el daño que ésta podía causar. Asimismo, se creía haber encontrado la respuesta al sueño del planificador central, socialista.

Tal y como ha planteado de forma aguda Robert Skidelsky, el principal biógrafo de Keynes, no es fácil comprender por qué un mundo en el cual el futuro se conoce a la perfección —es decir, el mundo de las expectativas racionales— necesita mercados financieros, puesto que en un mundo así no existen los riesgos. Cualquier transacción se realiza a un tipo de interés carente⁷⁰ de riesgo. Como han señalado algunos críticos, la argumentación que utilizaban Von Mises y su discípulo Von Hayek en 1945 para demostrar la imposibilidad de la planificación socialista puede ser aplicada a la idea de las expectativas racionales. Nadie puede reunir toda la información necesaria para adoptar una decisión óptima. Ni el planificador es omnisciente ni tampoco el agente económico individual que se enfrenta a la complejidad del mundo de intercambios. El problema de la economía dominante es que acabó creyén-

⁷⁰ Robert Skidelsky, *El regreso de Keynes*, p. 58, Crítica, Barcelona, 2009.

dose que el mundo real era como explicaban dichos modelos teóricos extremos, en vez de haberlos tomado como lo que eran, simples ejercicios de especulación teórica de los que se podría obtener algún provecho⁷¹.

Hay un chiste muy popular entre los economistas que según Anatole Kaletsky nos dice más sobre las causas y consecuencias de la crisis que cualquier estudio de Wall Street: Un economista, un químico y un físico naufragan en una isla. Su único alimento es una lata de frijoles, pero no tienen abrelatas. ¿Qué harán? El físico dice: «Pongamos la lata al sol, podría fundirla y hacer un agujero». «No», dice el químico. «Deberíamos verter agua salada en la tapa, podría oxidarla». El economista interrumpe: «Están malgastando el tiempo con esas ideas complicadas. Presumamos que tenemos un abrelatas». Si algo le ha faltado a la teoría económica dominante es realismo; los supuestos que utilizaba para explicar la realidad eran tan falsos como la existencia del abrelatas. La propensión, dice Kaletsky, de la teoría económica moderna por asunciones injustificadas y excesivamente simplificadas permitió a políticos, reguladores y banqueros creerse el mundo imaginario de la ideología fundamentalista del mercado, en la cual la estabilidad financiera es automática, el desempleo involuntario es imposible y eficiente, los mercados omniscientes pueden resolver todos los problemas económicos, si tan sólo el Gobierno se mantiene al margen⁷².

Los mercados liberalizados y desregulados no han bajado de forma eficiente, sino todo lo contrario. Si fueran eficientes, nunca habría habido burbujas. No es verdad que «el mejor Gobierno es el que menos gobierna». En todos los países «exitosos», incluido Estados Unidos, el Gobierno ha tenido un papel determinante en el «éxito». Quienes difundieron estas fatales creencias en el mercado, el Estado y el

⁷¹ Xosé Carlos Arias y Antón Costas, *La torre de la arrogancia. Políticas y mercados después de la tormenta*, p. 146, Ariel, Barcelona, 2012.

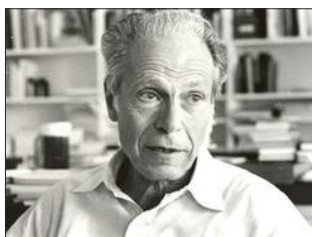
⁷² Anatole Kaletsky, «Los beneficios del fin del desbarajuste económico», en *Economía y Finanzas*, 30-06-10.

futuro, han anunciado dogmas de fe y defendido intereses bien concretos, que estaban más allá del bien común.

Zorros y erizos

El filósofo liberal Isaiah Berlin, en su ensayo sobre el pensamiento de Tolstói, diferenciaba entre dos clases de pensadores, de seres humanos en general, valiéndose de un antiguo verso que se atribuye al poeta griego Arquíloco, que dice: «El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante»⁷³. Para Dani Rodrik, uno de los economistas más influyentes e innovadores en la actualidad, esta diferenciación capta muy bien la división dentro de la economía entre los erizos, que tienen una idea central —que liberalizar los mercados es siempre la solución correcta (la «gran idea»)— y no se fijan en las complicaciones ni en las excepciones, o las adaptan para que encajen en su visión del mundo, y los zorros, que creen que los detalles son vitales y las complicaciones del mundo real requieren un enfoque que sea mucho más precavido y sensible al contexto. Los zorros ven la economía demasiado impura para que las políticas ideales de los erizos sean siempre las más adecuadas. Rodrik afirma que se puede ver ante qué clase de economista estamos por su tipo de respuesta cuando tiene que tomar una decisión de política económica: «De forma instintiva, el economista erizo aplicará el análisis más simple de manual al asunto en cuestión (...) casi automática: elimina la barrera o la intervención gubernamental y la economía irá mejor». En cambio, los economistas zorros tienden a ver toda clase de complicaciones, lo que hace que las respuestas de manual sean incompletas. «En su mundo —dice Rodrik—, la realidad económica está llena de imperfecciones del mercado, no pueden separarse limpiamente la equidad y la eficiencia, la gente no siempre se comporta de modo racional (...). Una

⁷³ Isaiah Berlin, «El erizo y la zorra», p. 39, Muchnik, Barcelona, 1998. En *Conversaciones con Isaiah Berlin*, de Ramin Jahanbegloo, p. 266, Berlin le comenta que, aun siendo una clasificación poco exhaustiva y muy simple, como toda clasificación arroja luz sobre algo. También señala que «hay quien no es ni erizo ni zorro, hay quien es ambas cosas».



J. M. Keynes,
A. Hirschman,
J. Stiglitz,
P. Krugman

intervención del gobierno puede mejorar de muchas formas los resultados del mercado (...). El economista erizo respaldará su postura argumentando que las soluciones del mercado son el mal menor si se compara con

las intervenciones de los Gobiernos. Aquí es donde la batalla adopta un cariz intencionadamente ideológico. Incluso si los mercados tienen tendencia a fallar, dirá el erizo, los gobiernos lo harán todavía peor». Para el profesor de Harvard «las economías de mercado modernas necesitan una amplia gama de instituciones que las apoyen, muchas de ellas proporcionadas por el Estado. Si los erizos tuvieran razón, las economías de mercado modernas no habrían prosperado; serían disfuncionales»⁷⁴.

Los erizos en Europa han convertido el control del déficit en la idea central y principio dominante de la política económica para superar la crisis. Frente a esta elección, EE UU optó por mantener las políticas de estímulo, donde las políticas monetarias y fiscales han sido más variadas y obtenido unos resultados mejores. El resultado, cuatro años después, es que la recuperación se observa en todas las economías del mundo, salvo en Europa. Con su pensamiento simple y monista, los erizos españoles y europeos capitaneados por los alemanes, pretenden reducir la complejidad de la realidad a una sola dimensión, considerando que a esta la mueve una única fuerza. Pretenden resolver la crisis con un único remedio, la auste-

⁷⁴ Dani Rodrik, *La paradoja de la globalización*, pp.132-141, Antoni Bosch editor, Barcelona, 2011.

ridad. Su fracaso está a la vista. Ninguno de los problemas económicos ha mejorado con la aplicación de esta política. En la periferia europea su aplicación ha sido brutal, sin más objetivo que el puro y duro recorte del déficit, resintiéndose de manera muy acusada partidas fundamentales del Estado de bienestar como la sanidad y la educación –al final paganos de los excesos financieros o inmobiliarios– y otras como la formación de los trabajadores, la inversión en ciencia, etc., claves para el crecimiento de la economía en el largo plazo.

De la misma forma que el estímulo sin freno provoca desequilibrio, la austeridad sin un estímulo adecuado resulta letal. ¿Austeridad o estímulo?, ¿Mercado o Estado? Son falsas disyuntivas. Nos lo vienen advirtiendo zorros expertos economistas. En lugar de pensar en una única «idea central» para la política económica que se mantenga de un modo indefinido en el tiempo, resulta mucho más fructífero, como decía Albert Hirschman, entenderla de un modo no dogmático, cambiante, adaptativo, incluso secuencial⁷⁵.

En opinión de Rodrik, Keynes era un zorro y Stiglitz el mayor de entre los economistas actuales. Stiglitz es una de las voces más críticas con el FMI y el fundamentalismo de mercado. Fue asesor de Bill Clinton y desde entonces se erigió en martillo de George Bush, y ahora de Barack Obama, supuestamente más cercano a sus coordenadas ideológicas, a quien ha criticado por su excesiva cercanía a Wall Street y haber hecho demasiado poco para cambiar una forma de entender el capitalismo que llevó a EE UU a la debacle. Stiglitz ha sido implacable con la desregulación financiera y uno de los pocos economistas que vieron venir la mayor recesión de las últimas décadas, que atribuye sobre todo a los excesos de la banca: «Los sabios escribieron que la memoria financiera dura 10 años; los bancos y los mercados nos dijeron que eso se había acabado, y después afirmaron que esta era una

⁷⁵ Xosé Carlos Arias y Antón Costas, *op.cit.*, p. 358, Ariel, Barcelona, 2012. Ambos autores invocan en su estudio las enseñanzas de Hirschman y califican la crisis, además de como keynesiana (por situar en el centro de la agenda algunas cuestiones típicas del keynesianismo original) y shumpeteriana (por su elemento de destrucción creativa), como una crisis de características hirschmanianas.

crisis que ocurre una vez cada siglo, cuando en realidad es la constatación de que los sabios tenían razón: las crisis llegan puntualmente cada 10 años»⁷⁶. La codicia es más fuerte que la memoria.

R. Skidelsky, refiriéndose a la actual crisis económica, culpa a los economistas (más que a los banqueros) porque «ellos establecieron el sistema de ideas que aplicaron banqueros, políticos y reguladores», especialmente a quienes continúan siendo seguidores de la Escuela de Economía de Chicago, «que han estado a punto de destruir nuestro mundo»⁷⁷. Pero, por otro lado, también señala que «la crisis revela un vacío ideológico y teórico donde solía estar el desafío de la izquierda. El capitalismo ya no tiene un antagonista mundial». Tema que merece una reflexión en profundidad y que excede el objetivo fijado en este trabajo⁷⁸. No le falta razón a Skidelsky cuando señala que ha habido tres tipos de fracaso. El primero institucional: los bancos se transformaron de empresas públicas en casinos y lo hicieron porque ellos, sus reguladores y los políticos que están por encima sucumbieron ante algo denominado *hipótesis del mercado eficiente*, esto es, la visión

⁷⁶ Entrevista en *El País*, 18 de abril del 2010.

⁷⁷ «La traición de los economistas», *La Vanguardia*, 4-7-2009.

⁷⁸ Hoy se pueden encontrar un cierto número de autores y estudios buenos sobre la crisis de la izquierda y las causas de este vacío, la mayoría centrados en la socialdemocracia. En estas páginas han aparecido citados algunos como el considerado socialdemócrata más lúcido de la última década, Tony Judt. Lo que resulta más difícil es encontrar buenos trabajos sobre la izquierda alternativa contestataria, sobre sus ideas (actitudes subyacentes, inclinaciones intelectuales, lenguaje, universo cultural) y evolución ideológica. En mi opinión, actualmente uno de los que mejor suple esta carencia explicativa de una forma intelectualmente exigente y moralmente limpia es Eugenio del Río, también citado en estas páginas. Un *observador-participante*, como él mismo se define, procedente de las primeras hornadas de los años sesenta de esa izquierda alternativa. El último libro que acaba de publicar, *De la indignación de ayer a la de hoy. Transformaciones ideológicas en la izquierda alternativa en el último medio siglo en Europa occidental* (Talasa, 2012), contiene, por una parte, numerosas claves y reflexiones críticas y autocríticas que pueden ayudar a entender ese vacío ideológico y teórico del que nos habla Skidelsky y, por otra, elementos suficientes, como dice el propio Eugenio del Río al final de un epílogo centrado en el 15-M, para que «acertemos a convertir la conciencia de los errores pasados y de las limitaciones actuales en voluntad de superación, y que pueda llegar a cuajar un ámbito ideológico de izquierda inconformista, riguroso, exigente y eficaz» (p. 227).

de que los mercados financieros no podían equivocarse al fijar el precio de los activos y necesitaban poca regulación. Detrás de la idea del mercado eficiente estaría el segundo fracaso, el intelectual, el fracaso del pensamiento económico dominante y, por último, el fracaso moral, «la adoración del crecimiento económico como un fin en sí mismo, más que como modo de alcanzar la *vida buena*». Una «degradada noción de bienestar económico, medido en términos de la cantidad de bienes. Esta laguna moral explica la aceptación acrítica de la globalización y de la innovación financiera, y la santificación de toda práctica que conduzca a la riqueza como prioridad sobre cualquier otra inquietud humana»⁷⁹. Suele ser un argumento corriente entre teóricos liberales, financieros y economistas, entre otros, considerar a la economía separada de la moral. De verla como algo dañino cuando se la introduce en la esfera económica. Los mercados no poseen un carácter moral intrínseco pero sí quienes los gestionan y dirigen. Tendrían que recordar que el padre de la economía política, Adam Smith, por quien suelen profesar una gran admiración, era profesor de filosofía moral y que no estaba en su filosofía económica eximir a los agentes del mercado de tener que plantearse cuestiones morales.

⁷⁹ Robert Skidelsky, *op. cit.*, pp.195-196, Crítica, Barcelona, 2009.

9.- El futuro del capitalismo

A raíz de la crisis, la pregunta que se han hecho casi todos los expertos es si nos encontrábamos ante una crisis más, dentro de los grandes ciclos económicos que alternan la bonanza con la depresión, o se trataba de algo de mayor alcance. La afirmación de que estamos ante la peor crisis financiera desde la Gran Depresión de 1930 ha sido ampliamente compartida. A este diagnóstico le han dado carta de naturaleza publicaciones que pasan por ser Biblias del capitalismo, como *The Economist*, *Fortune*, *Business Week* o *Financial Times*. Hay expertos que piensan que esta crisis puede desembocar en un apocalipsis si las autoridades monetarias no dan con la solución adecuada. En las filas de la élite capitalista hay una cierta inquietud de que la crisis financiera combinada con la codicia desacredite gravemente el sistema.

El *Financial Times*, conocido como el diario de los financieros, en medio del debate sobre el futuro del sistema capitalista suscitado por la constatación definitiva de la importante crisis que por entonces ya afectaba a la economía internacional, publicó durante 2009 toda una serie de artículos de opinión de especialistas en el tema bajo el título *The Future of Capitalism*. Martin Wolf, editor de economía del periódico británico y prominente defensor de la globalización y el capitalismo de mercado, abrió el debate de la siguiente forma: «Otro Dios ideológico ha caído. Los supuestos que han gobernado las políticas y la política en las últimas tres décadas súbitamente parecen tan pasados de moda como el socialismo revolucionario». Wolf realiza un pronóstico: «Lo que ocurrirá ahora depende de decisiones no tomadas y de

sacudidas desconocidas. Pero la combinación de un colapso financiero con una enorme recesión, si no es algo peor, cambiará ciertamente el mundo. La legitimidad del mercado será debilitada. La credibilidad de Estados Unidos será dañada. La autoridad de China crecerá. La misma globalización puede irse a pique. Éste es un tiempo de agitación».

En su artículo, el economista y pensador indio Amartya Sen afirma: «La cuestión que se plantea ahora con fuerza no es el fin del capitalismo, sino la naturaleza del capitalismo y la necesidad de cambio». Para Sen, una ideología basada «en la fe implícita en la sabiduría de una economía de mercado independiente» es la principal responsable de la eliminación de las regulaciones existentes en Estados Unidos. En su opinión: «Lo que más se necesita es una apreciación clara de cómo funcionan las diferentes instituciones, así como un entendimiento de cómo una variedad de organizaciones—desde el mercado a las instituciones del Estado— pueden contribuir juntas a un mundo económico más decente». En otro largo artículo escrito ese mismo año en *The New York Review of Books* titulado «El capitalismo más allá de la crisis», defiende que la solución a la crisis no es la refundación del capitalismo, sino la creación de un «nuevo mundo» en el que el llamado «capitalismo salvaje» fuese sustituido por un modelo de capitalismo alternativo, con mayor conciencia social. La tesis de Sen es una más de las muchas que se han expuesto en los últimos tiempos dentro de este largo debate en torno a la idoneidad y la viabilidad del capitalismo como sistema económico capaz de sobrevivir a la actual crisis.

¿Es el fin del capitalismo tal y como lo conocemos? La pregunta no es nueva. Ni mucho menos.

Joseph Schumpeter, uno de los más prestigiosos e influyentes economistas del siglo veinte, publicó un libro hace 70 años titulado *Capitalismo, socialismo y democracia*, en el que se preguntaba: «¿Puede sobrevivir el capitalismo?», y respondía: «No, no creo que pueda»⁸⁰. Aunque no fue el

⁸⁰ J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, p. 95, Orbis, tomo I, Barcelona, 1983.

primero en predecir la desaparición del capitalismo, fue el primero en afirmar que su éxito sería la causa de su decadencia y caída: «Las realizaciones presentes y futuras del capitalismo son de tal naturaleza que rechazan la idea de su derrumbamiento bajo el peso de la quiebra económica, pero que el mismo éxito del capitalismo mina las instituciones sociales que la protegen y crea, ‘inevitablemente’, las condiciones en que no le será posible vivir y que señalan claramente al socialismo como su heredero legítimo»⁸¹. Schumpeter, al igual que lo hizo anteriormente Marx, caracteriza al capitalismo como un sistema dinámico en el cual el desequilibrio es su constante. En Marx, a diferencia que en Schumpeter, el dinamismo del sistema adquirirá un cariz negativo, porque al estar provocado fundamentalmente por las reinversiones constantes en la producción para el aumento de la ganancia, genera anarquía de la producción que conduce a crisis que afectan especialmente a la clase trabajadora. Mientras que para Schumpeter el movimiento constante del sistema causado por las nuevas inversiones en la producción son positivas porque mantienen al sistema en actividad, sacándolo del estancamiento. Shumpeter define la innovación como un proceso de «creación destructiva», de la que depende el futuro del capitalismo: «Por tanto, el capitalismo es por naturaleza una forma o método de cambio económico y no solo nunca está estacionario, sino que nunca puede estarlo. (...) El impulso fundamental que establece y mantiene la maquinaria capitalista en marcha procede de los nuevos bienes de consumo, los nuevos métodos de producción y transporte, los nuevos mercados, las nuevas formas de organización industrial que crea la empresa capitalista, (...) incesantemente revoluciona la estructura económica *desde dentro*, destruyendo incesantemente la vieja, creando incesantemente una nueva. Este proceso de Destrucción Creativa es el hecho esencial del capitalismo»⁸². De acuerdo con Shumpeter, el sistema oscila entre la capacidad regenerativa y la creación destructiva y el

⁸¹ J. A. Shumpeter, *ibíd.*, p. 95, Orbis, tomo I, Barcelona, 1983.

⁸² J. A. Shumpeter, *ibíd.*, p. 120-121, Orbis, tomo I, Barcelona, 1983.

proceso de cambio incesante. De esta forma justificaba que los mercados monopolistas no frenaban sino que favorecían el crecimiento, aunque fuera a costa de la destrucción de los más débiles, a través de la innovación.

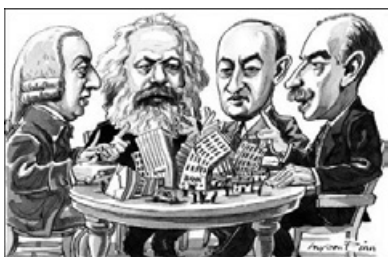
Para el economista austriaco, el empresario es la verdadera esencia del capitalismo y el sistema de empresa su principal propulsor. En su modelo, empresario no es sinónimo de capitalista; los empresarios son quienes aplican las innovaciones en el proceso productivo sin financiarlas directamente, por eso no siempre coinciden con los capitalistas. Estos últimos pueden tener sólo la función de invertir en el proceso productivo, sin ser quienes introduzcan las innovaciones. La sustitución del empresario propietario por gerentes, el reparto de la propiedad a través de los accionistas, «evaporan», dice, «la sustancia de la propiedad, y la identificación de los que dirigen la empresa con los intereses de la misma a largo plazo». Otra cuestión que debilita el capitalismo, para Shumpeter, es la desintegración de la familia burguesa, y si añadimos a estas causas «internas» la crítica de los intelectuales, tenemos el cuadro completo de los elementos que, según Shumpeter, llevan a la descomposición del capitalismo. En Schumpeter el sistema sería reemplazado por el socialismo debido al propio devenir que estaría tomando la burocratización en las empresas y la intervención del estado en la economía, que desalentarían la acción de los empresarios innovadores, impidiendo el desarrollo característico del sistema y, por ende, lo conducirían, a su pesar, a un sistema socialista planificado. El de Shumpeter es un paradójico análisis procapitalista del fin del capitalismo.

La idea de que llegará un punto de la evolución en que el capitalismo entrará en un estadio de aletargamiento, o estancamiento definitivo, es más propia de grandes economistas liberales que de Marx. Ya en 1848, John Stuart Mill predijo el colapso del capitalismo si las naciones no ponían coto a su crecimiento indefinido y no seguían la senda de lo que él llamó «estado estacionario», lo que hoy conocemos como crecimiento sostenible. Marx redactó una enmienda a

la totalidad del sistema capitalista. Presenta un escenario de crisis recurrentes que, si son superadas por el capital, dan lugar a nuevos períodos de desarrollo que, a su vez desembocan en nuevas y catastróficas caídas, lo que empujará a la clase trabajadora a actuar. En sus escritos económicos hay una investigación muy valiosa sobre el funcionamiento del capitalismo de su época, sus tendencias a la acumulación del capital, el funcionamiento del ciclo económico; pero no encontramos en *El capital* ni una versión única de la crisis ni una visión de una caída final automática, puramente económica. Para que ello se diera debía concurrir el factor activo, subjetivo, consciente, el proletariado. Su convicción profunda reside en la creencia de que la polarización creciente entre riqueza concentrada y explotación generalizada generará, más o menos inevitablemente, rebeldía –lucha de clases– y, finalmente, el levantamiento contra el capitalismo, la revolución social. Marx dejó su gran obra, *El capital*, sin acabarla. No creo que se pueda decir con rotundidad que esté clara su última palabra acerca de estas cosas. Marx nunca abandonó su fe en el final inevitable del capitalismo, pero en cuanto al modo y momento en que éste iba a producirse murió sin dar una respuesta técnica clara, como en otras cuestiones, sin completar su pensamiento.

A diferencia del comunismo occidental, que apostó por la revolución y un modelo de socialismo de Estado similar al soviético, la socialdemocracia europea muy tempranamente perdió su perspectiva anticapitalista original sustituyendo la revolución por la evolución, la lucha de clases por la colaboración y la negociación. Pronosticaron que el sistema, pese a sus endémicas crisis cíclicas, evolucionaría mediante reformas hacia un mundo más justo y equitativo gracias a su participación en el Estado, sobre la base de una economía de mercado regulada.

Para los teóricos del (neo)liberalismo económico, el sistema económico capitalista existente pertenece al orden natural de las cosas, no tienen una teoría del futuro del capitalismo que no sea que este se eterniza.



Smith, Marx, Shumpeter, Keynes

Tampoco Keynes se libra, pese a su famoso «a largo plazo todos estaremos muertos», de hacer futurología. Para Skidelsky, Keynes vio el capitalismo como una etapa necesaria para llevar a las sociedades de la pobreza a la abun-

dancia, después de lo cual su utilidad podría desaparecer. Esto lo acercaba al Marx del *Manifiesto comunista* de 1848, pero, a diferencia de Marx, su perspectiva era evolucionista, no previó el final violento del capitalismo ni creyó que éste fuera inevitable. Keynes escribió un ensayo futurista en 1930, *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*, en el que celebraba el hecho de que la humanidad, por primera vez en su historia, estaba a punto de liberarse del *problema económico*. «Así —escribió Keynes— por primera vez desde su creación, el hombre se enfrentará con su problema real y permanente: cómo usar su libertad respecto a los afanes económicos acuciantes, cómo ocupar el ocio que la ciencia y el interés compuesto le habrán ganado para vivir sabia y agradablemente bien (...). Turnos de tres horas o semanas de 15 horas pueden eliminar el problema durante mucho tiempo (...). Pienso en los días, no muy lejanos, del mayor cambio que nunca se haya producido en el entorno material de la vida de los seres humanos. Pero, por supuesto, ese cambio se producirá gradualmente, no como una catástrofe. Verdaderamente, ya ha empezado»⁸³.

Vivir bien y trabajar sólo lo necesario. Tres horas al día y 15 a la semana. Ese es el futuro que Keynes pronosticaba para los nietos de la sociedad de su tiempo. Su tesis, dice Skidelsky, era que el motor del capitalismo radicaba en una neurosis a la que llamó *amor al dinero*, pero que esta neurosis es también el medio para hacer el bien, porque es el medio para llegar

⁸³ J. M. Keynes, «Las posibilidades económicas de nuestros nietos (1930)», en *Papeles de Economía Española*, nº 6, 1981, pp. 353-361.

a la abundancia que lo hará innecesario. Calculó que en aproximadamente cien años, para el 2030, o sea mañana, el mundo civilizado tendría un nivel de vida suficientemente alto como para dar por resuelto el problema económico. Entonces la humanidad se enfrentaría a su problema permanente, el de cómo vivir *sabiamente, agradablemente, y bien*, con lo que Keynes quería decir que la gente podría deshacerse de sus *pretensiones* patológicas y de su *amor al dinero*, cambiándolo por rentas más altas que le permitieran disponer de más ocio y disfrutar más de la vida⁸⁴.

Han pasado 82 años desde que Keynes escribió su ensayo. Nosotros somos sus nietos, e incluso sus biznietos. ¿Por qué ha fracasado la profecía de Keynes? El error de Keynes, dicen los Skidelsky en un sugerente ensayo que lleva por título *¿Cuánto es suficiente?*, fue pensar que los deseos materiales son finitos⁸⁵. Keynes, dicen, creía ingenuamente en el día en que estarían completamente satisfechos, liberándonos para metas superiores. Keynes era profundamente ambivalente en lo que se refiere a la civilización capitalista. Justificaba los males del capitalismo (la incitación a la codicia, el fomento de la insaciabilidad de los deseos, etc.) y la necesidad de poner la moral en suspenso hasta lograr la abundancia, porque la abundancia haría posible una buena vida para todos. «Durante al menos otros cien años —escribía Keynes— debemos fingir, por nosotros mismos y por todos, que lo bueno es malo y lo malo es bueno; porque lo malo es útil y lo bueno no. La avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses durante un poco más de tiempo, porque son las únicas que nos pueden sacar del túnel de la necesidad económica y guiarnos a la luz». Keynes subestimaba que el empleo de unos medios característicos determina bastante los fines (algo que el *utilitarismo* no tiene en cuenta).

Los Skidelsky, en su crítica a Keynes, dicen que ahora sabemos que los deseos materiales no conocen límite natu-

⁸⁴ Skidelsky, *ibíd.*, pp.161 y 170-171, Crítica, Barcelona, 2009.

⁸⁵ Robert Skidelsky (economista) y su hijo Edward (filósofo y sociólogo), *¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para una buena vida*, Crítica, 2012.

ral alguno, que crecen sin fin a menos que los contengamos de forma consciente. La ideología del capitalismo del libre mercado ha sido siempre hostil a la idea de que una cierta cantidad de dinero es «suficiente». El capitalismo exagera el amor al dinero por el dinero. El capitalismo se basa en este crecimiento ilimitado de los deseos materiales, y sostienen con razón que la insaciabilidad económica, la codicia, es algo profundamente arraigado en la naturaleza humana pero que ha sido intensificada por el capitalismo, que la ha convertido en los cimientos psicológicos de toda una civilización. El problema, señalan, radica en que una economía competitiva y monetarizada nos somete a la presión continua de querer cada vez más. El capitalismo ha logrado un progreso incomparable en la creación de riqueza, pero, dicen, nos ha quitado la principal ventaja de esa riqueza: la conciencia de tener suficiente, nos ha incapacitado para hacer un uso civilizado de ella.

Para los Skidelsky, ahora ya está perfectamente claro que el capitalismo no incluye una tendencia espontánea a evolucionar en algo más noble. Si no se hace nada al respecto, la maquinaria de generación de deseos seguirá produciendo, sin fin y sin sentido. Opinan que los colapsos periódicos de la máquina de hacer dinero, como el que atravesamos, son un buen acicate para pensar en mejores formas de vida. Las urgencias del momento de crisis por el que pasamos no deben ocultarnos los objetivos últimos. Keynes también escribió su ensayo en plena depresión y con él, dicen, nos desafía a que imaginemos cómo puede ser la vida después del capitalismo (ya que un sistema económico en el que el capital deja de acumularse no es capitalismo, se llame como se llame).

Los Skidelsky se proponen poner al día la visión de la *vida buena* de Keynes para cuando lleguen tiempos mejores. La *vida buena*, a diferencia de la felicidad (algo «privado» y psicológico, no siempre conectado con las condiciones de vida), la definen en torno a siete «bienes básicos» que el Estado debería promover, pero que corresponde a los ciudadanos disfrutar y desarrollar por completo: salud, seguridad (física o económica), respeto, personalidad (libertad para actuar

con autonomía), armonía con la naturaleza, amistad (lazos afectivos con los demás) y ocio (lo que se hace porque sí, no por obligación o por un fin). La premisa de la que parten es que las condiciones materiales de la *vida buena* ya existen, al menos en las partes más prósperas del mundo, pero que la búsqueda ciega del crecimiento las pone siempre fuera de nuestro alcance. En estas circunstancias, dicen, la finalidad de las políticas y de otras formas de acción colectiva debería ser el logro de una organización económica que ponga las cosas buenas de la vida al alcance de todos. El crecimiento económico debería aceptarse como algo residual, no como un objetivo.

El profesor Frederic Lee, en su ensayo sobre *La economía poskeynesiana (1930-2000). Una emergente teoría heterodoxa del capitalismo*, al tratar del presente de la teoría, concluye con un comentario acerca de cómo el análisis de los poskeynesianos, tras la incorporación de material de la economía institucional, social y radical, facilita nuestra comprensión de cómo funciona la economía capitalista, sus propuestas para la adopción de medidas socialdemócratas, y su enfoque relativas al antitrust. En sus párrafos finales, Lee sostiene que la teoría de los poskeynesianos puede ser claramente subversiva, y que, a diferencia de los liberales progresistas que mantienen su confianza en las posibilidades de reformar el capitalismo, «la deducción que los poskeynesianos radicales extraen es que no se puede conseguir que el capitalismo funcione mejor, sino que debe ser sustituido por completo. Sin embargo, qué pueda sustituir al capitalismo no se puede deducir de la teoría económica poskeynesiana, ni de las medidas económicas por las que abogan»⁸⁶.

Desde la sociología, Salvador Giner escribió en el año 2010 un librito titulado *El futuro del capitalismo*, en donde realiza una revisión de su historia reciente y una crítica de nuestra civilización, para acabar esbozando algunas hipótesis

⁸⁶ Frederik S. Lee, «La economía poskeynesiana (1930-2000). Una emergente teoría heterodoxa del capitalismo», p.153, en *Entender el capitalismo. Un análisis crítico de Karl Marx a Amartya Sen*, Bellaterra, Barcelona, 2003.

y conjeturas sobre hacia dónde vamos. El ensayo lo abre con una cascada de interrogantes: «¿Tiene futuro el capitalismo? Si lo tiene, ¿cuál será? Tras la actual recesión económica, ¿nos esperarán otras, peores tal vez? ¿Qué posibilidades hay de que un orden económico distinto lo sustituya? ¿Cuál es la probabilidad de que se hunda? Si, en vez de que ello acaezca, evoluciona sin colapso hacia algo diverso a lo que hasta ahora ha sido, ¿cuál será la nueva faz del mundo? ¿Cuáles serán las repercusiones políticas, ambientales y culturales de tal mudanza? ¿Qué será de la opulencia que el capitalismo ha creado para unos y de la miseria que ha engendrado para otros? ¿Sabrá la humanidad domesticar una lógica de desarrollo incontrolado que, al destruir nuestro ambiente natural, nos conduce hacia el abismo, hacia el daño irreparable de su propio futuro?».

Giner diagnostica que «no tenemos asegurado el futuro. Pero el futuro del capitalismo está asegurado»⁸⁷. Sin embargo, y pese a considerar que buena parte de la sociedad comparte una indignación moral en vista de episodios como las indemnizaciones millonarias que han recibido algunos exdirectivos por llevar a la ruina a las entidades bancarias que presidían, por no hablar de la *economía de casino* que ha dejado a millones de personas a la intemperie, Salvador Giner considera que «para que el capitalismo entre realmente en crisis, debería producirse un cataclismo». Y esta posibilidad la liga exclusivamente a la destrucción del planeta fruto de su voracidad congénita. Sostiene que «el futuro del capitalismo está asegurado sobre todo por una razón: prácticamente nadie lo cuestiona, y quienes lo cuestionan no han presentado aún una alternativa viable. En contraste con ello, ese mismo futuro no está asegurado a causa de otra razón: la aparición de condiciones inesperadas de destrucción –demográficas y ecológicas– no sólo incompatibles con él, sino también con la continuación de una vida humana decente en la Tierra. Está

⁸⁷ Salvador Giner, *El futuro del capitalismo*, p. 9 y 107, Península, Barcelona, 2010.

pues, y no está, asegurado. Al mismo tiempo»⁸⁸. Los únicos que en nuestros días han previsto el pronto colapso general del orden capitalista (y su desorden) no han sido, según Giner, los mejores especialistas en teoría económica. Han sido los altermundistas, los anunciantes de que otro mundo era posible. Un anuncio que, lamentablemente, no han acompañado de un plan socioeconómico alternativo concreto. Para Giner, «merecen nuestro mayor respeto moral, pero es lógico que estemos esperando su plan viable de sustitución de este sistema por el otro»⁸⁹.

Anticapitalismo y decrecimiento

Carlos Taibo, politólogo, autor prolífico y militante del movimiento antiglobalización, considera que el movimiento del 15-M tiene que ser el principal pilar de un proyecto anticapitalista. En su opinión, frente a esta crisis, en el marco de la izquierda se dan dos respuestas bien diferentes: la antineoliberal y la anticapitalista. Para Taibo, los antineoliberales, en los que se encontrarían el PSOE, IU y dos aliados sociales, CC OO y UGT, asumen una crítica frontal del neoliberalismo y una defensa cabal de los Estados de bienestar sin contestar, sin embargo, la lógica general del capitalismo que padecemos. La anticapitalista, de la que él se muestra firme partidario, agrupada en varios grupos comunistas y anarquistas con el apoyo social del sindicalismo radical, el ecologismo radical, el cooperacionismo crítico y una variada gama de movimientos emergentes, como los que confluyeron en el movimiento 15-M, reclama con urgencia salir del capitalismo, promueve ante todo la acción desde la base de los movimientos sociales críticos, plantea la creación de espacios de autonomía, reivindica el asentamiento de fórmulas autogestionarias, discute las formas de propiedad hoy imperantes y se pronuncia, en el Norte opulento, por proyectos de decrecimiento y de cuestionamiento de la lógica del consumo. Considera el capitalismo

⁸⁸ S. Giner, *ibíd.*, p.134.

⁸⁹ S. Giner, *ibíd.*, p.139.

como un todo, otorga un relieve central a la crisis ecológica, critica todo enfoque reformista y entiende que ha iniciado una inquietante deriva terminal⁹⁰.

Esta dicotomía en el seno de la izquierda nos recuerda mucho la vieja disputa entre revolucionarios y revisionistas del siglo pasado o la más reciente entre reformistas y rupturistas que se dio en la Transición. Taibo, desde una vena libertaria muy clara, sostiene que si esto tiene posibilidad de solución, esta tiene que venir de la base de la sociedad, de la mano de proyectos de autogestión, de las asambleas, de la democracia directa, del decrecimiento y la desmercantilización. Aboga por los grupos de consumo, la banca social ética, las cooperativas integrales, las ecoaldeas, los movimientos a favor de la autogestión de las fábricas que están a punto de cerrar, etc.

Un movimiento heterogéneo, testimonial y ejemplar si se quiere desde el punto de vista del compromiso personal y colectivo, pero con un programa difícilmente creíble como solución efectiva, operativa y políticamente viable frente a los problemas contra los que se quiere actuar. No resulta muy convincente pensar que estas medidas puedan tener una gran penetración o alcance en la sociedad y menos sustituir de forma masiva al actual complejo sistema de economía capitalista; es más, muchas de estas propuestas económicas solidarias y cooperativas pueden ser asumidas o existir y convivir sin llegar a suplantar el actual orden económico. La flexibilidad del capitalismo, aunque no es total, ni suficiente el ritmo de corrección de sus tendencias perversas, permite la incorporación de innovaciones económicas y sociales como estas y muchas más llegado el caso. Esto tiene que ver con esa capacidad que ha demostrado el capitalismo en algunos momentos y lugares para absorber discursos y propuestas provenientes del anticapitalismo que al final subsisten dentro de él, utilizando sus estrategias. Esto es algo que algunos sectores doctrinarios de la izquierda no han acabado de comprender. Como dice Galbraith: «El capitalismo se presta a bastantes

⁹⁰ Carlos Taibo, *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, n° 113, 2011, pp.149-154.

más reformas o parches de lo que están dispuestos a admitir los puristas o de lo que son capaces de imaginar los hombres de negocios»⁹¹.

Dentro del anticapitalismo, el ecologismo más radical nos anuncia un final apocalíptico inminente. Ramón Fernández Durán fue miembro fundador de Ecologistas en acción. En su último libro, *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*, nos anuncia el colapso que va a llegar como consecuencia de la crisis global y multidimensional que vivimos, caracterizada por el caos sistémico, la ruina ecológica y las guerras por los recursos. La tesis del autor es que el encadenamiento en 2030 de los picos del petróleo, el gas y el carbón provocará el colapso del «capitalismo global», y dará lugar a escenarios desconocidos para la humanidad pero que pueden preverse y prepararse. En cualquier caso, la ruptura histórica que anticipa este militante dará paso a un tiempo de incertidumbre, que planteará a nuestras sociedades dos escenarios extremos: un colapso caótico, brusco y humanamente brutal o un decrecimiento «más suave, ordenado y justo». Modelos que previsiblemente entrarán en conflicto, aunque, como apunta Fernández Durán, «lo más probable, a día de hoy, con las tendencias en curso, es que predominen los escenarios de barbarie sobre los otros». Durán plantea que el final del capitalismo global no es lo mismo que el final del capitalismo: «El escenario futuro más probable pasa por la emergencia de distintos capitalismos regionales que coincidirían con las áreas de influencia de los principales Estados del G-20. Estos capitalismos se estructurarían de forma crecientemente despótica, como ya estamos viviendo sin salir de la UE. Además, estas potencias regionales, en un entorno de recursos cada vez más escasos, incrementarán las guerras por ellos»⁹².

Para Serge Latouche, uno de los ideólogos más relevantes del decrecimiento: «Este colapso se sitúa entre 2030 y 2070: 2030, en razón de la crisis de los recursos no renovables

⁹¹ J. K. Galbraith, *Introducción a la economía*, p. 35, Crítica, Barcelona, 2012.

⁹² R. Fernández Durán, *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*, editan, Libros en Acción, Virus y Baladre, 2011.

(petróleo, gas, carbón, uranio, tierras raras, otros minerales y también el agua); 2040, a raíz de la contaminación, de la desregulación climática, de la muerte de los océanos; 2070, debido a la crisis de la alimentación, de la desertificación, de la deforestación en el mundo –un mundo que contaría entre nueve y diez mil millones–⁹³. Pero según Yves Cochet, militante del movimiento «objetores del crecimiento», diputado ecologista de París y antiguo ministro de Medio Ambiente, podemos pensar que se producirá mucho antes del 2020: «Pienso, sobre todo, en la caída del sistema financiero mundial, coincidiendo con el declive de la producción petrolera y con algún cataclismo climático, ecológico o geológico de gran amplitud (...) su aparición concordante me parece lo suficientemente plausible para que esta perspectiva constituya un fundamento de cualquier política en la década venidera»⁹⁴.

Toda cruzada corre habitualmente el riesgo de la exageración, pero dejando a un lado los aspectos proféticos y los anuncios catastrofistas de un sector del ecologismo para el futuro inmediato de la humanidad, creo que tiene un interés mayor pararse a comentar, aunque sea de forma breve, el tema del decrecimiento y el de la globalización económica.

Del ecologismo proceden muchas críticas razonables a las prácticas contaminantes, a un crecimiento económico basado en un consumo exagerado e irresponsable de una energía no renovable y, en general, de recursos naturales que, de no ponerle remedio, acarrearán situaciones desastrosas a nivel mundial. El suceso vivido a principios del 2011 en Japón alertó al mundo sobre los problemas y riesgos del uso de la energía nuclear y suscitó un debate sobre el excesivo consumo de energía y los problemas inherentes a las energías fósiles y a la energía nuclear. El ecologismo acierta cuando critica el carácter ideológico del afán sin límite por un crecimiento que no garantiza las mejoras y el bienestar que le atribuyen

⁹³ Serge Latouche, «La caída del Imperio romano no tendrá lugar, sin embargo, la Europa de Carlomagno estallará», pp. 64-65, en *¿Hacia dónde va el mundo? 2012-2022: la última oportunidad*, Icaria, Barcelona, 2012.

⁹⁴ Yves Cochet, «Ante la catástrofe», pp.48-49, en *¿Hacia dónde va el mundo?*, Icaria, Barcelona, 2012.

sus apologistas, los liberalproductivistas. También cuando insta a acabar con la locura de separar la economía y el medio ambiente.

Frente a este desarrollo descontrolado y ambientalmente irresponsable, surgió la teoría del decrecimiento, una corriente de pensamiento ecológico, político, económico y social que suscita serias reservas en cuanto a sus posibilidades reales. El daño al medio ambiente, el peligro indudable que nuestro modo de vivir y de organizar la sociedad produce en el planeta, hipotecando la vida y el bienestar de las generaciones futuras, no es debido a que se produzca demasiado para todos y haya, por tanto, que detener la producción y el consumo de todos, sino a que se produce y se consume mal y de una forma muy desigualmente distribuida entre los distintos seres, países y regiones del mundo. Como dijo el líder moral de la India Mohandas Gandhi: «Hay suficiente en la Tierra para las necesidades de todos, pero no suficiente para satisfacer la avaricia de todos».

Frente a algunas posiciones extremas de la contención del crecimiento, como las que he expuesto anteriormente, me parecen más realistas las palabras de Albert Recio cuando sostiene: «Cualquier avance hacia una sostenibilidad mundial requiere un profundo reequilibrio que traería como consecuencia el crecimiento de algunas zonas del planeta y el decrecimiento de otras. Insistir unilateralmente en el decrecimiento parece inútil porque en la práctica es decirles a los habitantes de los países pobres que se conformen con su miseria»⁹⁵. Lo mismo cabría decir de los países desarrollados que, como los del sur de Europa, atraviesan una gran recesión, con un alto nivel de desempleo y de deuda pública. Los países ricos y los pobres tienen diferentes necesidades. Habría terrenos en los que también cabría «crecer más» incluso en los países más ricos y otros, de consumo desaforado y depredador, en los que estarían bien los límites hasta en los países más pobres. Para los países menos desarrollados o

⁹⁵ Albert Recio, «Apuntes sobre la economía y la política del decrecimiento», en *Ecología Política*, 35, pp.25-34.

que atraviesan una profunda crisis el decrecimiento sin más precisiones no es una solución. Los países pobres necesitan crecer para producir los bienes y los servicios necesarios para satisfacer sus necesidades, hoy en día insatisfechas por las estructuras económicas tradicionales o por el mercado y las malas políticas de sus propios Gobiernos. En términos generales, según qué país y según en qué ámbito, sería beneficioso un mayor crecimiento o decrecimiento. De lo que se trata es de dar con vías de crecimiento adecuadas a las circunstancias particulares de los distintos países y áreas del planeta.

El contexto de crisis económica que vivimos debilita las preocupaciones medioambientales y, en concreto, los esfuerzos de lucha contra el cambio climático. Lo indignante a día de hoy es que, pese a la urgencia de este problema y a estar en las agendas políticas de los organismos económicos (FMI/Banco Mundial) y políticos (G-20) internacionales desde hace décadas, queda una y otra vez aparcado. Como se viene alertando desde diversos movimientos, organizaciones, economistas influyentes a nivel mundial, como es el caso de Jeffrey D. Sachs, las deficiencias de la cooperación mundial en esta materia son particularmente preocupantes. Such denuncia cómo EE UU se abstiene actualmente de participar en la cooperación mundial en materia de cambio climático, las metas de la asistencia mundial al desarrollo y otros aspectos de la colaboración internacional en la aportación de bienes públicos mundiales. «La economía mundial —dice— está experimentando una crisis de sostenibilidad en la que las limitaciones de los recursos y las presiones medioambientales están causando alzas repentinas de los precios e inestabilidad ecológica. El desarrollo económico necesita volverse rápidamente sostenible adoptando las tecnologías y los estilos de vida que reducen las peligrosas presiones a los ecosistemas de la Tierra, lo que también requerirá un nivel de cooperación mundial que no se ve por ningún lado»⁹⁶. Y

⁹⁶ J. D. Sachs, director del Instituto de la Tierra en Columbia y asesor especial del secretario general de Naciones Unidas sobre objetivos de desarrollo del milenio, «Un mundo a la deriva», *El País*, 29-4-2012.

enlazo con el segundo tema de interés que plantea el movimiento altermundista, el de la globalización.

Globalización

La globalización económica es la extensión del capitalismo por todo el mundo. Hablar del futuro del capitalismo es hablar del futuro de la globalización. A lo largo de los últimos 200 años se han producido diferentes olas globalizadoras, que se han sostenido sobre cimientos bien diferenciados y que han fracasado debido a debilidades también genuinas. Tras la etapa de intenso proteccionismo y recesión que significó el período de entre guerras (1918-1939), y pasado el conflicto de la Segunda Guerra Mundial, la arquitectura internacional de la economía política liberal/socialdemócrata estuvo basada en los acuerdos a los que llegaron los líderes de los principales países desarrollados en Bretton Woods el año 1944, en los que participó y a partir de los cuales el mundo alcanzó unos índices de crecimiento que aún no se han igualado.

La economía mundial creció aproximadamente al 3% anual per cápita entre 1950 y 1973, casi el triple de la tasa anterior a la década de 1930 y el doble de la tasa desde finales de la década de 1970. Aunque después de 1990 el crecimiento parece bueno desde esta perspectiva histórica, no ha funcionado tan bien durante la época de la globalización financiera como con Bretton Woods. Los que más crecieron, aunque a un coste extremadamente alto, fueron países como China y la India, que jugaron a la globalización con las reglas de Bretton Woods en vez de con la reglas de una integración económica profunda⁹⁷. Siguiendo políticas distintas a las del recetario del FMI y Banco Mundial, el PIB de China creció 9,7% anual en las últimas dos décadas, India también creció a tasas muy elevadas permitiendo reducir la pobreza en dos países que juntos poseen una población de 2.400 millones de habitantes (ver cuadro 1, Previsiones de la OCDE para los próximos 50 años).

⁹⁷ Dani Rodrik, *op. cit.*, pp. 129-130, Antoni Bosch, Barcelona, 2011.

Cuadro 1

Previsiones económicas de la OCDE para los próximos 50 años

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) ha hecho un ambicioso ejercicio de prospección basándose en un modelo que proyecta el crecimiento económico a lo largo de los próximos 50 años. Según estas previsiones, la economía mundial crecerá a una tasa media del 3% anual, aunque se prevén amplias diferencias entre países y regiones. Las economías más desarrolladas, que pesarán cada vez menos en el conjunto global, lo harán al 2% hasta 2060, con algunas de ellas, las que más tarden en recuperarse de la recesión, por debajo. Las economías no pertenecientes a la OCDE crecerán desde esa tasa media del 7% de la pasada década a un entorno del 5% en 2020 y bajarán a la mitad en 2050. Los países emergentes de rápido crecimiento serán los principales impulsores de las perspectivas a largo plazo.

China adelantará en apenas cuatro años a Estados Unidos como la primera potencia mundial. Además, en su imparable ascensión, la economía china logrará situarse por delante del conjunto de la eurozona ya en 2012 y, gracias a un crecimiento que va a seguir siendo muy superior durante los próximos 50 años, lo triplicará en 2060. Además de China, el país que pisará fuerte el acelerador hasta 2060 será India, con lo que a mitad de este periodo también logrará superar a EE UU y, junto con Indonesia, también a China.

El Producto Interior Bruto (PIB) de China fue en 2011 un 17% del total mundial, porcentaje equivalente al de la eurozona pero todavía inferior al 23% de Estados Unidos. No obstante, el PIB chino pasará a suponer el 28% en 2030, cuando los de los otros dos bloques habrán quedado reducidos al 12% y al 18% respectivamente, indica la OCDE, que utiliza datos de PIB en términos de paridad de poder de compra, lo que corrige las distorsiones que generan los diferentes niveles de precios existentes entre países.

En cuanto a España, el informe que ha publicado la OCDE indica que su economía crecerá de media entre 2011 y 2060 un 1,7%, por debajo de la media de la economía global (2,9%) y de la OCDE (2%). Además, frenará su ritmo de avance a medida que pase el tiempo, ya que frente al alza del 2% esperada para el periodo comprendido entre 2011 y 2030, entre este último año

y 2060 la tasa media será del 1,4%. Ambas cifras son inferiores a la media del 2,9% registrada entre 1995 y 2011.

Entre las economías analizadas por la OCDE que más crecerán en los próximos 50 años se encuentran India (5,1%), Indonesia (4,1%), China (4%) y Arabia Saudí (3,1%). Por el contrario, las que menos serán Alemania y Luxemburgo (1,1% ambas); Japón (1,3%); Austria, Grecia, Italia y Portugal (1,4% en los cuatro países), y Francia, Corea y Polonia (1,6%).

(Las conclusiones de la OCDE coinciden en buena medida con las que aparecen en el libro *Una nueva época. Los grandes retos del siglo XXI*, editado por Galaxia Gutenberg, 2012, como traducción del *Global turning points*, editado por Cambridge University Press, de los que son autores los economistas Emilio Ontiveros y Mauro Guillén.)

La crisis económica de los años 70 abrió una etapa que presentó los rasgos inversos a la precedente, con la desaceleración de las tasas de crecimiento del PIB, el descenso de la productividad y la inestabilidad de la coyuntura económica. Todo ello llevó a una nueva correlación política de fuerzas entre capital y trabajo, al romperse el consenso de la posguerra sobre el papel del Estado. Los objetivos de la política económica cambiaron, apartándose del pensamiento keynesiano/socialdemócrata y de la atención al pleno empleo, pasando a centrar las prioridades en combatir la inflación (control de los precios y los salarios) y evitar el déficit de la balanza de pagos, consagrando así una política económica monetarista, la de la Escuela de Chicago, liderada por Milton Friedman. Las principales consecuencias sociales y políticas fueron la crisis del Estado de bienestar y la hegemonía del neoliberalismo. La filosofía de Bretton Woods fue sustituida por la del conocido como Consenso de Washington, término acuñado por el economista del Banco Mundial John Williamson en 1989, para designar las políticas neoliberales por las que abogaba la Administración de Estados Unidos con respecto a los países en vías de desarrollo. Su filosofía era el regreso a la creencia básica en los mercados eficientes y autorregulados, a la idea

de que los mercados libres producirían mejores resultados que los mercados regulados.

A mediados de la década de 1990 la globalización económica alcanzó unos niveles sin precedentes al calor de los avances tecnológicos y la apertura de los mercados de capitales. El Consenso de Washington se transformó en un planteamiento más doctrinario, en una religión para los ultraliberales que se suele resumir en estabilizar, liberalizar, desregular, privatizar e internacionalizar. Como decía un editorial del influyente *The Economist*, los problemas estaban precisamente en los intentos de «controlar», «regular» los mercados. Los Estados y las grandes organizaciones internacionales tienen en su mano la capacidad de echar el freno y hacer reversible el proceso de los últimos veinte años. Pero esto, dice, lejos de propiciar la igualdad, supondría «una catástrofe sin parangón para los más desesperados del mundo y algo que, por cierto, sólo podría hacerse socavando la libertad individual en una escala apabullante» (23-9-2000).

Los grupos de poder occidentales utilizaron el convincente relato de la inevitable globalización del mercado para persuadirnos de que la liberalización del comercio y la mínima regulación de los mercados redundaría en altas tasas de crecimiento económico y en el espectacular incremento de las condiciones de vida a nivel mundial. En muchos casos se empezaron a llevar a cabo estos planes a través de la coacción indirecta de instituciones económicas internacionales como el FMI y el Banco Mundial, que ofrecían a países necesitados préstamos vitales a cambio de que llevaran programas de ajuste. Estos programas implicaban la desprotección de todos los sectores de la industria nacional, la eliminación de subvenciones a la producción, restricciones de gasto público, privatizaciones, etc.; sin embargo, los burócratas del FMI no los presentaban como lo que eran en realidad, una imposición de los Gobiernos más pudientes, sino como el programa económico más eficaz, basados en los criterios de liberalización y no intervención del mercado por parte del Estado. Este proceso generó ganadores y perdedores.

A comienzos de la revolución industrial, la diferencia entre las regiones más ricas y las más pobres del mundo, según los expertos, era del orden de 2:1. Hoy, la misma ratio está en 20:1. La diferencia entre el país más pobre del mundo y el más rico se ha ampliado hasta aproximadamente 80:1. Unido al aumento de las desigualdades sociales, la actual globalización ha producido un desplazamiento del poder político a favor del poder económico/financiero, el cual responde a ciegos imperativos que en última instancia se apoyan en una visión del progreso reducida exclusivamente a la rentabilidad y productividad económica. En este escenario la política se percibe por la ciudadanía cada vez como más irrelevante. En general, hay una marcada disminución en la legitimidad y capacidad del Estado tanto en los países desarrollados como en los países en vías de desarrollo.

Esta situación levantó grandes protestas a partir de 1999, año en el que hizo su carta de presentación el movimiento «antiglobalización» en Seattle, en donde más de 50.000 manifestantes consiguieron interrumpir la cumbre de la Organización Mundial del Comercio. A esta gran concentración le seguirían otras ese año y los siguientes, como las que tuvieron lugar en Washington DC, Davos, Salzburgo, Melbourne, Manila, Praga, Génova, Barcelona, Gotemburgo y otras ciudades importantes para protestar contra la desigualdad y las condiciones de explotación que imponían los programas neoliberales de comercio y desarrollo diseñados por el FMI y la OMC.

En el año 2000, un entusiasta del poder de la globalización para sacar de la pobreza a los países en vías de desarrollo como Jeffrey Sachs, quien con sus estudios y análisis en 1995 dio argumentos a los tecnócratas y responsables políticos para implementar sus políticas neoliberales al comercio, abandonó la pretensión de que la apertura comercial por sí sola pudiera dar lugar a un rápido crecimiento o, incluso, que fuera un factor importante. El Proyecto del Milenio de las Naciones Unidas, dirigido por Sachs, rechazó el Consenso

de Washington. El mismo Williamson reconoció en el 2002 que dicho Consenso era una «marca dañada».

A raíz de la crisis iniciada en 2007, la euforia proglobalización sin límites empezó a decaer en amplios círculos de intelectuales, políticos y economistas de prestigio como Paul Krugman, premio Nobel de Economía en 2008, quien cambió su opinión sobre los efectos de la globalización en la desigualdad y en el comercio mundial o Lurry Summers, secretario del Tesoro con Bill Clinton, que expresó su preocupación públicamente antes de que se incorporara a la Administración de Obama, por los peligros de desmontar las regulaciones nacionales y el hecho de que la globalización ya no fuera favorable a los trabajadores. Si bien estas preocupaciones no llegan a la crítica frontal de otros economistas como Joseph Stiglitz, son muy sintomáticas del cambio de clima intelectual, de la quiebra del consenso entre los economistas más influyentes que existió hasta el gran crac financiero de 2008. Incluso entre los más fundamentalistas del libre comercio y flujo de capitales se abrió una brecha sobre adónde les gustaría que fuera la globalización. Ninguno de estos economistas se oponen a la globalización, sino que abogan por instituciones nuevas y mecanismos compensatorios, nacionales e internacionales, que hagan que la globalización sea más eficaz, justa y sostenible. Pero las alternativas o políticas que proponen adolecen de ser tan vagas y alcanzan tan poco consenso entre ellos como las tan criticadas de su oponente, el movimiento antiglobalización o altermundista.

El debate sobre la globalización ha saltado de las calles y los foros sociales *altermundistas* a las columnas de la prensa económica, a los despachos y encuentros de la élite intelectual, política y económica del mundo. La arrogancia con la que se defendían las grandes virtudes del modelo de globalización económica y se acallaban las críticas de sus oponentes se ha tornado en humildad en muchos casos y, en la mayoría, ha sido sustituida por dudas, preguntas y un gran escepticismo. Hasta ahora los descontentos con la globalización eran los países en desarrollo y el movimiento altermundista. Lo novedoso

de la situación actual es que los países ricos occidentales se han sumado a ese descontento con una globalización que ellos mismos impulsaron. La globalización está generando cada vez más perdedores, incluidas ya las clases medias en Occidente, cada vez más conscientes de que la globalización económica es negativa y está reduciendo, no aumentando, su bienestar. El economista francés Jean-Paul Fitoussi, citado por el periodista Joaquín Estefanía en su libro *La economía del miedo*, lo expresa con una alegoría de la crisis en la que los ganadores de la globalización le dicen a los perdedores: «Lamentamos sinceramente el destino que habéis tenido, pero las leyes de la economía son despiadadas y es preciso que os adaptéis a ellas reduciendo las protecciones que aún tenéis. Si os queréis enriquecer debéis aceptar previamente una mayor precariedad. Este es el contrato social del futuro, el que os hará encontrar el camino del dinamismo».

El trilema político de Rodrik: globalización/soberanía nacional/democracia

Con Joseph Stiglitz, Dani Rodrik, uno de los mayores expertos mundiales en la globalización, sin rechazar los beneficios que aporta esta y el capitalismo cuando se trata de dar rienda suelta a la energía colectiva de las sociedades humanas en el ámbito de la economía, es quizás una de las voces críticas más penetrantes y sugerentes de la actual globalización económica. Su posición se sitúa en un punto intermedio entre los hiperglobalizadores y los antiglobalizadores. Tanto Stiglitz como Rodrik nos dicen que otro mundo, otra globalización es posible. Nos proponen una globalización que no funcione solamente para los ricos y poderosos, sino también para todos los pueblos, incluyendo a aquellos de los países más pobres, y que priorice profundizar la democracia de base de cada nación frente a una integración económica profunda que la erosione o vacíe. La tesis principal de Rodrik es que la globalización máxima y la democracia son irreconciliables por la sencilla razón de que su objetivo no es mejorar el funcionamiento de la

democracia sino acomodar intereses financieros y comerciales que buscan mercados al coste más bajo posible.

El profesor de Harvard estudia el efecto de la globalización en los aspectos comercial y financiero en un marco, como el actual, donde el ámbito territorial y decisorio de lo político, el Estado-nación, no coincide con el ámbito territorial de lo económico, el mundo. Para Dani Rodrik, este desequilibrio que se da entre el alcance nacional de los Estados y la naturaleza global de los mercados constituye el talón de Aquiles de la globalización económica. A diferencia de los mercados nacionales, que cuentan con sus respectivas instituciones políticas y reguladoras fuertes, los mercados globales pade-

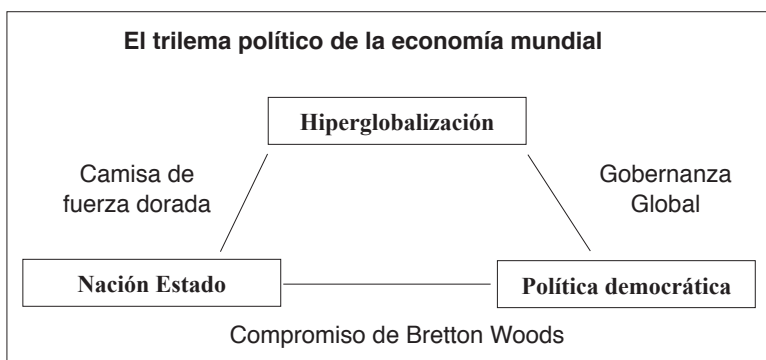


Dani Rodrik (1957),
economista turco

cen una gobernanza débil que los hace propensos a la inestabilidad. No existe un banco central, una agencia reguladora global ni otras instituciones reguladoras internacionales y, por supuesto, no existe democracia global. En *La paradoja de la globalización*, en cuyo subtítulo se pregunta acerca del papel de la democracia en el

futuro de la economía mundial, plantea que nos enfrentamos a lo que denomina el *trilema político de la economía mundial*⁹⁸. Sostiene, a contracorriente de las posiciones neoliberales dominantes, que no es posible tener hiperglobalización, democracia política y un Estado nacional competente. Según su análisis, solamente dos de las tres premisas del trilema son compatibles al mismo tiempo, pero nunca tener las tres simultáneamente y en su esplendor. Es decir, (1) la democracia se debilita en el marco del Estado-nación si éste está integrado profundamente en la economía internacional; (2) la democracia puede convivir con la globalización si se articulan fórmulas de gobernanza transnacional y se debilita el Estado nación; (3) la democracia y el Estado nación son compatibles solamente si retrocede la globalización.

⁹⁸ Dani Rodrik, *ibíd.*, pp. 203-227, Antoni Bosch, Barcelona, 2011.



En el primer marco de hiperglobalización se renuncia a la democracia. La hiperglobalización, o una globalización plena sin trabas, y el Estado nación funcionarían bien en un mundo en el que los únicos servicios que proveen los Gobiernos son aquellos que garantizan el buen funcionamiento de los mercados. Podemos imaginar un mundo de esta clase, y es en el que pensaba Tom Friedman cuando acuñó el término *camisa de fuerza dorada*: el mismo traje, las mismas reglas para todos los países, es el que nos traerá riqueza. En este mundo el objetivo de los Gobiernos consiste en ganar la confianza de los mercados para poder atraer comercio y entradas de capital. La receta es clara: oferta monetaria restringida, Gobiernos pequeños, impuestos bajos, mercados laborales flexibles, desregulación, privatización y apertura por todas partes. Puesto que la hiperglobalización de Tom Friedman no permite que los países se desvíen de estas reglas, la política nacional se reduce a elegir entre Coca-Cola y Pepsi-Cola. Todos los demás sabores, especialmente los locales, se quedan fuera. Puedes tener así, al mismo tiempo, tu globalización y tu nación Estado, siempre y cuando mantengas la democracia a raya.

Y Rodrik se pregunta: ¿hemos de renunciar a la democracia si queremos conseguir una economía mundial totalmente globalizada? En este marco, como estamos comprobando en Europa, la democracia sale seriamente perjudicada. La más evidente manifestación se encuentra en la implantación de Gobiernos tecnócratas no electos en Grecia e Italia. En ambos

casos, los Gobiernos no solamente se han visto obligados a acatar todas las exigencias impuestas por los mercados, Bruselas y el FMI, sino que además cualquier intento de someter dichas demandas a consulta popular ha resultado inviable.

La segunda opción es el modelo de gobierno global, consiste en la posibilidad de ir sacrificando paulatinamente el Estado-nación y construir redes sólidas de democracia transnacional que sean compatibles en escala, espacio y poder con la globalización. Requiere la creación de una comunidad política global que sea muchísimo más ambiciosa de todo lo que hemos conocido hasta ahora o que sea probable que la pongamos en práctica en un futuro no muy lejano. Requeriría que la democracia creara reglas globales que se apoyaran en mecanismos de responsabilidad muchos más complejos de los que tenemos hoy. Una gobernanza global, democrática de este tipo, dice Rodrik, es una quimera. Podríamos imaginarnos algún tipo de federalismo global como sería el caso del modelo estadounidense expandido a nivel mundial. Un caso menos ambicioso para Rodrik, a escala regional, siendo la excepción que pone a prueba la regla, es la Unión Europea, en el que se pueden apreciar las dificultades de conseguir una unión política lo suficientemente robusta para defender una integración económica profunda. Y eso que Europa, dice, comprende un grupo comparativamente pequeño de naciones con niveles de ingresos similares y con trayectorias históricas similares. Rodrik se muestra escéptico respecto a esta opción de un Gobierno mundial, sobre todo por razones fundamentales más que prácticas. En su opinión, existe demasiada diversidad en el mundo para meter con calzador a las naciones con unas reglas comunes. Es improbable que los Gobiernos nacionales cedan un control significativo a instituciones transnacionales, y las reglas armonizadoras no beneficiarían a sociedades con necesidades y preferencias diversas. Ve la hiperglobalización incompatible con la democracia. En cualquier caso, dice, el federalismo real a escala global está por lo menos a un siglo de distancia.

La tercera opción —que es por la que se decanta Rodrik— consiste en limitar la globalización para fortalecer la democracia y la soberanía nacional que priorice los objetivos sociales y económicos nacionales sobre los de las empresas multinacionales, los grandes inversores y bancos transnacionales. Una delgada capa de reglas internacionales que deje un amplio espacio de maniobra a los Gobiernos nacionales es una globalización mejor. Permite hacer frente a los males de la globalización a la vez que conserva sus grandes ventajas económicas.

En su propuesta se incluyen algunas de las reivindicaciones del movimiento antiglobalización o altermundista, como la tasa a las transacciones financieras que propuso Joseph Tobin hace más de 25 años, la eliminación de los paraísos fiscales, la reforma de las principales instituciones financieras y comerciales, etc. Considera que la forma más eficiente y socialmente deseable de globalización no es una máxima hiperglobalización que escape a cualquier mecanismo efectivo de gobernanza, sino fórmulas ponderadas que equilibren las fundamentales ganancias del comercio internacional y los compromisos razonables de los poderes públicos con sus sociedades en materia de bienestar y democracia. Critica la globalización vista desde el Consenso de Washington de los años 90, con sus recomendaciones de economías abiertas, privatizaciones y desregulaciones, Estado más pequeño e internacionalización de las finanzas. Rodrik apuesta por volver a una nueva versión del multilateralismo del sistema de Bretton Woods que dominó el sistema internacional entre 1950 y 1980, el cual logró un crecimiento sin precedentes y el progreso social, con la aceptación plural de los controles de capital, liberalización del comercio limitada y la participación en la definición de política industrial.

Necesitamos, dice Rodrik, una globalización inteligente, no una globalización máxima. Las democracias tienen el derecho a proteger su organización social, y cuando este derecho interfiere con los requisitos de una economía global, es esta la que debe dejar paso.

Es cierto que en el desarrollo y exposición de Rodrik no se precisan cómo se pueden identificar en la práctica los límites a poner a la globalización, dónde está la frontera que distingue una globalización limitada de una hiperglobalización, ni cuáles son las reglas mínimas internacionales que permitirían conectar los distintos Estados nación. Tampoco aborda, tal como él mismo lo reconoce, el problema de los bienes comunales globales, como el calentamiento global, el uso de recursos naturales globales, como es la pesca en aguas internacionales, y la protección de las selvas tropicales, que sí requieren de una política e instituciones globales con objeto de ser gestionados para el desarrollo de todos los pueblos. En todo caso, las prioridades y los criterios de fondo por los que aboga el profesor de Harvard están claros. El debate está servido y la salida por la que se opte al trilema que propone marcará el rumbo de la globalización y el capitalismo en el futuro próximo.

En el marco regional de Europa, al calor de la situación de crisis, las discusiones y desencuentros entre las distintas élites políticas y económicas están teniendo lugar de una forma muy viva, debido fundamentalmente a las diferencias de intereses económicos entre los distintos países. En cualquier caso, la óptica neoliberal en estas discusiones es la predominante, con resultados muy preocupantes para la supervivencia de las distintas democracias nacional-liberales, el autogobierno y el bienestar social de la mayoría de la población, especialmente de la Europa del sur.

Si los sistemas democráticos de tipo liberal representativo son incapaces de implementar soluciones políticas reales al dejar de ser los centros de decisión política, entonces la idea de un poder representativo deja de tener validez. Como Habermas ha criticado, la incapacidad que tienen los sistemas mundiales para funcionar correctamente ha supuesto el derrumbe de las idealizaciones neoliberales, dejando al descubierto la manifiesta incompetencia de los Estados nacionales y de sus coaliciones para superar la crisis global y la del euro. Para el filósofo alemán, la presión de la crisis y la histeria de los

mercados han aplastado la democracia dentro de la Unión Europea. El poder ha dejado de pertenecer a los ciudadanos y se lo han apropiado instituciones como el Consejo Europeo, cuya legitimidad democrática es bastante cuestionable. Critica la deriva tecnocrática y economicista de la Unión Europea y sugiere, básicamente, que los tecnócratas han llevado a cabo, eficaz y silenciosamente, un golpe de Estado financiero. «En algún momento después de 2008, dice Habermas, entendí que el proceso de expansión, integración y democratización no se mueve automáticamente hacia adelante por su propia voluntad, que es reversible, que, por primera vez en la historia de la UE, en realidad estamos viviendo un desmantelamiento de la democracia. No pensé que esto era posible. Hemos llegado a una encrucijada»⁹⁹.

En *Hay alternativas*, Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, haciéndose eco de estos problemas, señalan, «La estructura económica de los distintos miembros de la Unión Europea es muy diferente y sus intereses en muchos casos son incluso antagónicos, lo que hace que las políticas que convienen a determinados grupos sociales de unos países resulten claramente perjudiciales para otros. Y si bien los mecanismos de compensación pueden mitigar a veces los efectos dañinos que conlleva aplicar determinadas políticas, no siempre se acaba por resolver este conflicto, que es uno de los grandes problemas de la Unión»¹⁰⁰. Lo que proponen los autores como medidas prioritarias a nivel europeo son un sistema fiscal potente, unificado y progresivo; la aprobación de un nuevo estatuto para el Banco Central Europeo; una fuerte regulación de los mercados financieros; la autosuficiencia financiera y el control de capitales; el establecimiento de impuestos sobre las transacciones financieras; la adopción de un nuevo modelo productivo; un sistema de convenios colectivos a nivel europeo y la democratización de las orga-

⁹⁹ Se puede consultar la reseña completa en Spiegelonline, «Habermas, the last European. A Philosopher's Mission to Save the EU», 25-11-2011, por Georg Diez.

¹⁰⁰ Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, *Hay Alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, p.167, Ediciones Sequitur/ATTAC, 2011.

nizaciones europeas. A escala global, propugnan, la democratización de las instituciones económicas internacionales; el impulso de los planes de estímulo; la renegociación de la deuda; la regulación financiera internacional; el control de la ingeniería financiera y del riesgo sistémico; un nuevo sistema monetario internacional; acabar con el cinismo del comercio internacional; Gobierno y justicia económica global¹⁰¹.

En esta misma línea, son cada vez más numerosas las voces que abogan por replantear el equilibrio entre la globalización y una soberanía nacional y europea que salvaguarde los derechos sociales y económicos de la mayoría que tanto ha costado conseguir. De hecho, si Europa no ha caído en una depresión social como la que se dio en los años treinta del siglo pasado ha sido gracias a las redes de protección y seguridad social existentes del cada vez más menguado Estado de bienestar.

Una de las consecuencias más significativas del colapso de la economía neoliberal, con su culto al «mercado autorregulador», ha sido el resurgimiento del gran economista inglés John Maynard Keynes. Una buena parte de la izquierda hace suyos los criterios keynesianos como los más apropiados, tanto para defender el Estado de bienestar como para hacer frente a la crisis. Para Walden Bello, uno de los representantes más destacados de la desglobalización y defensor de una transformación de la economía en profundidad, el keynesianismo proporciona algunas respuestas a la situación actual, pero no proporciona la clave para superarla. En su opinión, el keynesianismo es principalmente un instrumento para reavivar las economías nacionales, pero la globalización ha complicado de manera importante este problema. Como ocurriera con el keynesianismo en el marco nacional, lo que él llama la «socialdemocracia global», entre los que se encontrarían, entre otras personalidades políticas e intelectuales influyentes a nivel mundial, los economistas Jeffrey Sachs, Paul Krugman y Joseph Stiglitz, busca en el marco global un nuevo compromiso de clase que venga acompañado de

¹⁰¹ Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, *ibid.*, p. 175 y ss., Ediciones Sequitur/ATTAC, 2011.

nuevos métodos para contener o minimizar la tendencia del capitalismo a la crisis. Así como la vieja socialdemocracia y el *new deal*, dice Bello, estabilizaron el capitalismo nacional, la función histórica de la «socialdemocracia global» sería la de hacer lo mismo, pero esta vez a escala global. En su opinión, «el capitalismo global ha enfermado debido a sus contradicciones inherentes, pero lo que se precisa no es una segunda ronda de keynesianismo. La profunda crisis internacional exige severos controles de la libertad de movimiento de los capitales, regulaciones estrictas de los mercados, tanto financieros como de mercancías, y un gasto público ciclópeo. Sin embargo, las necesidades de la época van más allá de estas medidas keynesianas: se necesita una redistribución masiva de la renta, atacar sin treguas ni compases de espera, directamente, el problema de la pobreza, una transformación radical de las relaciones de clase, la desglobalización y, acaso, la superación del capitalismo mismo, si hay que atender a las amenazas de cataclismo medioambiental»¹⁰².

Ahora bien, como toda discusión sobre alternativas, esta no es una cuestión meramente técnica, es un problema de fuerza social, de contar con el apoyo social suficiente para llevarlas adelante y poder político para realizarlas. En este sentido, se puede decir que las fuerzas sociales que podrían hacer frente al auge del conservadurismo y el neoliberalismo económico existen en diversa medida en cada país, pero es del todo insuficiente y muy débil a nivel transnacional. Este vacío y, a su vez, necesidad apremiante se ha hecho más evidente con la actual crisis.

¹⁰² Walden Bello, «Keynes: ¿Un hombre actual?», *www.sinpermiso.info*, 2009. El sociólogo, politólogo y activista filipino Walden Bello fue uno de los intelectuales de referencia de la primera oleada antiglobalización emergida a finales del pasado siglo en Seattle. Frente a la globalización neoliberal, Walden Bello fue –junto con los miembros de Focus on the Global South– el primero en proponer la desglobalización como una alternativa, sobre todo para los países en desarrollo, aunque considera que dicha alternativa es también pertinente para las economías capitalistas centrales. «¿Llegó la hora de poner fin a la globalización?», *www.sinpermiso.info*, 2009. Autor, entre otros, de *Desglobalización. Ideas para una nueva economía mundial*, Barcelona, Icaria/Intermón Oxfam, 2004.

Si nos remitimos al marco regional europeo, para enfrentarse a la orientación hegemónica neoliberal liderada hoy por la canciller Merkel, los partidarios de esa otra Europa más social tendrán que oponer un amplio *movimiento social*, plural y unificado en torno a unos objetivos políticos concretos que cuenten con un amplio respaldo popular en muchos de los países que la conforman y, a su vez, se dote de las correspondientes expresiones institucionales para actuar con operatividad y eficacia.

A modo de conclusión abierta

Aparte de que la actual dinámica económica trae consigo un consumo energético desmesurado y amenaza con degradar el medio ambiente físico hasta el punto de poner en peligro el planeta, hay tres fuentes básicas e interrelacionadas de fragilidad económica que centran las preocupaciones de los Gobiernos, capitalistas y economistas. Son problemas monetarios asociados con la inflación y la deflación, los ciclos de sobreproducción/infraconsumo y la inestabilidad financiera. Asimismo, existe un amplio consenso en señalar a la fragilidad inherente del sistema financiero y monetario basado en la deuda como la fuente económica más amenazadora de perturbación sistémica. Como nos ha enseñado la historia económica del siglo pasado, especialmente las grandes crisis de las décadas de 1930 y 1970, y la actual iniciada en el 2007, el dinero-capital desbocado posee un poder inmensamente autodestructivo. Al igual que entonces, los Estados tratan de rescatar el capitalismo. En los años 30 fueron las políticas keynesiano/socialdemócratas y el *new deal* en los Estados Unidos las que lo hicieron con gran éxito, como sabemos. A finales de los años XX, en los 70 y 80, el capital financiero reclamó su posición hegemónica, logrando que los Estados eliminaran los frenos y controles impuestos a sus actividades en el período anterior, instalándose la ortodoxia neoliberal, con el resultado conocido de un incremento de la frecuencia, intensidad y alcance de las crisis hasta llegar a la crisis

global actual originada principalmente también por el sector financiero estadounidense, extendiéndose luego al resto de países del mundo, para convertirse finalmente en una crisis de la economía real con un impacto particularmente negativo en Europa.

De nuevo es el Estado el que ha intervenido para rescatar el capitalismo, pero, a diferencia de los años 30, sin cambiar de modelo, sin cuestionar las políticas económicas neoliberales que han originado la crisis, pese a haber quedado profundamente cuestionadas por los hechos. El sistema mutará, pero ¿a qué precio para nosotros hoy y para las futuras generaciones mañana? A las élites político-económicas e intelectuales más influyentes no se les está ocurriendo otra cosa que la aplicación de sucesivos parches sin salir de la matriz neoliberal, con el terrible coste social de todos conocido. Ello me lleva a pronosticar que si no hay un cambio de rumbo en profundidad de cómo se ha venido organizando la economía en las últimas décadas, cuando menos en la dirección que vienen proponiendo los críticos reformistas más agudos del capitalismo, el futuro no será otro que el de crisis recurrentes y reajustes costosísimos para la inmensa mayoría de la población, a la vez que el de un mayor enriquecimiento de una minoría. Un futuro, que ya es presente, de mayor inseguridad, menor poder adquisitivo, desmantelamiento de los servicios públicos, desprotección social, altos índices de precariedad, cierre de empresas, paro, pobreza, descontento popular y conflictos.

La historia, aunque ayuda a comprender el presente, no es una guía infalible para hablar con certeza del futuro. Ya hemos visto cuánto se equivocaron a la hora de predecir el futuro las mejores cabezas de los siglos pasados. Dicho esto, y con toda la cautela que ello requiere, todo apunta a que hay pocas probabilidades de que las profundas desigualdades sociales agrandadas por la crisis en los países centrales del capitalismo, Estados Unidos y Europa, generen, por sí solas, un cambio estructural fundamental. Es una realidad que no hay grandes respuestas ni una oposición conjunta de fuerzas, no solo cuantitativa sino cualitativa, al capitalismo.

Uno de los mayores problemas de la socialdemocracia europea es que no ha sabido o querido hacer frente a la ofensiva ideológica de los neoliberales, de los fundamentalistas del mercado, en las últimas décadas. A menudo los partidos socialdemócratas han sido rehenes de los poderes económicos existentes en cada país e internacionales. El propio líder de la socialdemocracia en España, J. L. Rodríguez Zapatero, reconoció, un año después de dejar la presidencia del Gobierno, que su paso por la Moncloa cambió «su percepción de la política y del poder de la democracia para cambiar las cosas». «Quizás sea un problema temporal. Pero la democracia ha entregado parte de su destino a la economía. Los liberales dirán que a la sociedad. Pero se han resentido principios que impulsaban la democracia, como la igualdad»¹⁰³. Aunque no lo mencione expresamente en esas declaraciones, no hace falta decir que esa democracia de la que habla ha estado gobernada por él y su partido durante los últimos ocho años y algo habrán tenido que ver con esa cesión de poderes.

Puede resultar paradójico, pero en la situación actual, aun habiendo una enorme crisis de legitimidad del discurso neoliberal, de sus recetas económicas y, en cierta medida, de confianza en el sistema capitalista, estamos muy lejos de poder contemplar que un cambio radical pudiera contar con un amplio apoyo popular. Lo anterior no niega la existencia real hoy, en Europa, de partidos, fuerzas y movimientos sociales, con apoyos populares suficientes –aunque aún sin articular de forma eficiente y operativa políticamente– para en un futuro no lejano lograr cambios de alcance limitado, nada desdeñables, de gran importancia por sus consecuencias beneficiosas para la mayoría de la sociedad. La izquierda social más crítica y lúcida sabe que aspirar a una sociedad mejor en un futuro no es suficiente; además de la necesidad de contar para ello con un respaldo social mayoritario, ha de enfrentarse a las complejidades de construirla a sabiendas de que ningún sistema puede ofrecer todas las soluciones para todo el mundo. La única certeza hoy es que el liberalismo

¹⁰³ Entrevista en *El País*, 9-11-12.

económico no puede proporcionar la solución a los problemas a los que nos enfrentamos en este siglo XXI que acaba de comenzar. Pero también es verdad que en el presente no existe una alternativa de conjunto viable y creíble de sustitución de este sistema por otro que podría tener más legitimidad que el orden existente. No se dan las condiciones culturales, psicológicas, ideológicas, políticas y organizativas para que una alternativa de izquierdas de transformación socioeconómica a gran escala se abra paso; tampoco sabemos si ello será posible en un futuro. Pero sería erróneo que sacáramos la conclusión de que estamos ante la última etapa de la evolución económica de la humanidad como predicen los liberales económicos. Mirando al futuro, me inclino a pensar con Marc Saint-Upéry que «la eventual transición a un sistema poscapitalista es mucho más un problema antropológico de largo aliento que una cuestión de decisiones y de estrategias políticas a corto o mediano plazo, aún menos un pretexto para consignas rimbombantes. Supone la emergencia paralela de nuevas configuraciones de incentivos económicos y morales y de nuevos diseños institucionales arraigados en prácticas organizativas y materiales sustentables»¹⁰⁴.

En el corto plazo lo que urge es aunar fuerzas para hacer frente a la ofensiva política e ideológica de la derecha neoliberal europea, que trata de aprovechar la crisis para minar el Estado de bienestar y acabar con las conquistas sociales de varias décadas.

El capitalismo ha sufrido a lo largo de su historia múltiples transformaciones. Como decía al principio de este ensayo, no existe un único modelo de desarrollo económico; más que de capitalismo sería más propio hablar de capitalismo, los cuales adoptan en cada país o área regional diversos modelos de acumulación y desarrollo dependiendo de su historia, de sus relaciones sociales y políticas, de la cultura, la religión e incluso la moral en la que se hallan imbricados. Las diferentes variedades de capitalismo que hemos conocido hasta hoy no

¹⁰⁴Mark Saint Upéry, «La crisis muestra los límites del socialismo del siglo XXI», *Le Monde Diplomatique*, edición boliviana, noviembre, 2008.

han dado el mismo resultado ni agotan todas las posibilidades institucionales que podría sustentar una economía más eficiente en cuanto a satisfacer las necesidades de la sociedad, que mostrara una mayor eficacia movilizadora de las capacidades disponibles, que fuera más igualitaria y ambientalmente responsable. El modelo, más probablemente modelos, de organización socioeconómica y política que adoptarán las sociedades humanas en el futuro no está escrito en ningún libro sagrado ni determinado por ninguna ley histórica. El futuro está abierto. Las instituciones seguirán evolucionando con el paso del tiempo. ¿En qué dirección? Eso dependerá de la respuesta que demos a la pregunta de qué tipo de sociedad queremos.

Bilbao, 13 de enero de 2013

Anexo

Sobre economía y justicia¹

(en respuesta a J. M. Ruiz Soroa)

En el artículo publicado en este periódico (*Correo y Diario Vasco*) el pasado 22 de mayo bajo el mismo título, J. M. Ruiz Soroa expresa una visión abstracta sobre el funcionamiento de la economía y de las relaciones de ésta con la política y la moral. La separación entre las relaciones económicas y el resto de las relaciones sociales que postula ofrece una imagen irreal del individuo y de las propias relaciones económicas. Por el contrario, las economías de mercado y todas las economías funcionan en un marco institucionalizado: político, ideológico, cultural e incluso moral. De ahí que el capitalismo no funciona de la misma manera en la Rusia actual, en los Estados Unidos o en Europa. No es lo mismo el capitalismo mafioso de Rusia que el capitalismo más regulado de la Unión Europea.

Ruiz Soroa nos resume así el núcleo de su planteamiento: «La economía moderna no responde al código binario de lo justo/injusto en ninguna manera que este se interprete. La economía de mercado no tiene nada que ver con la justicia. Y, peor todavía, es bueno que así sea si queremos que funcione y pueda reproducirse la base material de la sociedad». La política sólo debería ser mero vigilante de las reglas del mercado.

¹Artículo enviado al *Correo* y al *Diario vasco* en respuesta a J. M. Ruiz Soroa, el 27 de mayo de 2011. No fue publicado por el periódico. Este artículo y el de J. M. Ruiz Soroa fueron publicados en www.pensamientocritico.org.

Para J. M. Ruiz Soroa, la economía no responde a criterio alguno de justicia: «El código al que responde el sistema económico es el de beneficio/pérdida». ¿Por qué no aplicarlo también a la política, donde el código binario sería, como postulaba Carl Schmitt, amigo/enemigo? Evidentemente hay quien justifica así que la política no tiene nada que ver con la ética. Es sabido que una cosa es el «ser» y otro el «deber ser». Si abandonamos esta última perspectiva, ¿cómo decir que aspiramos a mejorar algo el mundo? Si la economía está concebida para buscar el fin del lucro exclusivo a toda costa no podemos pretender que aparezca ninguna clase de equilibrio equitativo en materia social y económica y, como ocurre en el mundo actual, los problemas fundamentales serán irresolubles.

Al mismo tiempo que afirma una «supuesta neutralidad ante los fines» (lo que supone un juicio de valor), nos dice que no podemos emitir «juicios de valor». La economía es vista como algo técnico, meramente instrumental, separada de la moral, una visión intelectual falsa e incluso peligrosa que nos podría llevar a cualquier clase de *totalitarismo* político-económico. En mi opinión, esta autonomización absoluta de las diversas esferas de la actividad humana (económica, política, científica, ética, etc.) es la manera más simple y menos convincente de abordar el complejo problema de la interrelación que se da entre ellas en la vida real.

Otorga a la política dos misiones con respecto a la economía: «Vigilar para que las reglas del mercado se apliquen con toda la pureza posible» y «corregir los efectos desafortunados de la lógica económica sobre las personas concretas». Aparte de ser una ficción, la formulación se ajusta al programa liberal económico conservador cuya base doctrinal dogmática procede del siglo XIX: el Estado no debe intervenir, sino para garantizar el funcionamiento del mercado, ya que este se autorregula por sí mismo, y luego debe remediar la situación de los más desfavorecidos. En esta perspectiva sobre el Estado de bienestar bastaría con habilitar un sistema de protección para los pobres.

Evidentemente, esta es una visión ideológica e irreal de la economía, un reflejo sumamente distorsionado de nuestra cultura política, que ignora o reprime los ejemplos de cooperación y de acción estatal, y que niega la significación de las luchas políticas por la seguridad en el lugar de trabajo, la democracia industrial, el control medioambiental, etc. La política del liberalismo económico es un ataque contra el Estado de bienestar, olvidando la subsidiación pública a gran escala de la que es objeto la empresa capitalista. Nadie duda de la facilidad que tiene la riqueza para traducirse en poder, pero bien se cuida este liberalismo de no mostrar la cara de este poder privado condicionando al poder político público. Y eso cuando ese poder en la sombra de los mercados y las grandes empresas y corporaciones ha crecido de forma alarmante en los últimos años. Este ocultamiento sí que me parece una estafa intelectual no solo a una juventud que, según Soroa, «se emborracha de indignación moral» sino a toda la sociedad.

El funcionamiento de la economía, del mercado, está **afectado** permanentemente por **políticas** monetarias, fiscales, regulaciones financieras, regulaciones laborales, etc., que condicionan e intervienen en su funcionamiento. Estas políticas pueden favorecer desarrollos de la economía que benefician ampliamente a unos grupos sociales frente a otros. Así, la desregulación financiera de la década de los ochenta favoreció el desplazamiento del ahorro y demás capitales hacia la especulación, de la que se beneficiaron sobre todo las instituciones financieras (ni tan siquiera la producción) y propició una mayor desigualdad. Las regulaciones laborales, por poner otro caso, intervienen y condicionan permanentemente «leyes del mercado» como la de la oferta y la demanda. Afortunadamente, añadido por mi parte.

Sobre el carácter casi natural de las leyes del mercado de las que nos habla Ruiz Soroa, Keynes solía decir que tanto los economistas clásicos como los socialistas (se refería a los doctrinarios de la época) creían en las mismas *leyes económicas*, pero mientras que los primeros las consideraban

ciertas e inevitables, los segundos las consideraban ciertas e intolerables. Keynes se propuso demostrar que no eran ciertas y tenía razón. Los teóricos de la economía «descubren» *leyes de la economía* que son cuestionadas por teóricos que les siguen o que pertenecen a otras tradiciones. Algunas teorías, construidas en los últimos treinta años sobre unas pretendidas reglas del mercado, como la *teoría de los mercados eficientes*, la *teoría de las expectativas racionales*, la *teoría de los ciclos económicos reales* o los modelos de evaluación de riesgo han fracasado estrepitosamente. Su carácter predictivo era una falacia porque no se ajustaban al funcionamiento real de la economía y de los agentes económicos.

En lo de defender la «pureza de las reglas del mercado» hay una cierta identidad entre Ruiz Soroa y algunos fundamentalistas de la izquierda. Ambos creen que funcionan las mismas leyes y que no hay quien las modifique. Estos últimos extraen de ello la conclusión de que intentar cambiar la política económica es inútil y que sólo vale derribar al capitalismo. Soroa deduce de ello que todo intento de modificar la economía es estéril y, más aún, perjudicial.

Respecto a la actual crisis económica se hace eco de la explicación que la presenta como un producto de los errores y excesos de los gestores financieros. La cosa es más compleja. Ha habido una convergencia de diversos factores como la desregulación de los mercados financieros, el auge de las culturas de enriquecimiento rápido y sin esfuerzo, errores de bulto en la evaluación de riesgos por fiarse de las **pretendidas leyes del mercado y de sus equilibrios naturales**, el favorecimiento de los procesos de especulación por parte de las instituciones políticas y financieras y una acusada desigualdad de rentas que llevó a las instituciones políticas y financieras a la expansión ilimitada del crédito con el fin de absorber la sobreproducción de mercancías. ¿Qué podemos aprender de ello? Que la economía funciona unas veces de una manera y otras de otra, pero, sobre todo, que es producto de decisiones que afectan de distinta manera a los diversos grupos sociales. No hay un único camino en la economía (o

en el capitalismo, vamos a llamarle por su nombre), depende de decisiones políticas que están atravesadas, ¡como no!, por criterios de justicia.

Ruiz Soroa caricaturiza posibles objeciones a su postura, y afirma: «Lo que sería realmente funesto para el progreso de la humanidad, sería intentar organizar un sistema económico en el que la justicia fuera su valor central (...). Esto ya se intentó y sabemos que no funciona, que así solo se consigue detener o averiar el motor económico del mundo».

Me parece algo trivial tener que decir, a estas alturas de la Historia, que cualquier intento de tratar de buscar la justicia o la igualdad absoluta lleva al totalitarismo, la pérdida de libertad y a la obsolescencia económica, aunque esta no es una buena razón para no tratar de alcanzarla *en absoluto*. Lo mismo de trivial que tener que recordar que la libertad total para los lobos es la muerte para los corderos.

En mi opinión, la conclusión sensata en este tema de la justicia es que deberíamos estar interesados en reducir la injusticia social al nivel más bajo factible que sea compatible con otros objetivos valiosos.

Ruiz Soroa defiende en el artículo tanto la idea de que hay que excluir la justicia de la economía como la de que no se puede convertir la justicia en el valor central de la economía. ¿En qué quedamos? Porque la segunda afirmación puede ser perfectamente compatible con la idea de **reducir la injusticia**. No conviene olvidar la historia para ver cómo se han reducido las injusticias en la economía desde el capitalismo semi esclavista primitivo al capitalismo de los países desarrollados del día de hoy.

Ningún pueblo de nuestras sociedades modernas tendrá entusiasmo por el mercado libre si éste no opera dentro de un entorno de «justicia distributiva» con el que estén tolerablemente satisfechos. Un programa económico liberal que se limitara a la preservación o restauración de un mercado libre, sin decir nada o incluso oponiéndose a la adopción de nuevas (o la retención de viejas) medidas en el campo de la justicia distributiva, me parecería totalmente carente de

realismo con respecto a sus posibilidades de éxito político, y altamente cuestionable en función de otros criterios más nobles o elevados.

Últimos títulos de esta colección

91. *Trabajo, derechos sociales y globalización. Algunos retos para el siglo XXI*. Antonio Antón (coordinador), Carlos Vaquero, Arantza Rodríguez, Ángel Abalde y María José Añón. 294 pp.
92. *Deporte y Naturaleza. El impacto de las actividades deportivas y de ocio en el medio natural*. Hilario Villalvilla (director literario), Álvarez Blázquez Jiménez y Jesús Sánchez Jaén (coordinadores). 256 pp.
93. *Diario de un resentido social*. Javier Ortiz. 224 pp.
94. *Disentir, resistir. Entre dos épocas*. Eugenio del Río. 272 pp.
95. *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos? Algunos desafíos y (malas) respuestas*. Javier de Lucas y Francisco Torres (editores), Ignasi Álvarez, Alfonso Bolado, Marta Casal, Iñaki García, Emma Martín, Ruth Mestre, Jordi Moreras y Andrés Pedreño. 242 pp.
96. *A la luz de la ciencia. Biología y asuntos humanos*. Julio Loras Zaera. 142 pp.
97. *Consumo responsable*. Antonio Lucena Bonny. 128 pp.
98. *Rescata tu dinero. Finanzas solidarias y transformación social*. Nuria del Río Paracolls. 320 pp.
99. *Estilos de vida*. David Chaney. 208 pp.
100. *Poder político y participación popular*. Eugenio del Río. 160 pp.
101. *¿Vuelven las nucleares? El debate sobre la energía nuclear*. Francisco Castejón. 112 pp.
102. *La globalización y los derechos humanos. IV Jornadas Internacionales de Derechos Humanos (Sevilla, 2003)*. Rafael Lara Batllería, C. Corso, D. Juliano, M. A. Caro, B. Khader, M. Kabunda, P. Aguelo Navarro, A. Antón, L. E. Alonso, F. J. Cuevas Noa, R. F. Durán, F. Houtart, J. M. Naredo, J. Herrera Flores, I. Moreno y J. de Lucas. 400 pp.
103. *Izquierda y sociedad*. Eugenio del Río. 96 pp.
104. *Biología, cultura y ética*. Crítica de la sociobiología humana. Daniel Soutullo. 142 pp.
105. *Nadie sabe lo que puede un cuerpo. Variaciones sobre el cuerpo y sus destinos*. Natividad Corral (coord.). M. Broco, L. Cáceres, M. Cádiz, E. Carril, N. Corral, I. Frías, A. Gómez Ramos, A. María Gordaliza, M. López Fdz. Cao, J. Martínez, J. L. Moreno Pestaña, J. Pombo, P. Rivero Velasco y P. Ruiz Castillo. 256 pp.
106. *Izquierda e ideología. De un siglo a otro*. Eugenio del Río. 176 pp.
107. *Las células madre, el genoma y las intervenciones genéticas. Ensayos sobre las implicaciones sociales de la biología*. Daniel Soutullo. 314 pp.
108. *Crítica del colectivismo europeo antioccidental*. Eugenio del Río. 320 pp.
109. *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la Historia*. Harvey J. Kaye. 256 pp.
110. *La prostitución a debate: por los derechos de las prostitutas*. Mamen Briz y Cristina Garaizabal (coordinadoras). 192 pp.
111. *Prosa corporal. Variaciones sobre el cuerpo y sus destinos II*. N. Corral (coord.). J. L. Moreno Pestaña, A. Etxeberria, S. Lézé, P. Bruno, F. Vázquez, P. Rivero Velasco, J. M. Redero, N. Corral, A. Casado da Rocha, A. M. Gordaliza, A. Rodríguez García de Cortázar, V. Martínez Vázquez, I. Morin, M. López Fdz. Cao y J. Riechmann. 320 pp.
112. *Buenos tratos: prevención de la violencia sexista*. M^a Antonia Caro y Fernando Fernández-Llebrez (coord.). M^a Antonia Caro, Fernando Fernández-Llebrez, Cristina Garaizabal, Belén González, Pilar Habas, Noemi Parra y Carlos Javier Vaquero. 288 pp.
113. *Capitalismo. Crítica de la ideología capitalista del «libre» mercado. El futuro del capitalismo*. Kepa Bilbao Ariztimuño. 160 pp.



El libro que Kepa Bilbao nos ofrece es un buen texto de historia del pensamiento económico guiado por el propósito de ofrecer una crítica de la ideología capitalista de libre mercado. A través de sus páginas nos acercamos al pensamiento de grandes economistas como Adam Smith, Joseph Schumpeter, John Maynard Keynes o Karl Marx, al tiempo que estos análisis y otras referencias del pensamiento económico proyectan luz sobre las ideas que han impregnado la mentalidad económica en las décadas anteriores a la crisis y sobre las políticas con las que los Gobiernos la han afrontado. El autor no cierra el libro sin preguntarse por el futuro del capitalismo. Comentarios de gran interés de las obras de Jeffrey Sachs, Walden Bello, Joseph Stiglitz, Paul Krugman y Dani Rodrik, entre otros, ilustran este capítulo. Kepa Bilbao proporciona un gran angular para examinar la crisis y las tendencias actuales del capitalismo. Este volumen constituye una eficaz herramienta de reflexión y de ningún modo nos deja indiferentes ante los tiempos de oscuridad y zozobra que estamos viviendo.

Kepa Bilbao Ariztimuño (Bermeo, Bizkaia, 1952) cursó estudios de economía en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (Sarriko). Es Licenciado en Ciencias de la Información y profesor de Lengua y Literatura Vasca en enseñanzas medias en Bilbao. Ha publicado La Modernidad en la encrucijada. La crisis del pensamiento utópico en el siglo XX: el marxismo de Marx (Gakoa, 1997) y Crónica de una izquierda singular (de ETA-berri a EMK/MC y a Zutik-Batzarre). Naciones, nacionalismos y otros ensayos (1991-2006) en edición electrónica.

ISBN: 978-84-96266-4-21

